Alexis Manuel Da Costa

Antes del discurso:
Una novela sobre el origen del poder

Primera Edición.

Septiembre 2026

D.R. 2026 Alexis Manuel Da Costa Yáñez

Impreso por: Dushi.

Diseño de portada: Alexis Manuel Da Costa Yáñez

ISBN: 9798184456454

Se prohibe la reporducción total o parcial de esta obra, sin la anuencia del titular de los derechos.

IMPRESO EN MÉXICO

A Dios, a mi esposa, a ese pequeño ser que esta por llegar a nuestras vidas y a todos aquellos que, de una u otra forma, me enseñaron a mirar a las personas antes que al PODER.

PROLOGO

Durante mucho tiempo pensé que el poder era algo sencillo de reconocer. Bastaba con mirar hacia arriba. Hacia el edificio más grande del pueblo, hacia la oficina con la puerta cerrada, hacia el escritorio donde alguien firmaba documentos o hacia el escenario donde un hombre sostenía un micrófono mientras cientos de personas escuchaban en silencio. Todo parecía indicar que el poder vivía ahí, donde las decisiones tenían membrete, donde las fotografías ocupaban las primeras planas y donde los nombres aparecían escritos con letras doradas sobre placas de metal.

Así fue como aprendimos a mirarlo.

En la escuela nos enseñaron que el poder tenía instituciones, reglamentos, autoridades y procedimientos. En los libros aparecía organizado en cuadros, flechas y organigramas. Parecía una maquinaria perfectamente ordenada en la que cada persona ocupaba un lugar definido y cada decisión seguía un camino establecido. Era una explicación convincente. Tenía lógica. Bastaba con identificar quién ocupaba un cargo para saber quién mandaba.

Durante años no encontré razones para pensar lo contrario.

Las noticias reforzaban esa idea todos los días. Las cámaras seguían a los gobernadores, a los presidentes municipales, a los diputados, a los dirigentes partidistas y a los funcionarios. Cuando algo importante ocurría, los micrófonos buscaban siempre a las mismas personas. Ellos hablaban. Ellos respondían preguntas. Ellos anunciaban proyectos. Ellos aparecían inaugurando obras, encabezando reuniones o cortando listones.

Parecía evidente que todo comenzaba con ellos.

Después llegaron los libros, las aulas y las largas discusiones donde el poder dejó de ser una palabra sencilla para convertirse en un concepto que podía explicarse desde la historia, la filosofía, el derecho, la economía o la sociología. Descubrí que había quienes lo entendían como la capacidad de imponer una voluntad y quienes preferían describirlo como una red de relaciones. Algunos afirmaban que estaba concentrado en el Estado; otros aseguraban que atravesaba todos los espacios de la vida cotidiana. Las teorías eran distintas, pero todas compartían algo: hablaban del poder como si pudiera comprenderse observándolo desde cierta distancia.

Había buenos argumentos para hacerlo.

Sin embargo, conforme pasaba el tiempo, comenzó a crecer una sensación difícil de explicar. Era la impresión de que algo faltaba. No se trataba de una contradicción evidente ni de un error en aquellas ideas. Era algo más sencillo y, al mismo tiempo, más inquietante. Muchas veces la realidad parecía tomar decisiones antes de que las instituciones reaccionaran. Las personas ya habían cambiado de opinión cuando apenas comenzaban las campañas. Los conflictos ya existían cuando las autoridades se enteraban de ellos. Las alianzas aparecían mucho antes de las reuniones oficiales y las desconfianzas sobrevivían durante años, incluso cuando cambiaban los gobiernos.

Había un movimiento constante que no aparecía en los libros.

Era como intentar comprender el cauce de un río observando únicamente el agua que llega al puente.

La mayor parte del recorrido permanecía oculta.

Con el paso de los años empecé a visitar comunidades cada vez con mayor frecuencia. Algunas eran pequeñas; otras apenas conservaban el nombre de pueblo mientras crecían rodeadas por la ciudad. Había lugares donde todavía era posible caminar varias calles sin escuchar un automóvil y otros donde el ruido de las fábricas marcaba el ritmo de los días. Cambiaban los paisajes, las costumbres, las celebraciones y hasta el modo de hablar. Sin embargo, había algo que siempre terminaba repitiéndose.

La gente hablaba.

Hablaba mientras esperaba el transporte.

Mientras hacía fila para comprar tortillas.

Mientras barría la banqueta.

Mientras abría un negocio.

Mientras veía un partido de fútbol.

Mientras esperaba el inicio de la misa.

Mientras caminaba rumbo al panteón.

Mientras compartía un café.

Mientras discutía el precio del fertilizante.

Mientras veía pasar una patrulla.

Mientras alguien preguntaba por un enfermo.

Mientras otro recordaba una promesa incumplida.

Eran conversaciones aparentemente ordinarias.

Ninguna parecía destinada a cambiar el rumbo de una comunidad.

Y, sin embargo, poco a poco empecé a sospechar que ahí sucedía algo importante.

No era una sospecha nacida de una escena extraordinaria. Al contrario. Surgía precisamente de la repetición. En distintos pueblos, con personas completamente diferentes, aparecía el mismo fenómeno. Había individuos a quienes todos terminaban buscando cuando querían saber qué estaba ocurriendo. No eran necesariamente las autoridades. Tampoco ocupaban siempre un cargo. Algunas veces eran comerciantes. Otras, profesores. En ocasiones, agricultores, médicos, entrenadores deportivos o personas cuya única credencial parecía ser el tiempo que llevaban viviendo entre los mismos vecinos.

Nadie los había nombrado representantes de la comunidad.

Pero la comunidad los trataba como si lo fueran.

Al principio pensé que se trataba de coincidencias.

Después imaginé que era una costumbre propia de ciertos pueblos.

Más tarde comprendí que la explicación debía ser mucho más profunda.

Porque esas personas no aparecían únicamente cuando había elecciones.

También estaban presentes cuando alguien enfermaba, cuando una familia necesitaba ayuda, cuando surgía un conflicto entre vecinos, cuando había que organizar una fiesta patronal o cuando una escuela buscaba voluntarios para reparar un salón. Había quienes acudían a ellas para pedir un consejo y quienes simplemente querían confirmar un rumor. Otros llegaban buscando una opinión antes de tomar una decisión que, en teoría, sólo pertenecía a su familia.

No siempre tenían respuestas.

No siempre acertaban.

Ni siquiera eran personas ejemplares en todos los aspectos de su vida.

Algunos podían ser tercos. Otros impulsivos. Había quienes despertaban admiración y quienes también acumulaban enemigos. Algunos tenían una capacidad extraordinaria para reunir personas alrededor de una causa; otros utilizaban esa misma influencia para alimentar viejas rivalidades. La confianza que despertaban no los volvía infalibles.

Y quizá ahí estaba una de las primeras lecciones que todavía no alcanzaba a comprender.

Confundir influencia con virtud es una manera muy cómoda de observar a las personas.

La realidad rara vez funciona así.

Existen liderazgos generosos y liderazgos egoístas.

Personas capaces de unir y personas igualmente capaces de dividir.

Hombres y mujeres que dedican años a resolver problemas colectivos, y otros que descubren demasiado pronto que un conflicto también puede convertirse en una forma de conservar poder.

Las comunidades conocen a todos ellos.

Aprenden a convivir con unos y otros.

Y, aun así, siguen buscando a ciertas personas cuando necesitan entender lo que está ocurriendo.

¿Por qué?

Esa pregunta comenzó a acompañarme durante mucho tiempo.

No encontraba una respuesta que terminara de convencerme.

Quizá porque seguía intentando resolverla desde los lugares donde siempre había buscado antes.

Los documentos.

Las instituciones.

Las oficinas.

Los discursos.

Todavía no entendía que la respuesta no estaba ahí.

O, al menos, no empezaba ahí.

Porque había algo que llamaba mi atención una y otra vez.

Cada vez que una decisión importante parecía sorprender a quienes la observaban desde fuera, descubría que dentro de la comunidad casi nadie estaba realmente sorprendido.

Como si la historia hubiera comenzado mucho antes.

Como si existiera una conversación silenciosa que llevaba meses —o incluso años— preparándolo todo.

Y fue precisamente esa sospecha la que terminó llevándome hasta las páginas que siguen.

No para demostrar una teoría.

Ni para encontrar héroes donde no los hay.

Mucho menos para afirmar que las comunidades siempre tienen razón.

Sino para seguir el rastro de esas conversaciones que casi nunca aparecen en las fotografías y que, sin embargo, parecen llegar siempre antes que los discursos.

Con el tiempo comprendí que las comunidades poseen una extraña habilidad para conservar aquello que los documentos olvidan.

Los archivos guardan fechas, acuerdos, presupuestos y nombres. Son indispensables. Sin ellos sería imposible reconstruir buena parte de la historia de un lugar. Pero hay otra memoria que nunca aparece en los

expedientes. Una memoria hecha de conversaciones repetidas una y otra vez alrededor de una mesa, de anécdotas que pasan de una generación a otra, de promesas que sobreviven incluso cuando quienes las hicieron ya no ocupan ningún cargo y de pequeños gestos que terminan pesando mucho más que cualquier discurso pronunciado frente a una multitud.

En algunos pueblos basta mencionar un apellido para que alguien responda con una historia ocurrida veinte años atrás. No importa si quien la escucha era apenas un niño cuando sucedió. La conoce porque alguien se encargó de contarla. Así funcionan las comunidades. Van escribiendo su propia versión del pasado sin necesidad de imprimir un solo libro. Cada conversación añade un detalle, elimina otro, exagera alguno y suaviza el siguiente, pero todas juntas construyen una memoria colectiva que termina influyendo en la manera en que las personas entienden el presente.

Esa memoria no siempre es justa.

A veces perdona demasiado.

Otras veces condena para siempre.

Puede convertir un acto de generosidad en una leyenda o transformar un error cometido hace décadas en una marca imposible de borrar. Las comunidades no recuerdan como recuerda un archivo. Recuerdan como recuerdan las personas: mezclando hechos con emociones, certezas con interpretaciones y acontecimientos con sentimientos que sobreviven mucho después de que los protagonistas han desaparecido.

Quizá por eso me resultaba tan difícil entender lo que veía.

Las decisiones importantes rara vez nacían de un solo momento. Eran el resultado de muchos momentos acumulados. Una palabra dicha a tiempo. Un favor que nadie pidió dos veces. Una visita durante una enfermedad. Un silencio en el instante equivocado. Una ausencia. Una presencia. Cosas aparentemente pequeñas que iban formando una historia mucho más larga de lo que cualquiera podía imaginar.

Comencé entonces a prestar menos atención a los grandes acontecimientos y más a los detalles.

Descubrí que los pueblos hablan incluso cuando parecen guardar silencio.

Hablan cuando un comerciante pregunta por un vecino que no abrió su negocio.

Cuando una mujer cambia de banqueta para saludar a otra.

Cuando alguien deja un costal de cemento frente a una casa donde se está levantando un cuarto nuevo.

Cuando varias personas se detienen unos minutos más después de terminar una reunión.

Cuando un joven escucha sin interrumpir a quienes llevan décadas viviendo en el mismo lugar.

Cuando un anciano señala una calle y dice que antes ahí pasaba un arroyo.

Todo eso también cuenta una historia.

No aparece en los informes de gobierno.

No suele ocupar espacio en los periódicos.

Pero termina moldeando la manera en que una comunidad entiende quién merece ser escuchado y quién no.

Con el paso del tiempo dejé de pensar en esos encuentros como hechos aislados. Había demasiadas coincidencias para seguir llamándolas casualidad. Poco a poco empecé a ver una especie de red invisible que unía personas, recuerdos, afectos, intereses, conflictos y necesidades. No era una organización formal. Nadie la dirigía. No tenía estatutos ni oficinas. Sin embargo, estaba ahí, funcionando todos los días con una naturalidad que sólo poseen las cosas que llevan mucho tiempo existiendo.

Lo curioso era que casi nadie hablaba de ella.

Tal vez porque resulta difícil nombrar aquello que siempre ha estado presente.

Uno no suele detenerse a explicar el aire que respira ni el camino que recorre todos los días para volver a casa. Simplemente existen. Algo parecido ocurre con esas relaciones que sostienen la vida comunitaria. Se vuelven tan cotidianas que dejan de llamar la atención de quienes viven dentro de ellas. Sólo alguien que llega desde fuera puede notar que, detrás de la aparente tranquilidad de una plaza o de una calle cualquiera, existe un entramado complejo de acuerdos, desacuerdos, lealtades, rivalidades, favores y memorias compartidas.

Fue entonces cuando apareció otra pregunta.

¿Qué ocurre cuando esa red se encuentra con la política?

La respuesta parecía obvia. Durante años creí que la política llegaba para transformar a las comunidades. Que las campañas modificaban la conversación pública, que los candidatos convencían a las personas y que los discursos cambiaban la manera de entender la realidad.

Sin embargo, cada nueva visita sembraba una duda distinta.

Las campañas pasaban.

Los gobiernos cambiaban.

Los colores de los partidos se alternaban.

Pero las conversaciones seguían ahí.

Las mismas personas continuaban reuniéndose en los mismos lugares. Los problemas que preocupaban a una familia seguían comentándose en la tienda de la esquina antes de convertirse en solicitudes dirigidas al ayuntamiento. Los desacuerdos entre vecinos encontraban primero un espacio alrededor de una mesa antes de llegar a una oficina pública. Incluso las grandes decisiones que más tarde parecían sorprender a quienes las observaban desde fuera habían sido discutidas durante semanas, a veces durante meses, en espacios donde nunca entró una cámara.

Aquello modificó por completo la forma en que empecé a mirar cada recorrido.

Dejé de buscar respuestas en el momento culminante de los acontecimientos.

Comencé a buscarlas antes.

Antes de la reunión.

Antes de la asamblea.

Antes de la inauguración.

Antes del mitin.

Antes del aplauso.

Antes de la fotografía.

Descubrí que el instante más importante casi nunca era el que ocupaba la portada del periódico. Lo verdaderamente decisivo ocurría cuando todavía nadie parecía estar prestando atención.

No era una conclusión definitiva.

Era apenas una intuición.

Una de esas ideas que aparecen lentamente y que necesitan tiempo para demostrar si realmente son ciertas o no.

Por eso las páginas que siguen no pretenden ofrecer una explicación absoluta sobre las comunidades ni sobre la política. Mucho menos buscan convertir a nadie en héroe o en villano. Las personas que habitan esta historia son tan contradictorias como cualquier ser humano. Habrá quienes inspiren confianza y quienes aprendan a aprovecharse de ella. Habrá quienes unan voluntades y quienes encuentren en la división una manera de conservar influencia. Habrá errores, aciertos, generosidad, ambición, gratitud y resentimiento. Porque las comunidades no están hechas de símbolos. Están hechas de personas.

Esta es una novela.

Los personajes que aparecerán en ella no representan a individuos específicos. Los pueblos no corresponden a un municipio determinado

y los acontecimientos no ocurrieron exactamente como serán contados. Sin embargo, sería un error pensar que pertenecen únicamente a la imaginación. Cada conversación, cada gesto y cada conflicto nacen de realidades que pueden encontrarse en innumerables comunidades donde la vida cotidiana sigue construyéndose lejos de los reflectores.

Quizá, mientras avances en la lectura, alguno de esos personajes te recuerde a alguien que conociste hace muchos años. Tal vez una calle se parezca a la de tu infancia o una conversación te haga pensar en la tienda donde alguna vez escuchaste hablar a los vecinos. Si eso ocurre, no será una coincidencia. Las comunidades cambian de nombre, de paisaje y de acento, pero conservan una sorprendente capacidad para parecerse unas a otras cuando se observan desde cerca.

No hace falta saber dónde ocurre esta historia.

Basta con reconocer que podría ocurrir casi en cualquier lugar.

Porque, al final, esta no es la historia de un pueblo en particular.

Es la historia de una pregunta.

Una pregunta que comenzó siendo apenas una sospecha y que terminó convirtiéndose en una búsqueda.

La búsqueda de ese lugar donde las palabras empiezan a caminar mucho antes de convertirse en discursos.

Y para encontrarlo, fue necesario regresar al principio.

Mucho antes de que alguien pidiera el micrófono.

Mucho antes de que aparecieran las cámaras.

Mucho antes de que las primeras sillas comenzaran a ocuparse.

Antes del discurso.

Hasta aquí había una sola certeza.

No sabía dónde comenzaba el poder.

Pero estaba convencido de que no empezaba donde siempre nos habían enseñado a buscarlo.

Las respuestas que encontraba en libros, artículos o conferencias seguían siendo valiosas. Explicaban cómo funcionaban las instituciones, por qué existían determinadas reglas, cómo se distribuían las responsabilidades y de qué manera una sociedad organizaba formalmente la toma de decisiones. Todo eso era necesario. Sin esas estructuras sería imposible entender una parte importante de la vida pública.

Sin embargo, cada comunidad que conocía parecía hacer una pregunta distinta.

No preguntaba quién tenía el cargo.

Preguntaba quién conocía el problema.

No preguntaba quién aparecía en la fotografía.

Preguntaba quién llevaba años escuchando.

No preguntaba quién hablaba mejor.

Preguntaba quién estaba cuando hacía falta.

Aquella diferencia parecía pequeña.

Con el tiempo comprendí que era enorme.

Porque entre una pregunta y otra existía un mundo entero.

Había aprendido a mirar la política como si comenzara el día de una elección. Las campañas, los debates, las promesas, los recorridos, las entrevistas, los resultados y, finalmente, el ejercicio del gobierno. Era un orden perfectamente lógico. También era el orden con el que la mayoría de nosotros conocemos la vida pública.

Pero las comunidades no parecían vivir de esa manera.

Para ellas, una elección era apenas un episodio más dentro de una historia mucho más larga.

Mucho antes de que apareciera un candidato, ya existían las conversaciones que terminarían dando forma a sus propuestas. Mucho antes de que un partido diseñara una estrategia, ya había vecinos hablando del agua, del drenaje, de la inseguridad, del transporte o del camino que cada temporada de lluvias volvía a quedar intransitable. Mucho antes de que alguien escribiera un discurso, otros llevaban años poniendo nombre a los problemas y tratando de entender por qué seguían ahí.

Nadie comenzaba desde cero.

Ni siquiera quienes estaban convencidos de hacerlo.

Eso me obligó a mirar las comunidades con una paciencia distinta.

Descubrí que las respuestas casi nunca aparecían durante los grandes acontecimientos. Se escondían en los tiempos muertos. En los momentos donde aparentemente no estaba ocurriendo nada importante. Mientras las personas esperaban que abrieran una oficina. Mientras alguien terminaba un café. Mientras un comerciante acomodaba mercancía. Mientras un grupo de mujeres barría la calle antes de una celebración. Mientras los niños jugaban fútbol en una cancha de tierra y los adultos comentaban, entre una jugada y otra, los asuntos que verdaderamente les preocupaban.

Había aprendido a buscar hechos.

La comunidad me estaba enseñando a observar relaciones.

Y las relaciones tienen una característica que rara vez aparece en los discursos: necesitan tiempo.

No se construyen durante una campaña.

No aparecen porque alguien mande imprimir lonas.

No nacen el día en que un funcionario visita una colonia.

Se forman lentamente, con encuentros repetidos, con favores que un día parecieron insignificantes, con promesas cumplidas y también con errores que nadie olvidó. Se fortalecen o se rompen mientras la vida continúa. Sin prisa. Sin reflectores. Sin que casi nadie se dé cuenta de que ahí, precisamente ahí, está ocurriendo algo decisivo.

Tal vez por eso muchas decisiones parecen incomprensibles para quienes observan únicamente el resultado.

Desde fuera, una comunidad puede parecer impredecible.

Desde dentro, casi nunca lo es.

Quien ha escuchado las conversaciones suficientes suele advertir los cambios mucho antes de que se vuelvan visibles. Percibe cuándo la paciencia comienza a agotarse. Cuándo una promesa deja de ser creíble. Cuándo un problema pequeño empieza a convertirse en una preocupación compartida. Cuándo alguien comienza a ganarse la confianza de los demás sin proponérselo. Y también cuándo otra persona empieza a perderla aunque conserve un cargo importante.

Nada de eso ocurre de un día para otro.

Todo lleva tiempo.

Y el tiempo es, quizá, el recurso más escaso de la política y el más abundante de las comunidades.

Mientras unos trabajan pensando en periodos de gobierno, otros llevan décadas construyendo una reputación.

Mientras unos cuentan meses, otros cuentan generaciones.

Esa diferencia de ritmos terminó convirtiéndose en una de las claves de esta historia.

Porque este libro no habla únicamente de quienes influyen en una comunidad.

Habla de cómo llegan a hacerlo.

Habla del largo camino que recorre una palabra antes de convertirse en una idea compartida.

Habla de la forma en que una inquietud individual termina siendo una preocupación colectiva.

Habla de cómo una conversación cruza calles, negocios, escuelas, iglesias, talleres y plazas hasta encontrar personas capaces de escucharla, discutirla, transformarla y llevarla un poco más lejos.

Ese recorrido no pertenece a ningún partido político.

Tampoco a una ideología.

Mucho menos a un solo lugar.

Pertenece a las comunidades.

Ellas lo han practicado desde mucho antes de que existieran las campañas modernas y probablemente seguirán haciéndolo cuando las formas actuales de hacer política también hayan cambiado.

Por eso esta novela no pretende responder quién tiene razón.

Las comunidades tampoco funcionan así.

En ellas conviven personas honestas y personas oportunistas. Hay liderazgos que nacen del servicio y otros que encuentran en la influencia una forma de obtener beneficios personales. Existen quienes dedican años a resolver problemas colectivos y quienes descubren demasiado pronto que también es posible vivir de ellos. La confianza puede utilizarse para construir o para destruir. La cercanía puede convertirse en solidaridad o en manipulación. Ninguna comunidad está libre de esas contradicciones.

Sería ingenuo ignorarlas.

También sería injusto reducirlas únicamente a ellas.

Porque, a pesar de todo, las comunidades siguen encontrando la manera de organizar su propia vida. Se equivocan. Corrigen. Recuerdan. Olvidan. Discuten. Se reconcilian. Vuelven a empezar. Ningún gobierno consigue reemplazar completamente esa capacidad y ningún discurso logra explicarla por sí solo.

Quizá esa sea la razón por la que decidí contar esta historia como una novela.

No porque la realidad necesitara ser adornada.

Sino porque algunas verdades humanas se comprenden mejor cuando se acompañan de personas, calles, conversaciones y silencios que cuando aparecen convertidas en conceptos.

Los personajes que conocerás no representan a alguien en particular.

Representan muchas vidas entrelazadas.

Muchas voces escuchadas a lo largo del tiempo.

Muchos pueblos donde las historias cambian de nombre, pero conservan un extraño parecido.

Si en algún momento tienes la impresión de conocer a alguno de ellos, no intentes encontrarlo.

Probablemente no exista.

O, mejor dicho, probablemente exista repartido entre muchas personas distintas.

Al terminar estas páginas quizá descubras que el protagonista nunca fue un hombre, una mujer, un candidato o un presidente municipal.

Quizá descubras que el verdadero protagonista siempre fue la comunidad.

Y que el poder visible, ese que suele ocupar las portadas, las fotografías y los discursos, no es el comienzo de la historia.

Es apenas uno de sus capítulos.

Porque toda comunidad lleva años escribiendo la siguiente página mucho antes de que alguien tome la palabra.

Y esa historia…

es la que está a punto de comenzar.

CAPÍTULO 1
"El hombre que todos saludan"

La pólvora de los cohetes de las seis de la mañana tiene un olor que se queda flotando en las vigas de las casas mucho después de que el ruido se ha apagado. Es un olor húmedo, mineral, que se mezcla con el vapor del café de olla y el de tierra recién regada para aplacar el polvo del camino. En estos, donde la ceniza del volcán baja como un velo invisible a cubrir los tejados de teja y los patios de cemento, los días de fiesta no empiezan con sol, sino con ese estruendo seco que sacude los nidos de los gorriones en los fresnos de la plaza.

Yo caminaba junto a Aurelio. El viento de octubre traía un frío afilado, de esos que bajan de la montaña y se meten por la bocamanga de la camisa, obligando a apretar los puños en los bolsillos del pantalón. Aurelio no llevaba prisa. Nunca la tenía. Su andar era un rito de paciencia: un pie delante del otro con la fijeza del buey que abre el surco, la espalda ligeramente encorvada bajo un chaleco de lana gris que había perdido los botones inferiores hacía tantos años que el tejido ya se había amoldado a la curva de su vientre. Llevaba un sombrero de palma de ala corta, ennegrecido por el sudor en la banda de la frente, y unos zapatos de cuero de dos colores que, sospecho, solo salían del ropero para las funciones del santo patrono.

—La fiesta de aquí siempre ha sido de polvo —dijo Aurelio, sin detenerse, mirando el suelo como si buscara una moneda perdida entre las piedras del callejón—. Si llueve, malo, porque el lodo se pega a las ruedas de los juegos mecánicos y no hay quien los mueva. Si no llueve, peor, porque para mediodía ya traemos la garganta llena de tierra de tepetate. Pero a la gente le gusta. Al mexicano le cuadra el ruido, aunque le cueste tres días de dolor de cabeza.

Caminábamos por el callejón de la Amargura, que no era una avenida importante ni pretendía serlo. Era una vereda ancha de piedra de río y tierra apisonada que conectaba el barrio de arriba con la plaza principal. A los lados, las bardas de adobe cubiertas de cal viva mostraban las cicatrices de las lluvias de julio: desconchados oscuros que revelaban la paja podrida y la arcilla con la que los abuelos del pueblo habían levantado las primeras habitaciones. En las rendijas de las puertas de madera se asomaban los ojos curiosos de los niños, rápidos y oscuros

como lagartijas, esperando el momento en que pasara la banda de música o el primer vendedor de globos con sus formas de animales imposibles.

Aurelio era un hombre de pocas palabras cuando se le preguntaba algo de frente, pero poseía una elocuencia sin prisa cuando el camino se lo permitía. No tenía un cargo oficial en la junta auxiliar ni su nombre aparecía en los organigramas que el gobierno del estado mandaba imprimir cada tres años con tipografía limpia y retratos de hombres sonrientes que usaban corbatas demasiado anchas. Tampoco era rico. Tenía una parcela de tres hectáreas donde sembraba maíz cacahuazintle y un par de vacas lecheras que su cuñado cuidaba a medias cerca del río. Sin embargo, caminar con él por la calle era como asistir a una procesión laica donde el orden del mundo se restablecía saludo a saludo.

—¡Qué pasó, don Aurelio! —gritó un hombre desde la azotea de una casa en construcción. Tenía una cuchara de albañil en la mano y la cara salpicada de mezcla de cal y arena.

Aurelio se detuvo, levantó el ala del sombrero con un movimiento preciso del dedo índice y asintió.

—¿Qué tal, Jacinto? ¿Cómo va esa losa? —preguntó.

—Ahí va, don Aurelio. Si el tiempo nos deja, colamos el sábado. A ver si se da una vuelta para echarse un taco de chicharron.

—Si Dios nos da licencia, por ahí nos vemos. Dile a tu padre que me di una vuelta por su terreno el martes; la humedad ya está bajando, que no se desespere con la siembra.

—Yo le digo, don Aurelio. Que le vaya bien en la plaza.

El diálogo duró apenas un minuto, pero el ritmo de la caminata no se alteró. Jacinto regresó a su mezcla con una energía distinta, como si la confirmación de que el viejo Aurelio vigilaría el surco de su padre fuera suficiente para asegurar la cosecha. Yo observaba la escena con la curiosidad de quien busca un truco de magia en las manos de un prestidigitador de feria. En la Facultad de Administración Pública, donde yo pasaba las tardes memorizando las jerarquías de Kelsen y la división abstracta del poder público, nos enseñaban que la autoridad emanaba del sufragio, del nombramiento publicado en el diario oficial, de la firma estampada sobre un papel con sello de agua. Pero ahí, en el callejón de la Amargura, el poder parecía tener una consistencia distinta: flotaba en el aire, se transmitía en la inflexión de la voz, se consolidaba en el conocimiento minucioso de la humedad de una tierra que ningún mapa catastral registraba con exactitud.

Tres portones más adelante, una mujer de vestido negro y mandil de cuadros salía a barrer la banqueta. Al ver a Aurelio, dejó la escoba

apoyada contra la pared y se limpió las manos en la tela del delantal con un gesto rápido, casi urgente.

—Don Aurelio, qué bueno que lo encuentro —dijo la mujer, acercándose al límite de la sombra de su zaguán—. Mi muchacho ya regresó de la frontera. Llegó anoche en la corrida de las diez.

Aurelio se quitó el sombrero por completo, sosteniéndolo contra el pecho con ambas manos. El sol de la mañana, que ya empezaba a rasgar las nubes de la montaña, le iluminó el cabello ralo y gris, cortado al ras en las sienes.

—¿Cómo llegó, doña Clara? ¿Sano?

—Flaco, don Aurelio, bien flaco y asustado por los caminos. Pero con sus propios pies. Trae unos papeles que le dieron allá, de esos que dicen que tiene que presentarse no sé dónde. Yo no les entiendo nada. Las letras están en inglés y mi viejo dice que mejor no les hagamos caso, pero yo tengo miedo de que sea un problema.

—No se preocupe —respondió Aurelio, su voz bajó de tono, adquiriendo una gravedad que no admitía réplica pero que transmitía una calma inmediata—. Traiga los papeles a la casa mañana en la tarde, después de las cinco, cuando ya haya terminado de darles de comer a las gallinas. Le echamos un ojo con calma. Si hay que ir a Puebla a ver a los licenciados de la oficina de migración, yo la acompaño. Ahí tengo un conocido que sabe cómo se mueven esas ventanillas.

La mujer suspiró. Fue un suspiro largo, de esos que desinflan el pecho tras meses de insomnio. Sus manos dejaron de temblar bajo el mandil.

—Dios se lo pague, don Aurelio. Sabía que si usted los miraba, íbamos a estar más tranquilos.

—Vaya a descansar, Clara. Dele un buen plato de caldo de gallina a ese muchacho, que la comida de allá no sirve para hacer fuerza.

Seguimos caminando. El polvo empezaba a levantarse bajo nuestros zapatos, una fina película gris que cubría el brillo de los zapatos bicolores de Aurelio. Yo guardaba silencio, rumiando mis dudas académicas frente a la evidencia de esa soberanía sin palacio.

—¿Por qué vienen con usted, don Aurelio? —pregunté finalmente, cuando la distancia con la casa de doña Clara fue suficiente para que mis palabras no se perdieran en el viento—. Usted no es el juez de paz, tampoco es el presidente auxiliar. Si el muchacho trae papeles de la frontera, lo lógico sería que fueran a la presidencia municipal, con el síndico o con el encargado de gobernación.

Aurelio soltó una risa silenciosa, de esas que solo se adivinan por el movimiento de los hombros bajo el chaleco de lana. No me miró; mantuvo los ojos fijos en la plaza que ya se adivinaba al final del callejón, donde los puestos de feria empezaban a armar sus estructuras de tubos metálicos y lonas amarillas.

—El poder, muchacho —dijo, usando la palabra con una familiaridad que me pareció casi irreverente para alguien que no había leído a Hobbes ni a Maquiavelo—, no está en las oficinas. En las oficinas están los escritorios, las computadoras y los muchachos que estudiaron en la ciudad y usan gel en el pelo. Pero la gente no le tiene confianza al cemento. El cemento está frío. La gente le tiene confianza a quien sabe de dónde viene su hambre. Yo conozco a Clara desde que era una niña que andaba descalza juntando tejocotes en el cerro. Sé de qué murió su padre y sé cuántas láminas de asbesto le costó techar su cocina. Cuando su muchacho se fue al norte, yo mismo hablé con el enganchador de Tepeaca para asegurarme de que no lo metieran en un camión cerrado. Hay gobernantes que son buenos, de buena familia, pero que no saben qué tierra da buen maíz y qué tierra solo sirve para sacar adobes.

Sus palabras cayeron con el peso de las piedras que Jacinto usaba para su losa. En la crónica diaria del poder de nuestro país, los historiadores siempre buscan la fecha del decreto, el año de la batalla, el nombre del general que firmó el plan de turno sobre el escritorio de caoba de alguna hacienda abandonada. Pero el país real, el que se resistía a morir bajo el papeleo de las reformas estructurales y los discursos de modernidad, se tejía en estas conversaciones de banqueta, en la certidumbre de que había hombres cuya palabra valía más que un sello oficial porque su biografía estaba amarrada a la de todos los demás.

Llegamos a la plaza. El olor a manteca hirviendo de los puestos de carnitas dominaba el ambiente. Grandes cazos de cobre, pulidos hasta brillar como soles de cocina, reflejaban el ir y venir de las mujeres que cargaban canastas de tortillas calientes envueltas en servilletas bordadas con hilos de colores. La banda de música de la iglesia, compuesta por jóvenes con trompetas ligeramente abolladas, ensayaba los primeros sones de la mañana bajo el kiosco de madera de estilo porfiriano.

La plaza era un laberinto de hilos invisibles que Aurelio cruzaba con la soltura del tejedor que conoce cada nudo. Cada tres pasos, una pausa. Cada saludo, una pequeña lección de sociología que no venía en los textos de la universidad.

—Buen día, don Aurelio —decía el carnicero, limpiándose el cuchillo en el mandil ensangrentado.

—Buen día, Mateo. Guarda esa cabeza de puerco para la tarde; si mi mujer se decide a hacer pozole, yo mando al muchacho por ella.

—Ya sabe que para usted siempre está la mejor pieza, don Aurelio.

Aurelio asentía, se tocaba el ala del sombrero y continuaba. No había solemnidad en su gesto, pero sí una dignidad antigua, una especie de protocolo campesino que regulaba las distancias y los respetos con una precisión matemática. En ese espacio, la feria no era solo una celebración religiosa o una oportunidad para el comercio; era la asamblea anual de una república secreta que no necesitaba actas ni secretarios de actas para saber quién era quién y qué lugar le correspondía a cada uno en el orden de la comunidad.

Nos habíamos sentado en una de las bancas de fierro colado que daban al atrio del templo. Aurelio sostenía un vaso de plástico con nieve de limón que comía despacio, usando una cucharita que parecía diminuta entre sus dedos toscos y nudosos, marcados por las cicatrices de la siembra y el manejo de los animales. Frente a nosotros, la multitud se movía en un remolino de colores: los rebozos azules y negros de las mujeres mayores, las camisas de cuadros de los hombres del campo, los pantalones de mezclilla nuevos de los jóvenes que caminaban en grupos de tres o cuatro, buscando con la mirada a las muchachas que daban vueltas alrededor del kiosco.

—Mire allá —dijo Aurelio, apuntando con la cucharita hacia el atrio de la iglesia, donde un grupo de hombres vestidos con trajes oscuros y corbatas impecables se abría paso entre la gente con una mezcla de prisa y cortesía calculada.

En el centro del grupo caminaba el presidente municipal saliente, un hombre de unos cuarenta años con el pelo peinado con esmero y una camisa blanca que parecía resistirse al polvo de la tarde. Caminaba flanqueado por dos asistentes que cargaban carpetas de piel y un fotógrafo que se adelantaba cada pocos metros para tomar imágenes de sus saludos con los vecinos. El alcalde sonreía, daba palmadas en la espalda, estrechaba manos con un movimiento rápido y rítmico.

Era la representación del poder formal en su máxima expresión: el funcionario público, el representante del Estado, el hombre que controlaba el presupuesto municipal y cuyas firmas decidían qué calles se pavimentaban y qué escuelas recibían pintura nueva. La gente lo saludaba con respeto, se quitaba el sombrero al verlo pasar y respondía con timidez a sus preguntas rápidas sobre la salud de la familia o el estado del camino. Pero era un saludo distinto al que le daban a Aurelio. Era el saludo que se le da a la lluvia o al granizo: con respeto, con temor a su

fuerza, pero sabiendo que es algo que viene de fuera, una fuerza de la naturaleza que no pertenece al pueblo y que se retirará tan pronto como pase la temporada.

El grupo del alcalde se acercó hacia nuestra banca. El fotógrafo disparó un par de flashes hacia el kiosco y luego el propio presidente municipal distinguió a Aurelio entre la multitud. Su rostro cambió de inmediato: la sonrisa profesional y mecánica se transformó en una expresión de deferencia genuina, casi de alivio, como la del estudiante que encuentra a su profesor en un pasillo antes de un examen difícil.

El alcalde se apartó de su comitiva y caminó hacia nosotros con paso rápido.

—Don Aurelio, qué gusto verlo por aquí —dijo el funcionario, extendiendo ambas manos para tomar la del viejo campesino—. ¿Cómo ha estado la salud?

Aurelio se levantó despacio de la banca de fierro, colocó el vaso de nieve sobre el respaldo de madera y tomó la mano del presidente municipal con un saludo firme pero sin exagerar el entusiasmo.

—Buenas tardes, señor presidente —respondió Aurelio, llamándolo por su cargo formal con una cortesía que sonaba más a un recordatorio de sus obligaciones que a un homenaje a su persona—. La salud ahí va, que ya es ganancia a estas alturas. ¿Qué tal el informe? Me dijeron que anduvo por el congreso del estado la semana pasada.

El alcalde hizo un gesto de cansancio con la mano libre, restándole importancia a los asuntos de la capital.

—Puro protocolo, don Aurelio. Usted sabe cómo son esas cosas allá en Puebla. Firmas, discursos, fotos para el periódico. La verdadera política es la que se hace aquí, con la gente del municipio. Por cierto, quería comentarle que ya tenemos la aprobación para el proyecto del canal de riego de la sección de abajo. El ingeniero me dice que los trabajos empiezan en quince días, pero necesito que usted me ayude a platicar con los ejidatarios de la Loma. Ellos no quieren dejar pasar la maquinaria por sus terrenos; dicen que les van a dañar la milpa que todavía no cosechan. Si usted les explica que es para el bien de todos, yo sé que van a entender.

Aurelio miró al presidente municipal con una fijeza tranquila, de esas que hacen que el interlocutor empiece a sudar bajo el cuello de la camisa blanca.

—Los muchachos de la Loma no tienen desconfianza del canal, presidente —dijo Aurelio, midiendo sus palabras con el compás de su experiencia—. Lo que pasa es que el año pasado la constructora que

mandó el ayuntamiento para el camino hacia la ciudad dejó las zanjas abiertas tres meses y el agua de lluvia inundó las parcelas de maíz de la familia de Tomás. Nadie les pagó esa pérdida. El papel del gobierno dice que la obra está terminada y entregada, pero el maíz de Tomás se pudrió en el agua. Si usted se compromete por escrito a que la constructora de ahora va a pagar por adelantado cualquier daño que le haga a las plantas, yo hablo con ellos el domingo después de la misa. Pero con el papel firmado, presidente. Porque las palabras del discurso se las lleva el viento que baja de la Malinche y las milpas no se siembran con promesas.

El alcalde asintió de inmediato, buscando con la mirada a uno de sus asistentes con carpeta de piel.

—Claro que sí, don Aurelio. Mañana mismo le pido al síndico que redacte el convenio con las garantías y se lo hago llegar a su casa con mi chofer. Si usted da su palabra de que la obra va a salir adelante, nosotros respondemos por los daños de inmediato.

—Entonces quedamos en eso, presidente —concluyó Aurelio, volviendo a tomar su sombrero de la banca—. Mándeme el papel y yo hablo con la gente. Que tenga buena tarde y termine bien su recorrido.

El presidente municipal se despidió con un abrazo rápido, que Aurelio aceptó con la rigidez del árbol que no se dobla ante la brisa, y regresó con su comitiva de asistentes y fotógrafos. En unos minutos, el grupo se perdió entre el gentío que rodeaba los puestos de cobijas y trastes de plástico, dejando tras de sí solo el destello ocasional de un flash que se apagaba contra la luz dorada del atardecer.

Yo miraba a Aurelio, estupefacto por la naturalidad con la que había negociado las condiciones de una obra pública de millones de pesos en medio de una feria patronal, sosteniendo un vaso de nieve de limón de cinco pesos.

—¿Vio eso? —dijo Aurelio, sentándose de nuevo y tomando su cucharita de madera con la misma calma con la que había hablado con el alcalde—. El presidente municipal tiene las máquinas, tiene el presupuesto y tiene las patrullas. Pero no puede meter un tractor en el terreno de los ejidatarios si yo no voy antes a decirles que el canal les conviene. ¿Por qué? Porque el presidente firma los contratos con las constructoras en la ciudad, pero el domingo yo me siento a comer mole con los ejidatarios en el patio de sus casas. Su poder es de papel, muchacho; dura tres años y se acaba en el momento en que toma protesta el que sigue. El mío no tiene fecha de vencimiento porque está hecho de la memoria de las deudas que nos hemos pagado unos a otros a lo largo de la vida.

La tarde comenzó a ceder su lugar a la noche. Las bombillas eléctricas de la feria se encendieron de golpe, transformando la plaza en un archipiélago de luces brillantes que competían con la oscuridad que bajaba de las faldas del volcán. La banda de música de la iglesia guardó sus trompetas y en su lugar empezó a tocar un mariachi local, con violines desafinados pero con un entusiasmo que ponía a cantar a los hombres que ya mostraban en los ojos el brillo del licor de tejocote que se producía ahí.

Nos levantamos para iniciar el regreso a la casa. El camino de vuelta por el callejón de la Amargura ya no era el mismo de la mañana. Ahora las sombras eran largas y misteriosas, recortadas por la luz de los postes de las esquinas y los braseros de carbón de las mujeres que vendían elotes asados y esquites calientes.

Aurelio caminaba con el mismo paso pausado, sosteniendo el sombrero con la mano derecha para sentir el aire fresco de la noche en la frente. La gente que regresaba de la plaza lo seguía saludando, pero ahora los saludos tenían un tono más bajo, casi confidencial, de quienes se cruzan en la penumbra del campo y se reconocen por el sonido de la voz o el crujir de la grava bajo los zapatos.

—Adiós, don Aurelio —dijo una voz que salía de la penumbra de una huerta de capulines.

—Adiós, Fernando. Cierra bien la toma de agua de la acequia, que viene el viento del norte y nos va a helar el pasto si lo dejas encharcado —respondió Aurelio sin detenerse.

—Ya está cerrada, don Aurelio. Descanse.

Yo caminaba a su lado, sintiendo el frío de la noche en las mejillas y pensando en la paradoja de esa autoridad sin corona. En la capital, los políticos daban discursos sobre la soberanía popular y el estado de derecho, redactaban leyes complejas sobre la participación ciudadana y gastaban fortunas en campañas publicitarias para convencer a la gente de que su gobierno era el más cercano a las necesidades del pueblo. Pero ahí, en la periferia de los mapas oficiales, el verdadero gobierno del pueblo era una estructura silenciosa, construida con la madera de la paciencia, el adobo del respeto mutuo y el hilo de una memoria que no olvidaba un solo favor ni una sola promesa incumplida.

La casa de Aurelio apareció al final de la vereda, con sus paredes de adobe cubiertas de bugambilias moradas que parecían oscurecer el cielo de la noche. En el patio trasero, las gallinas ya se habían acomodado en sus perchas y solo se escuchaba el murmullo de las hojas del fresno sacudidas por el viento.

Aurelio se detuvo frente a su portón de madera, se colocó el sombrero de palma en la cabeza y me miró con esos ojos pequeños y brillantes que parecían guardar la sabiduría de tres generaciones de sembradores.

—Ya lo viste, muchacho —dijo, apoyando una de sus manos callosas sobre mi hombro, con un peso que no oprimía pero que exigía atención—. El poder no se pronuncia desde los micrófonos. El discurso de los políticos es como la música de la feria: hace ruido, divierte a la gente por un rato, pero cuando las luces se apagan y los músicos se van a dormir, la plaza se queda vacía y el frío de la noche vuelve a mandar. El verdadero poder es el que se queda aquí, en el polvo del camino, esperando a que amanezca para ver si hay agua en el pozo y si la milpa va a resistir la helada. Aprende eso antes de que te llenen la cabeza con las leyes de los licenciados que nunca han pisado un terrón de tierra húmeda.

Entró a su patio sin esperar mi respuesta, cerrando el portón de madera tras de sí con un golpe seco que resonó en el callejón vacío. Me quedé solo en el camino, bajo el cielo estrellado de ese lugar que parecía descansar sobre las cumbres de los volcanes, sintiendo que la lección más importante sobre el poder público no la había aprendido en las aulas de la universidad de la capital, sino en esa larga caminata junto al hombre que todos saludaban en la fiesta del pueblo.

CAPÍTULO 2
"La tienda de la esquina"

La cortina de fierro verde de la tienda "La Purísima" se levantaba todos los días a las seis y media de la mañana con un quejido metálico que despertaba a los perros de la cuadra. Era un sonido seco, un chirrido de bisagras oxidadas y resortes vencidos que anunciaba, de manera más puntual que cualquier campana de iglesia, que el barrio había sobrevivido a la noche y que la vida reanudaba su marcha. La tienda estaba ahí mucho antes de que yo llegara; estaba ahí antes de que pavimentaran la calle de los Olmos, antes de que el tendido eléctrico sustituyera a los viejos faroles de gas y antes de que los huertos de duraznos que rodeaban el centro del pueblo se convirtieran en hileras de casas de autoconstrucción con varillas apuntando al cielo.

El interior de "La Purísima" era un territorio gobernado por una penumbra húmeda y un olor denso que se metía en la ropa como una firma del lugar. Olía a jabón de barra para lavar ropa —ese bloque rosa y áspero que las mujeres usaban para arrancar el lodo de las camisas de los hombres—, a chile guajillo seco guardado en costales de yute, a manteca de cerdo en botes de lámina y a ese pan dulce de harina pesada que la panadería de la vuelta entregaba todavía tibio en grandes canastas de mimbre. Detrás del mostrador, que era un tablón de pino gastado por el roce de millones de monedas y las manos de tres generaciones de clientes, vivía Doña Celia.

Doña Celia no usaba báscula digital ni necesitaba calculadora de botones grandes para saber cuánto costaba un cuarto de frijol flor de mayo y dos piezas de pan de sal. Tenía una balanza de dos platillos de bronce, oscurecidos por el cardenillo y el uso constante, que colgaba de una viga de madera del techo. Verla despachar era asistir a un acto de justicia cotidiana: tomaba el frijol con una jícara de plástico gastada, lo volcaba sobre el platillo izquierdo con un movimiento rápido del brazo y luego, con la mano derecha, colocaba las pesas de plomo en el platillo derecho con la solemnidad de quien mide los gramos de la verdad. Los platillos oscilaban, subían y bajaban en un baile que parecía eterno, hasta que la aguja de bronce se detenía exactamente en el centro. No había prisa en sus dedos, pero sí una precisión que no admitía réplicas.

—El kilo es de mil gramos, muchacho —me dijo Doña Celia una mañana en que me quedé mirando el vaivén de la balanza mientras esperaba que me entregara una coca cola de lata—. Ni un gramo más, porque el negocio se va a la quiebra; ni un gramo menos, porque el

castigo de Dios no se hace esperar en la salud de la familia. Los gobiernos cambian los billetes, les quitan ceros a las monedas y nos dicen que ahora somos más ricos, pero el frijol sigue pesando lo mismo aquí y en la China. El peso no engaña a quien tiene los ojos limpios.

Yo tenía entonces dieciocho o diecinueve años, una edad en la que uno empieza a sospechar que el mundo tiene más costuras de las que muestran los mapas. En mis clases, los maestros nos explicaban tres poderes constitucionales: el ejecutivo que gobernaba desde el palacio de azulejos de la capital, el legislativo donde los diputados aprobaban leyes de nombres larguísimos, y el judicial donde los jueces de traje oscuro decidían quién tenía la razón en los pleitos de tierras. Pero en la calle de los Olmos, el verdadero orden de las cosas no venía en esos mapas de colores. El verdadero orden de las cosas se registraba en el cuaderno de rayas de pasta dura, de color rojo descolorido, que Doña Celia guardaba celosamente debajo de la caja de madera donde depositaba los billetes de baja denominación.

Aquel cuaderno era el archivo secreto de la dignidad del barrio. En sus páginas de papel cuadriculado, escritas con una caligrafía de trazos firmes y tinta azul de pluma de punto fino, no se anotaban leyes ni decretos, sino el pacto social más antiguo de la comunidad: el fiado.

—A ver, Sandra —decía Doña Celia, abriendo el cuaderno con un crujido de hojas gastadas—. Llevas un litro de leche, medio kilo de huevo y la bolsa de sopa de letras. Son cuarenta y dos pesos con cincuenta centavos. Con lo de la semana pasada, ya sumamos ciento ochenta. Dile a tu viejo que el sábado que le paguen en la obra se dé una vuelta por acá, aunque sea para abonar cincuenta pesos. No es por desconfianza, pero los proveedores de la Bimbo no me perdonan las facturas y yo tengo que seguir abriendo la cortina.

Sandra, una mujer joven con las manos enrojecidas por el frío y el agua de la tina de lavar, asentía con la cabeza baja, apretando la bolsa de plástico contra su pecho como si llevara un tesoro delicado.

—Sí, Doña Celia. El sábado sin falta viene mi Joel. Le dieron un adelanto de la losa que están colando. Yo sé que usted nos aguanta, y Dios se lo va a pagar.

—No me lo pague Dios, Sandra, que me lo pague Joel el sábado —respondía la tendera con una sonrisa que le arrugaba las comisuras de los ojos, restándole dureza al reclamo—. Anda, ve a hacerle de comer a los niños, que ya es tarde.

Aquel diálogo, que se repetía diez o doce veces al día con distintas mujeres del barrio, era el motor que mantenía en marcha la economía de

la cuadra. El "fiar" no era una transacción financiera ni un acto de caridad; era una institución comunitaria basada en la certeza de que el vecino no iba a desaparecer de la noche a la mañana porque su casa, sus hijos y sus muertos estaban amarrados a la misma tierra que la tienda de Doña Celia. Era un pacto de honor que no requería firmas de notario público ni avales bancarios con contratos de letras chiquitas. Si un hombre perdía el trabajo en la fábrica de textiles de la entrada o si una helada de octubre echaba a perder la cosecha de flores de un ejidatario, la tienda de la esquina absorbía el golpe, estirando el crédito hasta el límite de sus fuerzas, permitiendo que las estufas de gas siguieran encendidas y que los niños no fueran a la escuela con el estómago vacío.

Yo observaba aquellas interacciones apoyado en la pilastra de cemento de la entrada, sintiendo que la tienda era como una estación meteorológica donde se medía la presión social del pueblo. El mostrador de Doña Celia era el primer filtro de la realidad. Mucho antes de que los periódicos de la capital publicaran que la inflación del mes había subido dos puntos o que el precio del gas LP se había incrementado por decreto presidencial, las mujeres del barrio ya lo sabían porque el cilindro de metal les costaba diez pesos más o porque Doña Celia les tenía que dar tres piezas de pan en lugar de cuatro por la misma moneda.

—En la televisión dicen que el país va para arriba —comentaba don Memo, un jubilado de la CFE que pasaba todas las mañanas a comprar su cajetilla de cigarros y a quedarse un rato a platicar bajo la sombra de la cortina metálica—. Dicen que los gringos están metiendo mucho dinero y que las carreteras nuevas nos van a volver modernos. Pero yo veo que cada vez que voy a la farmacia el dinero me alcanza para menos pastillas de la presión. A mí se me hace que los licenciados que hablan en las noticias viven en otro México, uno que tiene las calles de cemento limpio y donde la gente no come tortillas de maíz de nixtamal.

Doña Celia limpiaba el mostrador con un trapo húmedo, moviendo la mano en círculos concéntricos con la fijeza de quien pule una superficie sagrada.

—Esos muchachos de la capital hablan porque tienen la boca llena de aire —dijo, sin levantar la vista del trapo—. Ellos no saben lo que cuesta ganarse un peso doblando el lomo en el surco o cargando bultos de cemento en las obras. Hablan de millones como si fueran hojas de árbol. Pero el poder, don Memo, no es el dinero que dicen que hay en los bancos. El poder es saber que si mañana se enferma su nieta, usted tiene adónde ir a pedir cincuenta pesos prestados sin que le pidan las escrituras de su casa. El poder es que nos conozcamos las caras y

sepamos quién es quién cuando la cosa se pone difícil. Lo demás es puro ruido de la radio.

Esa conversación, sencilla y carente de las sofisticaciones de la teoría política que yo devorába en las tardes en los libros de sociología, contenía una verdad que ninguna secretaría de estado se atrevería a poner en sus informes de gobierno. La opinión pública no se fabricaba en las oficinas de los asesores de imagen ni en los estudios de televisión la Ciudad de México; se amasaba ahí, en la banqueta de la tienda, entre el olor a chile seco y el sonido del trapo húmedo limpiando la madera del mostrador. Era una opinión pública de tierra y sudor, un consenso silencioso que se construía día con día a través de la comparación constante entre las promesas que bajaban de las antenas de transmisión y la realidad del cuaderno rojo de Doña Celia.

A las cuatro de la tarde, la tienda de la esquina cambiaba de clientela y de tono. El sol, que ya empezaba a declinar, entraba de soslayo por la puerta de metal, iluminando las motas de polvo que flotaban en el aire como un enjambre de insectos dorados. A esa hora llegaban los hombres que trabajaban en los talleres de calzado, los albañiles que regresaban de las obras de la cabecera municipal y los transportistas que manejaban las camionetas de redilas.

No venían a comprar el recado para la comida; venían por un refresco de botella de vidrio. Se sentaban en la banqueta de afuera, apoyando las espaldas cansadas contra la pared de adobe, y destapaban las botellas con un golpe seco de la corcholata contra el borde de la acera. La banqueta de "La Purísima" se convertía entonces en el parlamento informal del barrio, un espacio donde las jerarquías oficiales se desvanecían y donde el valor de un hombre se medía por la sensatez de su palabra y el peso de su experiencia en las cosas de la vida común.

—Me dijeron allá en el ayuntamiento que van a cambiar el sentido de las combis —comentó Ramiro, un hombre de hombros anchos y manos curtidas por el manejo del volante, que cubría la ruta entre el pueblo y una junta auxiliar cercana—. Dicen que los de tránsito quieren que entremos por la calle de la amargura para desahogar el centro. Pero esa calle no aguanta el peso de las camionetas; tiene el drenaje viejo y las piedras se están hundiendo con las lluvias. Si nos meten por ahí, en dos meses vamos a traer las suspensiones rotas y el pasaje va a tener que caminar tres cuadras más para llegar al mercado.

—Es que los ingenieros del municipio no se bajan de sus camionetas con aire acondicionado —respondió un albañil de nombre Esteban, que

sacudía el polvo de cemento de sus pantalones con palmadas suaves—. Ellos ven el plano en la mesa y dicen: "por aquí pasa una raya roja". Pero no saben que la raya roja tiene un bache de medio metro de hondo donde la semana pasada se le rompió el eje al camión de la basura. El presidente municipal debería venir a dar una vuelta en la combi a las siete de la mañana, cuando todos vamos colgados de la puerta para llegar a tiempo al trabajo. A ver si entonces le siguen pareciendo bonitas sus rayas rojas.

Doña Celia se asomaba por la ventana de madera que daba a la calle, sosteniendo una escoba de mijo en la mano. Su presencia en la conversación no era la de un observador pasivo; era la de un árbitro silencioso cuyo asentimiento o desaprobación definía el rumbo de la discusión.

—El presidente municipal ya lo sabe, muchachos —dijo Doña Celia, recargando el mentón en el palo de la escoba—.

Yo hablé con su chofer el martes cuando pasó a comprar agua para la oficina. Le dije que si cambian la ruta de las combis, las mujeres del barrio de arriba van a tener que caminar de noche por la vereda del río para llegar al paradero. Esa vereda está sola y oscura desde que se robaron los cables del alumbrado. El muchacho me dijo que iba a pasarle el recado al secretario del ayuntamiento. Si las combis no pasan por donde deben, la gente no va a votar por su partido en las elecciones de junio, y ellos lo saben muy bien. No son tontos; saben que si las mujeres de este barrio se enojan, no hay mitin que les alcance para llenar la plaza.

Los hombres de la banqueta guardaron silencio por un momento, saboreando el refresco frío y sopesando las palabras de la tendera. La mención de las elecciones de junio no despertó pasiones partidistas ni discusiones ideológicas sobre las plataformas de los candidatos. En la tienda de la esquina, la política electoral se miraba con una distancia pragmática, casi cínica. Los partidos eran vistos como marcas de refresco: algunos sabían más dulces, otros tenían más gas, pero al final del día todos costaban lo mismo y servían para calmar la sed por un rato, sin alterar el curso de la vida real.

Lo que importaba no era quién ganaría la presidencia municipal, sino cómo el nuevo gobierno afectaría las rutinas de la supervivencia cotidiana. En la escala de valores del barrio, el alumbrado de la vereda del río, el precio del pasaje de la combi y la reparación del drenaje de la calle de la Amargura tenían una importancia infinitamente mayor que los discursos sobre la democracia participativa o los presupuestos de egresos que los diputados aprobaban en la capital del estado.

—Doña Celia tiene razón —dijo Ramiro, dándole el último trago a su botella de refresco—. Si el secretario de gobernación no nos recibe la semana que viene para arreglar lo de la ruta, vamos a estacionar las camionetas frente a la presidencia. No vamos a hacer desmadre; solo nos vamos a quedar ahí parados, sin movernos, hasta que el ingeniero baje a ver el plano junto con nosotros en la calle. A ver si con las camionetas estorbando el tráfico de la cabecera les dan ganas de seguir dibujando rayas rojas en sus escritorios.

La propuesta no fue recibida con gritos de guerra ni consignas revolucionarias. Fue recibida con asentimientos de cabeza pausados y serios de hombres que sabían que el recurso de la fuerza pacífica era la única moneda de cambio que el gobierno formal respetaba de verdad. No era una rebelión contra la autoridad; era una petición de diálogo formulada por quienes sostenían el peso real del transporte público en sus hombros diarios.

Yo miraba el rostro de Doña Celia enmarcado por la ventana de madera de su tienda. Su mirada no reflejaba temor por el conflicto que se avecinaba; reflejaba la serenidad de quien ha visto pasar a cuatro presidentes municipales por el mismo cargo y sabe que, al final de la jornada, todos los secretarios y directores de obras públicas terminaban bajando a negociar con los vecinos porque el municipio no podía funcionar sin el trabajo de los albañiles y los chóferes de las combis.

Aquella tarde comprendí que la tienda de la esquina no era solo un negocio de abarrotes; era la aduana moral del pueblo. En ese mostrador se juzgaba el carácter de las personas con una dureza que ningún tribunal de justicia podría emular. El hombre que no pagaba su deuda en el cuaderno rojo de Doña Celia perdía algo más que el derecho al fiado: perdía el respeto de sus vecinos, el derecho a hablar con autoridad en la banqueta de la tienda y la confianza de una comunidad que no perdonaba la falta de palabra porque la palabra era el único documento de identidad que valía para la supervivencia común.

La noche comenzó a caer sobre la calle de los Olmos. El viento de la Malinche soplaba con más fuerza, levantando remolinos de hojas secas y envoltorios de plástico que bailaban sobre el asfalto gastado. Los hombres de la banqueta se levantaron uno a uno, entregaron las botellas vacías a Doña Celia y pagaron sus cuentas con monedas que la tendera depositaba en su caja de madera con un sonido metálico y rítmico que parecía marcar el final de la jornada laboral.

—Buenas noches, Doña Celia —dijo Ramiro, ajustándose la chamarra de mezclilla antes de subir a su camioneta—. Nos vemos mañana para el café de la mañana.

—Buenas noches, muchachos —respondió Doña Celia, regresando al interior de la tienda para empezar a limpiar el mostrador por última vez antes de cerrar—. Vayan con cuidado en el camino y no se olviden de tapar bien los motores, que la noche viene con helada.

Yo la ayudé a bajar la cortina de fierro verde. El quejido metálico volvió a sonar en el callejón de los Olmos, pero esta vez fue un sonido de clausura, un cierre hermético que dejaba la noche del lado de afuera y resguardaba el calor de la penumbra de "La Purísima" del frío de la montaña. Caminé de regreso a mi casa bajo la luz parpadeante de las lámparas públicas, pensando en el cuaderno de rayas rojas que Doña Celia guardaba debajo de su caja de madera.

En los libros de derecho constitucional que yo cargaba en mi mochila de estudiante se hablaba de la soberanía nacional como un concepto abstracto, una voluntad general que se manifestaba a través de los órganos del Estado y las instituciones de la representación política. Pero esa noche, con el olor a jabón de barra y chiles secos todavía pegado a la piel de mis manos, yo sabía que la soberanía real del país no residía en las cámaras de diputados ni en los discursos solemnes de los gobernantes de la capital. La soberanía real estaba guardada en ese cuaderno Scribe de pasta roja de Doña Celia; estaba hecha de la confianza mutua que permitía que una madre llevara comida a sus hijos con la única garantía de su palabra, y de la solidaridad silenciosa de los hombres que se sentaban en la banqueta a discutir el destino de su calle bajo la luz dorada de un atardecer de Puebla.

CAPÍTULO 3
"La ferretería"

La ferretería "El Yunque" no estaba en una avenida importante. Ocupaba una esquina de paredes de block sin revocar en el cruce de la calle Progreso y el callejón del Niño perdido, una zona donde el asfalto cedía el paso al empedrado y los camiones de carga pesada dejaban una marca negra de hollín en las esquinas al dar la vuelta. No tenía vitrinas luminosas ni anuncios de neón. Su fachada era un portón de lámina galvanizada pintado de un rojo primario que el sol de los valles había ido cuarteando hasta darle el aspecto de una costra reseca. Afuera, apoyados contra la pared, siempre había rollos de malla ciclónica, palas de cabo de encino con el metal brillante por el desuso y bultos de yeso que absorbían la humedad del ambiente hasta ponerse duros como piedras si la temporada de lluvias se prolongaba demasiado.

El olor de la ferretería era distinto al de cualquier otro comercio del pueblo. No tenía la calidez frutal de las tiendas de abarrotes ni el aroma a limpio de algunas tiendas. Era un olor frío, mineral, compuesto por aceite de motor de dos tiempos, grasa para rodamientos, alquitrán, tiza y ese aroma agrio que despide el hierro cuando empieza a oxidarse en la penumbra. Para mí, entrar ahí era como ingresar a la trastienda del mundo, al lugar donde se guardaban los tornillos y las tuercas que sostenían la precaria arquitectura de nuestra vida diaria.

Detrás del mostrador, que era una estructura colosal de tablones de encino negro curtido por el roce de las herramientas y las manchas de grasa, atendía Don Tomás. Don Tomás era un hombre de manos enormes, con los nudillos deformados por el trabajo y unas uñas que parecían haber incorporado la grasa negra de los motores de forma definitiva en sus líneas de vida. Llevaba siempre una camisola de mezclilla azul con dos lápices de carpintero —esos lápices planos y rojos que no ruedan por las mesas— metidos en el bolsillo del pecho, junto a un micrómetro que utilizaba para medir el calibre de los alambres con la precisión de un cirujano de la chatarra.

—El metal no sabe mentir, muchacho —me dijo Don Tomás una tarde mientras en un recorrido por esa junta auxiliar me pare a comprar una cinta de aislar y un empaque de hule—. Un político te puede decir que la tubería va a aguantar cien años porque lo leyó en un folleto que le hicieron en la oficina de planeación. Pero si metes un tubo de PVC de cédula cuarenta donde hace falta uno de cédula ochenta, la presión de la tierra lo va a tronar en la primera helada de noviembre. A la tierra no le

importan los discursos; le importa la resistencia de los materiales. Si la rosca no embona, la rosca no embona, aunque le recites la constitución completa.

Mientras Don Tomás revolvía una serie de cajones de madera que alguna vez habían contenido cajas de clavos y que ahora servían para clasificar arandelas, resortes y piezas de bronce descabaladas, yo observaba el orden minucioso de las paredes.

Aquel lugar era un catálogo de la voluntad humana contra el desgaste del tiempo. Había hileras de llaves de paso, codos de cobre que brillaban como oro viejo bajo la luz del único foco de cien vatios que colgaba del techo, rollos de manguera negra de polietileno que parecían serpientes dormidas y botes de pintura de aceite con nombres de colores que sonaban a geografía lejana: verde bosque, azul marino, rojo óxido. En la ferretería de Don Tomás no se vendían cosas; se vendían soluciones. La gente no iba ahí a pasear ni a mirar escaparates; iba porque el agua se estaba saliendo por la base del tinaco, porque el cable de la luz había hecho cortocircuito tras la tormenta o porque la puerta del corral se había caído de sus bisagras.

—Aquí viene el pueblo cuando la realidad se rompe —comentó Don Tomás, dejando caer sobre el mostrador un puñado de empaques negros que desprendían un olor a caucho quemado—. En las oficinas del gobierno se aprueban los planes de desarrollo y se firman las actas de entrega-recepción de las obras públicas. Todo muy limpio, con carpetas de plástico y firmas con tinta azul. Pero cuando el tubo de la red general que pasa por la Loma se rompe a las tres de la mañana porque la constructora metió material corriente, no van a buscar al director de obras públicas a su casa de la capital. Vienen a tocarme el portón a mí para que les venda tres coples de reparación rápida y les preste la llave de cadena de tres pulgadas. Porque si el agua se sale, la milpa se ahoga y el lodo se mete a las cocinas. Y la gente sabe que el agua no espera a que el cabildo sesione el próximo martes.

En la crónica del poder que nos enseñaban en la universidad, el desarrollo de las comunidades se medía por la llegada de las grandes obras de infraestructura: las carreteras estatales, las redes de agua potable inauguradas por comitivas oficiales, los postes de luz con placas de aluminio que recordaban el año de la electrificación. Pero nadie nos hablaba de la física de la conservación de esas obras. Nadie nos decía que las carreteras se podian llenar de baches en la primera temporada de lluvias, que las bombas de agua se quemaban por las variaciones de voltaje de la línea de alta tensión y que los postes de luz necesitaban

aisladores de porcelana que los rayos de mayo solían romper con una facilidad pasmosa.

El verdadero mantenimiento de la civilización no corría a cargo de los presupuestos aprobados en el congreso; corría a cargo de los hombres que entraban a la ferretería de Don Tomás con un puñado de monedas en el bolsillo y un pedazo de tubo roto en la mano, buscando la forma de remendar el mundo con sus propias manos.

—A ver, Tomás —dijo un hombre de sombrero de palma que acababa de entrar a la tienda, dejando una estela de olor a campo y a sudor seco—. Se nos amoló el flotador de la caja de agua del pozo común. Ya fuimos a ver al Presidente Auxiliar, pero nos dice que la solicitud tiene que ir con tres copias, firmada por el comité de ejidatarios. Dice que el trámite tarda por lo menos dos semanas porque el proveedor del ayuntamiento tiene que cotizar la pieza desde Puebla. Pero el pozo está tirando agua a pasto y los vecinos de la sección de arriba ya no tienen presión en sus llaves.

Don Tomás se quitó el lápiz de carpintero de la oreja y lo usó para rascarse la cabeza bajo el cabello ralo y gris.

—¿De qué medida es la válvula, Margarito? —preguntó, apoyando los codos en el mostrador de encino.

—De pulgada y media, de las de bronce antiguas. El brazo de varilla se rompió por la mitad y la bola de plástico ya se llenó de agua porque tenía una rajada.

Don Tomás asintió en silencio. Se dio la vuelta y caminó hacia el fondo del local, donde la penumbra era tan densa que parecía engullir las estanterías de madera. Escuché el sonido de cajas metálicas al abrirse, el tintineo del bronce contra el hierro y el crujido de las bolsas de plástico. Al cabo de unos minutos, el ferretero regresó cargando una válvula de bronce macizo que parecía pesar varios kilos, una varilla de latón reluciente y una esfera de cobre que brillaba con un tono rojizo bajo la luz del foco.

—Esta es de las buenas, Margarito —dijo Don Tomás, colocando las piezas sobre el mostrador con un golpe seco que hizo vibrar los cajones de las arandelas—. No es de plástico de esa que se tuesta con el sol en dos años. Esta te aguanta la presión de la bajada del cerro sin chistar. Vale ochocientos cincuenta pesos.

Margarito miró la pieza con una mezcla de deseo y preocupación. Se metió la mano al bolsillo del pantalón de mezclilla y sacó un fajo de billetes arrugados, atados con una liga de hule de las que se usan para las pacas de alfalfa. Los contó despacio sobre la madera del mostrador:

billetes de veinte, de cincuenta, algunos de cien, todos gastados y con olor a tierra húmeda.

—Nomás juntamos seiscientos entre los de la calle de la Unión, Tomás —dijo Margarito, mirando al ferretero con la dignidad de quien no pide caridad sino justicia—. Es lo que pudimos levantar casa por casa anoche, cuando vimos que el agua se estaba perdiendo por la barranca. El regidor nos dijo que si la compramos nosotros, el ayuntamiento no nos puede reembolsar el dinero porque la compra no pasó por el comité de adquisiciones. Pero a nosotros no nos importa el reembolso; lo que queremos es que el agua no se tire.

Don Tomás miró los billetes sobre la mesa, luego miró la pieza de bronce y finalmente fijó sus ojos en el rostro curtido de Margarito. Con un movimiento rápido de su mano enorme, barrió los billetes hacia el cajón de la madera y tomó la varilla de latón.

—Llévatela, Margarito —dijo el ferretero, su voz adquirió un tono de complicidad que no necesitaba de más palabras—. Los doscientos cincuenta que faltan me los traes el mes que entra, cuando vendan la cosecha de rábano. Y si el Presidente Auxiliar, te dice algo sobre el comité de adquisiciones, dile que la válvula no la compraron, que se la encontraron tirada en el camino y que yo les presté la terraja para hacerle la rosca al tubo. El agua es de la tierra, no del ayuntamiento. Vayan a ponerla antes de que empiece a calentar el sol, no se les vaya a calentar la bomba de vacío por trabajar en seco.

Margarito tomó las piezas de bronce con un cuidado que rozaba la devoción, las envolvió en un trapo limpio y se despidió con un movimiento del sombrero. Don Tomás regresó a su búsqueda del empaque de hule, como si nada extraordinario hubiera ocurrido en su mostrador. Pero yo, que ya empezaba a ver el mundo con los ojos del cronista que busca las costuras de la sociedad, sabía que acababa de presenciar un acto de soberanía comunitaria más real y efectivo que cualquiera de las leyes de aguas que los diputados debatían en el congreso del estado. El pozo común seguiría funcionando no gracias a la gestión de las oficinas municipales, sino a la existencia de esa ferretería de esquina, a la confianza de Don Tomás que fiaba la diferencia y a la solidaridad de los vecinos que habían sacado los billetes de veinte pesos de sus monederos para que el agua no dejara de correr por el campo.

La tarde avanzaba en la ferretería con una lentitud que parecía copiada del ritmo de oxidación del hierro. A las cinco, la luz del sol golpeaba de lleno en el portón rojo de la entrada, proyectando la sombra alargada de Don Tomás sobre las cajas de herramientas que se apilaban

en los costados de la tienda. El ruido de la calle se había vuelto más denso: el motor de un tractor que regresaba de los campos de cultivo, el pregón del vendedor de gas que golpeaba el cilindro de metal con una llave de tuercas para anunciar su paso, y las risas de los niños que jugaban a las canicas sobre la tierra suelta de la acera.

En "El Yunque" se había reunido un grupo de hombres de trabajo. No estaban ahí para comprar de inmediato; algunos esperaban a que Don Tomás terminara de cortar unos tramos de tubo de acero galvanizado para la instalación de gas de una panadería, y otros simplemente se habían detenido al ver el portón abierto, buscando un pretexto para platicar al amparo de la sombra y el olor a aceite lubricante.

La ferretería funcionaba como un centro de ingeniería social, un espacio donde los problemas de la comunidad no se analizaban desde la perspectiva de la sociología académica, sino desde la física aplicada y la mecánica de suelos.

—El pozo de la Loma tiene arena —dijo Pascual, un constructor local que llevaba siempre un metro de madera plegable asomando por el bolsillo trasero del pantalón—. El ingeniero de la cabecera dice que hay que meter un filtro de grava sílica de tres etapas y cambiar la bomba por una de diez caballos de fuerza sumergible. El presupuesto que nos dio el ayuntamiento es de sesenta mil pesos, nada más por la mano de obra del contratista que viene de Puebla. Nos piden que la mitad la ponga la comunidad como aportación de beneficiarios. Pero la gente no tiene ese dinero ahorita, después de que la granizada de agosto nos tiró la flor de calabaza.

—Ese contratista de Puebla es un ladrón —respondió Don Tomás, mientras giraba la manivela de la máquina cortadora de tubos con un movimiento rítmico que desprendía un chorro de chispas anaranjadas y un olor penetrante a metal quemado—. Yo conozco esa bomba de la Loma; la pusimos nosotros en el ochenta y dos, cuando tu padre era el presidente del comité ejidal, Pascual. No es que le falte fuerza; lo que pasa es que el encamisado del pozo se rompió en la tercera sección porque la soldadura vieja se picó con el azufre del agua. Si meten una bomba de diez caballos en un pozo arenado, lo único que van a hacer es quemar el motor en tres días porque la arena va a trabar el impulsor de bronce. Lo que hay que hacer es meter un tubo camisa de menor diámetro dentro del viejo y rellenar el espacio intermedio con grava de río lavada, de esa que sacamos del fondo del barranco de manera gratuita. Con tres mil pesos de cemento y dos días de tequio entre todos los usuarios, ese pozo vuelve a dar agua limpia por otros diez años.

Los hombres escuchaban a Don Tomás con una atención que ningún funcionario municipal lograría jamás en una asamblea informativa. Su voz no tenía la inflexión engolada de los oradores de campaña ni buscaba convencer a nadie de su honestidad mediante promesas abstractas. Sus argumentos se basaban en la resistencia del bronce, en el comportamiento de la arena bajo la presión hidráulica y en la memoria física de un pozo que él mismo había ayudado a excavar hacía más de veinte años. Su autoridad no emanaba de un nombramiento firmado por el gobernador; emanaba de su conocimiento del subsuelo del pueblo, de haber tocado con sus propias manos la arcilla y la roca donde corren las corrientes de agua subterránea.

Pascual sacó su lápiz de carpintero y empezó a dibujar un esquema en un pedazo de cartón que Don Tomás había arrancado de una caja de clavos. El dibujo era simple: dos líneas paralelas que representaban el tubo viejo, una línea interior para el encamisado nuevo y unos puntos que señalaban la grava de río.

—¿Y tú crees que la junta auxiliar nos deje hacer el trabajo por nuestra cuenta, Tomás? —preguntó Pascual, mirando el esquema de cartón—. El secretario dice que si no se hace a través del contratista oficial, la fianza de vicios ocultos de la obra pública se pierde y la auditoría del estado puede sancionar al presidente municipal por desvío de recursos.

Don Tomás soltó una carcajada ruda, de esas que raspan la garganta tras años de respirar polvo de esmeril. Se limpió las manos con un trapo de algodón negro de grasa y se apoyó de nuevo sobre el mostrador de encino.

—La auditoría del estado está en Puebla, Pascual —dijo el ferretero, mirando al constructor con ojos de desprecio por el papeleo de las oficinas—. Ellos no saben si el agua que sale de la llave de tu casa tiene arena o si está limpia. Ellos solo miran facturas con sello digital y actas firmadas. Si nosotros arreglamos el pozo el fin de semana, el agua va a estar corriendo limpia el lunes por la mañana. Cuando llegue el inspector de la auditoría dentro de seis meses, va a encontrar el pozo funcionando y a nadie le va a importar quién soldó el tubo camisa si el agua no falla. El presidente municipal se va a colgar la medalla de que el pozo se arregló bajo su administración y nosotros nos vamos a ahorrar los treinta mil pesos de la aportación que no tenemos. Al gobierno le gustan los papeles limpios, pero a la gente le gusta el agua clara. Haz el tequio el sábado, Pascual. Yo te fío los bultos de cemento y la soldadura de arco que hagan falta. Si la obra sale bien, me los pagas cuando tengan dinero; si no sale

bien, yo mismo voy a ayudarles a sacar la bomba con la grúa de mi cuñado.

El grupo de hombres asintió con un murmullo de aprobación que cerró el trato de manera definitiva. No hubo actas, no se levantaron firmas ni se necesitó la presencia del notario público para dar fe de la legalidad de la asamblea. La legalidad de la obra residía en la palabra de Don Tomás, en la experiencia técnica de Pascual y en la necesidad compartida de un barrio que prefería el riesgo de la acción comunitaria directa a la parálisis de la espera institucional.

Yo observaba la escena desde mi esquina del mostrador, sintiendo el peso del empaque de hule en mi mano derecha. Aquella tarde comprendí que la ferretería no era solo un negocio de venta de fierros; era el taller de reparación del tejido social del pueblo. En ese local, la política no se hacía con debates sobre la división de poderes o la soberanía nacional; se hacía con la terraja, el soplete de gas y la soldadura de arco. Era una política materialista, basada en la certeza de que el primer deber de una comunidad es asegurar su propia infraestructura de supervivencia antes de que el discurso oficial venga a darles un nombre técnico que solo sirve para llenar los informes de gobierno.

El sol terminó de ocultarse tras el perfil azul de la Malinche. La luz de la ferretería se redujo al brillo anaranjado del foco de cien vatios que proyectaba sombras chinescas sobre los estantes llenos de herramientas. Don Tomás empezó a guardar las herramientas de mano en sus cajones de madera, cerrando las tapas con un sonido seco de cierres metálicos que parecía marcar el fin de la jornada de trabajo.

Los hombres se despidieron uno a uno, estrechando la mano rugosa del ferretero con un respeto que no se compra con dinero ni se impone con patrullas de la policía municipal.

—Buenas noches, Tomás —dijo Pascual, guardando el esquema de cartón en el bolsillo de su chamarra—. Nos vemos el sábado temprano en el pozo. Yo traigo la planta de soldar y los muchachos del barrio de abajo traen las palas.

—Buenas noches, muchachos —respondió Don Tomás, saliendo a la acera para empezar a empujar el pesado portón de lámina roja de la entrada—. Trabajen despacio y con cuidado; el hierro es noble si lo tratas con respeto, pero no perdona los descuidos de quien tiene prisa.

Yo caminé de regreso a buscar a mis compañeros, ya no habia ninguno en la calle bajo el cielo estrellado de octubre, que parecía descansar como una bóveda fría sobre las cumbres de los volcanes de Puebla. En mi mochila de estudiante cargaba los textos de los clásicos

del pensamiento político europeo, que hablaban del contrato social como un pacto abstracto de voluntades individuales para crear un Estado soberano que garantizara la paz y el orden público. Pero esa noche, con el olor a aceite de motor de dos tiempos pegado a las yemas de mis dedos, yo sabía que el verdadero contrato social de nuestro país era infinitamente más concreto y resistente. Estaba hecho de la varilla de latón que Margarito había llevado a su pozo común, de la grava de río con la que Pascual encamisaría el pozo de la Loma y de la confianza ruda de un ferretero que sabía que el orden del mundo no residía en las leyes de los licenciados de la capital, sino en la rosca perfecta que unía el tubo de la necesidad con la válvula de la dignidad comunitaria.

CAPÍTULO 4
"La escuela"

La escuela donde estudié la primaria era como miles de escuelas públicas que existen en México. Tenía patios de cemento que en abril parecían absorber todo el calor del mundo, salones con paredes cubiertas por mapas estatales que se iban despegando lentamente de las esquinas bajo el rigor de la humedad, y un asta bandera de tubo galvanizado que se convertía en el centro de atención cada lunes por la mañana. Sus muros de tabique grueso y sus ventanales altos con marcos de fierro eran la representación física de la presencia del Estado en los confines del barrio: un cuartel laico donde se formaban las almas de los futuros ciudadanos bajo el ritmo del silbato del prefecto y las manecillas de un reloj de pared que parecía avanzar con la lentitud de una condena.

Antes de entrar a clases, los alumnos nos formábamos por grupos en el patio central. Aquella formación era nuestro primer ensayo general de la jerarquía social. Los niños más pequeños, los de primer grado, se alineaban al frente, con los hombros caídos bajo el peso de mochilas de lona que les quedaban demasiado grandes; los de sexto, ya con los primeros atisbos de vello en el labio superior y una timidez que se disfrazaba de rebeldía, ocupaban la retaguardia, mirando el patio con el desprecio de quienes se saben a punto de cruzar una frontera invisible. Entre unos y otros, los maestros caminaban con pasos rápidos, ordenando las filas con ligeros toques en los hombros y gritos secos que se perdían en el ruido sordo de quinientas voces infantiles hablando al mismo tiempo.

—¡Firmes, ya! —gritaba el profesor de educación física, un hombre de silbato de metal colgado al cuello y tenis gastados que parecía haber consagrado su vida a la cuadratura de los hombros infantiles.

Al oír el grito, todos nos poníamos rígidos. Pegábamos los brazos a los costados del cuerpo, levantábamos la barbilla hacia el cielo —que a esa hora de la mañana solía ser de un azul transparente y frío— y clavábamos la mirada en el asta bandera. Aquel ejercicio de disciplina militarizada era la liturgia civil de nuestra infancia. Cantábamos el himno nacional con una fijeza de coristas desafinados, repitiendo palabras cuyo significado no entenderíamos hasta muchos años después: el "masiosare un extraño enemigo" y el "guerra, guerra sin tregua al que intente", conceptos abstractos que en nuestras mentes de diez años se mezclaban con las ganas de comer un pan con crema en el recreo o la urgencia de ir al baño antes de que empezara la clase de matemáticas.

Mi primer contacto con la idea del poder nació ahí, aunque en ese momento de mi vida yo no tenía las palabras necesarias para bautizarlo. Era una sospecha que se acumulaba en los detalles más sencillos: la directora de la escuela, una mujer de cabello cano peinado en un chongo perfecto y anteojos de armazón de carey que le colgaban del cuello con una cadena de oro, representaba la cúspide de la pirámide. Ella no salía al patio a barrer las hojas de los fresnos ni pasaba las tardes limpiando el gis de los pizarrones. Vivía en la oficina del fondo, una habitación con piso de duela de madera que siempre olía a café de cafetera de filtro y a papeles guardados en archivadores metálicos de color gris.

La oficina de la directora era el palacio de gobierno de nuestra pequeña república escolar. Entrar ahí era un acontecimiento que infundía un temor reverencial. El piso de madera crujía bajo los zapatos de una manera distinta, y en las paredes colgaban los retratos oficiales del presidente de la República en turno y del gobernador del estado, ambos con la banda presidencial al pecho y la mirada fija en un horizonte que parecía estar situado mucho más allá de las bardas de nuestra escuela de barrio.

—La directora tiene el poder porque representa a la ley —nos decía el profesor Martínez en la clase de educación cívica, mientras dibujaba con gis blanco un triángulo en el pizarrón verde de la clase—. En la punta está el presidente de la nación, que es quien toma las decisiones para todo el país; abajo de él están los gobernadores, luego los presidentes municipales. Cada uno debe obedecer al que está arriba para que las cosas funcionen bien. Si cada quien hiciera lo que quiere, el país sería un desorden y no tendríamos carreteras, ni hospitales, ni escuelas como esta.

El profesor Martínez era un hombre de corbata estrecha y dedos amarillos por el tabaco que explicaba el civismo con la misma fijeza con la que se enseñaban las tablas de multiplicar o las capitales de los estados. En su mente, el orden social era un mecanismo de relojería suiza donde las piezas se movían por mandato de una fuerza superior que residía en la capital. El poder era algo que se delegaba desde arriba hacia abajo, perdiendo intensidad conforme se alejaba del centro, como la luz de un farol que apenas alcanza a iluminar las esquinas de los callejones más lejanos.

Yo copiaba el triángulo en mi cuaderno de raya con un lápiz del número dos, dibujando con esmero las flechas que apuntaban hacia arriba. En mi cabeza de niño, aquella explicación tenía la fuerza de una verdad de la naturaleza: el poder vivía arriba. Vivía donde estaban quienes tomaban las decisiones, quienes usaban trajes de paño fino y

firmaban los decretos con plumas estilográficas que no manchaban los dedos de tinta azul. Abajo, en la base del triángulo, estábamos nosotros: los alumnos que debíamos formarnos en filas perfectas, los padres de familia que cooperaban con el mantenimiento de los salones y los maestros que debían entregar sus carpetas de planeación cada fin de mes en la oficina de la supervisión escolar.

Sin embargo, la realidad de la escuela tenía grietas que el triángulo del profesor Martínez no lograba cubrir del todo. El orden formal que se mostraba en las ceremonias de los lunes, con los alumnos perfectos y los maestros rígidos frente al asta bandera, comenzaba a desvanecerse en cuanto sonaba el timbre de metal que anunciaba el recreo. En el patio, bajo la sombra de los fresnos cuyos troncos estaban pintados de cal hasta la mitad para evitar las plagas, la vida comunitaria se organizaba con unas leyes que no venían en los libros de texto de la Secretaría de Educación Pública.

Ahí, en el polvo del recreo, el verdadero gobierno del patio no lo ejercían los prefectos con sus silbatos de plástico. Lo ejercían los alumnos mayores que organizaban los partidos de fútbol con balones de plástico desinflados, los niños que sabían cómo curar una rodilla raspada con hojas de pasiflora machacadas o las niñas que regulaban el uso del único columpio que todavía tenía las cadenas completas en la zona de juegos de madera. Era una jerarquía espontánea, basada en el carácter de cada uno, en la destreza física, en la generosidad para compartir la torta de frijoles o en la capacidad de contar una historia que mantuviera a los demás atentos mientras el sol de mediodía caía sobre el cemento del patio.

—No le hagas caso a lo que dice el profesor Martínez sobre los planos de la capital —me dijo una tarde la maestra Alicia, mientras me ayudaba a recoger unos cuadernos de geografía que se habían caído al suelo en la entrada del salón de cuarto grado—. Los planos son bonitos en el papel, pero la escuela no la sostienen las firmas de los inspectores de zona que vienen de Puebla. La escuela la sostienen las madres de familia que vienen los sábados a lavar los baños con cloro y jabón de polvo, y los maestros que ponemos de nuestro sueldo para comprar el gis y las cartulinas cuando la oficina de la delegación se olvida de mandarlos. El poder de hacer que este lugar funcione no viene de arriba; viene de las ganas que tenemos todos de que ustedes no sigan de largo por el camino del analfabetismo.

La maestra Alicia era todo lo contrario a la directora de la escuela. No usaba trajes sastres ni tenía una oficina con piso de duela de madera.

Sus manos estaban siempre manchadas de gis blanco y sus zapatos eran unos mocasines de suela de goma que chirriaban sobre el cemento de los pasillos cuando caminaba a toda prisa de un salón a otro, cargando su bolsa de mano llena de exámenes por calificar y frascos de jarabe para la tos de los niños que andaban descalzos en la temporada de frío.

Ella era la verdadera autoridad del pabellón de cuarto grado. Su salón no era un templo de la disciplina militarizada, sino un organismo vivo donde las reglas se discutían y se adaptaban a las necesidades del día. Si un niño llegaba a clases con los ojos enrojecidos por el desvelo o con las manos frías por no haber desayunado, la maestra Alicia no le ponía un reporte de mala conducta ni lo mandaba al rincón del castigo; le daba una taza de té de limón caliente que mantenía en una parrilla eléctrica junto a su escritorio y lo ponía a sentarse cerca de la ventana donde daba el sol de la mañana.

Su autoridad no necesitaba de las flechas que apuntaban hacia arriba en el triángulo del profesor Martínez. Venía de otra parte: del respeto que inspiraba su paciencia infinita para enseñar la división con punto decimal a los muchachos más atrasados, de la firmeza con la que defendía a sus alumnos frente a los regaños del prefecto y de la complicidad silenciosa que construía con las madres de familia para resolver los problemas cotidianos de un salón donde el techo de lámina goteaba cada vez que llovía fuerte sobre el barrio.

La tarde de un jueves de junio de mi último año de primaria, la escuela experimentó una de esas crisis cotidianas que ponían a prueba las costuras de la jerarquía escolar. Había llovido de manera torrencial durante tres días seguidos, un temporal de agua fría que bajó de la sierra y saturó el drenaje de la calle, provocando que el agua del alcantarillado comenzara a filtrarse por los cimientos del edificio de los salones de quinto y sexto grado.

Para mediodía, el pasillo principal que conectaba los salones con el patio estaba convertido en una laguna de agua grisácea y pestilente que impedía la salida de los alumnos. La directora de la escuela, tras hablar por teléfono con la oficina de la supervisión de zona, nos reunió a todos en los salones de la planta alta, dándonos la instrucción de esperar sentados en nuestros bancos hasta que la comitiva de protección civil municipal llegara a evacuar el plantel con los camiones cisterna oficiales.

—El protocolo dice que debemos esperar la llegada del personal calificado —dijo la directora a través del altavoz de la escuela, su voz distorsionada por el herrumbre del aparato y la mala conexión de los cables—. Les pido a los maestros que mantengan el orden y que nadie

intente cruzar el patio por su cuenta. El ayuntamiento ya está enterado de la situación y vienen en camino los ingenieros del municipio para evaluar los daños en los cimientos.

La orden era clara, formal, dictada desde la cúspide del triángulo del poder público. Pero pasaron las dos de la tarde —la hora oficial de la salida de clases— y el personal calificado del ayuntamiento no daba señales de vida. En los salones de la planta alta, el calor se había vuelto sofocante y el olor a humedad y alcantarillado que subía del pasillo empezaba a causar mareos entre los niños más pequeños. Los maestros miraban por las ventanas con impaciencia, sosteniendo sus carpetas de planeación bajo el brazo y consultando sus relojes de pulsera con la angustia de quien sabe que los camiones de transporte público que debían llevarlos de regreso a sus casas en la capital no iban a esperar a que el protocolo municipal se cumpliera de cabo a rabo.

Afuera de las bardas de la escuela, la situación era distinta. Las madres de familia del barrio de arriba, alertadas por el ruido de la lluvia y la tardanza de sus hijos, habían comenzado a reunirse en la entrada del callejón. No traían trajes sastres ni venían en comitivas oficiales con carpetas de plástico; traían rebozos oscuros sobre los hombros, botas de hule para el lodo y azadones y palas que habían tomado de sus patios para abrir paso al agua que corría por las veredas del cerro.

Al ver que los camiones del municipio no llegaban, la maestra Alicia tomó una decisión que no venía en ninguno de los manuales de la Secretaría de Educación Pública. Abrió la puerta de su salón, se amarró el cabello con una liga de hule y bajó las escaleras de cemento sin importarle que el agua gris del pasillo le llegara a la altura de los tobillos.

—¡Alicia! —gritó el profesor Martínez desde el pasillo de la planta alta, asomándose por encima del barandal de fierro—. ¿Adónde vas? La directora dijo que debemos esperar a que lleguen los camiones del ayuntamiento. Si te pasa algo allá abajo, la fianza del seguro escolar no va a cubrir los gastos y te vas a ganar una sanción del inspector de zona por desacato a las instrucciones oficiales.

La maestra Alicia se detuvo a la mitad de la inundación, levantó la mirada hacia el barandal de la planta alta y se limpió una gota de agua de la frente con el dorso de la mano manchada de gis.

—Los camiones del ayuntamiento están atorados en el vado del río, Martínez —respondió la maestra con una voz tranquila que apagó el murmullo de los salones cercanos—. Me acaba de mandar un recado la señora Rosa con el muchacho de la carnicería. Si nos quedamos aquí esperando a los ingenieros del municipio, nos va a dar la noche en la

planta alta y el drenaje de los baños va a empezar a reventar dentro de una hora. Dile a los muchachos de sexto grado que bajen las bancas de madera viejas del taller de carpintería; vamos a armar un puente sobre la inundación para que los niños de primero puedan salir de uno en uno por la barda de atrás.

—Pero esa barda es propiedad privada de la huerta de don Fernando —protestó Martínez, abriendo los brazos con un ademán de desesperación administrativa—. Necesitamos el permiso del dueño de la huerta. Si don Fernando nos denuncia por invasión de propiedad, el departamento jurídico de la SEP va a abrir un expediente que nos va a costar el puesto a todos.

—Don Fernando ya está esperando a los niños del otro lado del muro con lonas para que no se mojen y ollas de té caliente —concluyó la maestra Alicia, dándose la vuelta para empezar a jalar la primera banca de madera que el conserje de la escuela mantenía arrumbada bajo el cobertizo del patio—. Mueve las manos, Martínez, que los discursos de derecho civil no nos van a secar los pies hoy.

Aquellas palabras tuvieron la fuerza de un rayo de mayo sobre el patio de la escuela. En pocos minutos, la parálisis formal que la orden de la directora había impuesto sobre el plantel se transformó en una actividad febril y coordinada que no necesitaba de actas ni protocolos de protección civil. Los alumnos de sexto grado bajamos las pesadas bancas de madera de pino por las escaleras de cemento, cargándolas entre cuatro con la fuerza de quienes se saben parte de una aventura importante; los maestros de tercer y cuarto grado se arremangaron los pantalones y bajaron al agua gris para ayudar a nivelar las estructuras sobre las piedras del pasillo; y las madres de familia, desde el otro lado de la barda de piedra de la huerta de don Fernando, empezaron a recibir a los niños más pequeños, bajándolos de uno en uno con sus manos fuertes y curtidas por el trabajo del hogar.

La directora de la escuela observaba la escena desde la ventana de su oficina de la planta alta, con el auricular del teléfono en la mano y una expresión de desconcierto que reflejaba la quiebra de su mundo geométrico. Su autoridad, esa que emanaba de la jerarquía de las flechas que apuntaban hacia arriba en el pizarrón del profesor Martínez, se había quedado muda ante la urgencia de la inundación. En ese momento, la verdadera gobernabilidad de la escuela no residía en las directrices de la supervisión de zona ni en los reglamentos del ministerio de educación; residía en el liderazgo moral de la maestra Alicia, en la fuerza física de los muchachos de sexto grado que cargaban las bancas de madera, y en la

solidaridad de don Fernando que abría las puertas de su huerta privada para que los niños del barrio no sufrieran daños por el temporal.

Yo crucé el puente de bancas cargando la mochila de un niño de primer grado que lloraba por el ruido de la lluvia. Al llegar al límite de la barda, la mano fuerte y callosa de don Fernando me tomó por el brazo, levantándome en vilo sobre las piedras húmedas de su huerta y colocándome bajo una lona de plástico amarillo donde el olor a té de canela caliente me devolvió la calma que el agua sucia del pasillo me había arrebatado horas antes.

Aquel día, mientras miraba el ir y venir de los vecinos que ayudaban a secar a los niños y organizaban el regreso a sus casas por las veredas seguras del cerro, comprendí que el triángulo del profesor Martínez era una mentira piadosa inventada por los licenciados de la capital para convencerse de su propia importancia. El poder real de una sociedad no está en los cargos de los organigramas oficiales ni en las jerarquías de las leyes del derecho público. El poder real es el que sabe qué hacer cuando la inundación llega, el que tiene la confianza de sus vecinos para abrir un paso por la barda sin necesidad de actas oficiales, y el que está dispuesto a arruinar sus mocasines de suela de goma en el agua sucia de un pasillo escolar con tal de que ningún niño pase la noche con frío y miedo.

Muchos años después, cuando me gradué de la universidad con un título de licenciado en administración pública bajo el brazo y una tesis sobre la teoría del Estado, regresé al pueblo de San Andrés en una tarde de octubre. Pasé frente a la vieja escuela de mi infancia, que seguía pintada de ese mismo color de cal barata que el ayuntamiento entregaba en los periodos de campaña electoral. El asta bandera de tubo galvanizado seguía en el centro del patio, ligeramente inclinada por el peso de los años, y el sonido del timbre de metal de las seis de la tarde anunciaba la salida del turno vespertino.

La maestra Alicia ya no estaba en las aulas. Se había jubilado hacía dos años y pasaba las tardes en su pequeña casa de adobe de la calle de los Olmos, tejiendo suéteres de lana para los niños de la colonia y cuidando de sus plantas de geranios que florecían en macetas de botes de manteca reciclados. Fui a visitarla para entregarle una copia de mi título universitario, un pedazo de papel con firmas de rectores y sellos de agua que pretendía certificar mi conocimiento sobre el funcionamiento de las instituciones del país.

Alicia tomó el documento con sus manos cansadas, marcadas por las manchas de la edad y el desgaste de treinta años de limpiar el gis blanco de los pizarrones verdes de la escuela. Lo miró despacio, tocando el

relieve de las letras con la punta de los dedos, y luego me miró con esos mismos ojos brillantes y sabios con los que me vigilaba cuando yo era un niño que dibujaba triángulos de poder en mis cuadernos Scribe.

—Es un papel muy bonito, muchacho —dijo la maestra Alicia, devolviéndome el documento con una sonrisa que le iluminó el rostro cansado—. Dice que sabes mucho de leyes y de cómo se organiza el gobierno de la nación allá en las oficinas de Puebla. Pero no te olvides nunca de lo que aprendiste en el pasillo de la escuela cuando se inundó el patio. Las leyes sirven para que los licenciados no se peleen entre ellos en los juzgados, pero el país lo sostiene la gente que sabe cómo armar un puente con bancas viejas cuando el agua de la realidad les llega a las rodillas. Si algún día llegas a dar discursos frente a los micrófonos del gobierno, habla de esa gente, muchacho. No hables de los presidentes ni de los gobernadores que tienen sus fotos colgadas en las paredes de las oficinas frías. Habla de las madres que lavan los baños los sábados y de los viejos que abren sus huertas para que los niños del barrio no tengan frío. Porque ellos son los que de verdad construyen el país todos los días, mucho antes de que el primer candidato empiece a hablar de desarrollo en la plaza pública.

Sus palabras cayeron sobre mi título de licenciado con el peso de la verdad incontestable que tiene la tierra húmeda. Guardé el documento en mi mochila y salí a caminar por el callejón de los Olmos bajo la luz dorada de un atardecer de Puebla, sabiendo que la lección más importante sobre la verdadera arquitectura del poder público no la había aprendido en los textos de los clásicos del pensamiento político europeo en las aulas de la universidad, sino en el pasillo inundado de mi escuela primaria, al amparo de la paciencia infinita de la maestra de cuarto grado que me enseñó que la autoridad se gana con el cuidado cotidiano y la solidaridad sin actas de la vida en común.

CAPÍTULO 5
"La cancha"

La cal con la que se marcan las líneas de una cancha de fútbol de barrio tiene una blancura efímera. Dura apenas los primeros veinte minutos del partido, antes de que el trote de los tacos de plástico, las barridas sobre la tierra seca y el viento de la tarde comiencen a esparcirla, convirtiéndola en un polvo gris que se confunde con el tepetate. Para mediodía, las fronteras que dividían el adentro del afuera, el área grande de la zona común, se han vuelto conjeturas que solo los ojos entrenados de los jugadores y el árbitro improvisado logran descifrar entre el torbellino de la jugada.

La cancha de la colonia Juárez no estaba en un deportivo municipal con gradas de cemento y vestidores con regaderas de azulejo. Era un llano de tierra negra y pasto ralo, rodeado por una barda de piedra volcánica que los vecinos habían levantado para evitar que los balones terminaran en la barranca del río. El terreno tenía sus propias leyes físicas: una ligera inclinación hacia el poniente que obligaba a correr el doble durante el segundo tiempo, y una zona cerca de la portería norte donde la hierba crecía con una fijeza de maleza indomable, atrapando los pies de los delanteros de fútbol distraídos como si la tierra misma tuviera partido tomado.

El olor de la cancha era una mezcla densa de hierba recién cortada con machete —ese aroma verde y húmedo que se levanta bajo el sol de mediodía—, cal fresca, cerveza de barril de los puestos de la orilla y el sudor agrio de veintidós hombres que corrían detrás de una esfera de cuero con el empeño de quien defiende el último reducto de su territorio. Para mí, ya en la adolescencia, pasar los domingos en la orilla de esa cancha era asistir a la escuela de la sociología más pura y directa. No hacía falta leer los tratados sobre la estructura de las masas o las dinámicas de grupo; bastaba con mirar cómo se acomodaban los cuerpos alrededor del terreno de juego para entender cómo se organiza una comunidad cuando el silbatazo inicial desata las pasiones.

A la orilla del campo, sentado en una hielera de unicel vacía, pasaba las tardes Don Anselmo, el entrenador del equipo local, "Los potros de la Juárez". Don Anselmo era un hombre de sesenta años que trabajaba como despachador en la terminal de autobuses. Llevaba una gorra de béisbol con el escudo descolorido del equipo, un silbato de metal que nunca usaba porque prefería silbar con los dientes, y una libreta de hojas

amarillentas donde anotaba no las jugadas tácticas, sino las faltas de asistencia de los muchachos y las notas sobre sus familias.

En su papel, el fútbol no era una ciencia del fuera de lugar o del contragolpe rápido. Era una red de arrastre para evitar que los muchachos del barrio se perdieran en la neblina de las esquinas o en la tentación del dinero fácil que los traileros de la carretera federal ofrecían por vigilar los cargamentos de diésel robado.

—La cancha es el único lugar donde todavía los tenemos bajo la luz, muchacho —me dijo Don Anselmo una tarde, mientras usaba una navajita de bolsillo para sacarle punta a un lápiz rojo—. Si un muchacho de dieciséis años no viene a correr el domingo, es que está corriendo en otra parte. Y en este barrio, las otras partes casi siempre están oscuras. Yo no les enseño a dar pases con tres dedos ni a cabecear como los profesionales de la televisión. Eso me vale madre. Yo los enseño a cansarse aquí, para que cuando llegue la noche no les queden ganas de andar buscando problemas en la vereda de la vía.

Don Anselmo hablaba con esa fijeza tranquila de quien conoce la geografía de las familias del rumbo desde que la colonia era pura nopalera y tierra de tepetate. No tenía un título de psicólogo deportivo ni su nombre aparecía en los trípticos de prevención del delito que la secretaría de seguridad pública del estado mandaba imprimir con tipografías llamativas y fotografías de jóvenes sonrientes de la capital que vestían camisetas limpias. Su autoridad era de otra materia: estaba hecha de la paciencia de haber visto crecer a tres generaciones de albañiles y mecánicos, de conocer quién era el padre de cada muchacho, quién se desvelaba por trabajar en el turno nocturno de la fábrica y quién traía ya en la mirada ese brillo vidrioso que deja el pegamento de zapatero en los pulmones.

La orilla de la cancha de la Juárez era el verdadero parlamento de las madres del barrio. Mientras los muchachos corrían detrás de la pelota, levantando nubes de polvo gris que el viento de la tarde se encargaba de esparcir sobre la barda de piedra, las mujeres se congregaban cerca de la sombra del pirul de la entrada. Llevaban sus delantales de cuadros puestos, rebozos negros cruzados sobre el pecho para protegerse del aire helado de la montaña, y bolsas de plástico con refrescos de botella y sándwiches envueltos en papel aluminio para los hijos al terminar el partido.

Allí no se hablaba del marcador ni de los puntos de la liga local. Se hablaba de las ausencias, de las esquinas y de los peligros que acechaban

a los jóvenes cuando cruzaban el límite invisible de la colonia Juárez hacia los paraderos de la carretera federal.

—Don Anselmo, qué bueno que lo encuentro —dijo doña Elena, acercándose a la hielera de unicel donde el sastre y yo observábamos el calentamiento de los muchachos.

Doña Elena era una mujer de cincuenta años, de manos ásperas de lavar ajeno y con las comisuras de los ojos marcadas por las líneas de una preocupación antigua que no se quitaba con el sueño. Su hijo menor, Memo, era el centro delantero del equipo, un muchacho de diecisiete años que tenía la velocidad de una liebre sobre la tierra seca, pero que llevaba tres semanas faltando a los entrenamientos del jueves por la tarde.

Anselmo se quitó la gorra de béisbol, sosteniéndola contra la rodilla con un movimiento lento, respetuoso.

—¿Qué pasó, Elena? ¿Cómo va el muchacho? —preguntó.

—Mal, don Anselmo —respondió la mujer, su voz bajó de tono, buscando la penumbra de la sombra del pirul para que los otros muchachos no la escucharan—. Ya no quiere ir al taller mecánico de don Tomás. Se sale de la casa desde mediodía y dice que va a buscar trabajo con los traileros del paradero de la carretera. Ayer regresó con unos tenis nuevos, de esos caros que traen varios colores, y un fajo de billetes de cincuenta pesos que no me quiso decir de dónde salieron. Su padre le gritó y Memo le contestó duro; se iba a ir de la casa si yo no me pongo en la puerta a llorar. Yo tengo miedo, don Anselmo. En ese paradero la policía no entra si no es para cobrar su parte, y los muchachos que andan ahí terminan siempre en la barranca o en el penal. Háblele, por favor. A mí ya no me escucha; dice que soy una vieja ignorante que no sabe cómo se mueve el dinero ahora. Pero a usted sí le tiene respeto. Ayer que vio su libreta en la mesa del zaguán, se quedó callado un buen rato.

Anselmo miró hacia el centro de la cancha, donde Memo realizaba tiros a la portería norte con un empeño rabioso, pateando el balón con una fuerza que hacía vibrar la red de alambre mosquitero colocada detrás del marco. El muchacho corría con la cabeza baja, los puños cerrados y unos tenis de marca relucientes que contrastaban con las camisetas remendadas y los zapatos gastados de sus compañeros de equipo.

El sastre don Pancho, que se encontraba parado junto a nosotros acomodándose la cinta métrica en el bolsillo de su abrigo, soltó un suspiro corto.

—El dinero de los paraderos es como la cal de la cancha, Elena —dijo el sastre, con su voz suave de confesionario—. Brilla mucho al principio, pero la primera lluvia se lo lleva y lo único que te queda es el

lodo en las rodillas. No te preocupes; Anselmo sabe cómo hablarle a ese muchacho sin necesidad de meter a la policía en el asunto. La policía solo entra al barrio cuando hay que llevarse a alguien para la foto del periódico, pero no se quedan a limpiar el desmadre que dejan detrás.

Anselmo asintió con la cabeza, volvió a colocarse la gorra de béisbol con un tirón seco y tomó su lápiz rojo.

—Dile a tu Joel que le guarde la camiseta número nueve a Memo hoy, Elena —dijo el entrenador—. No va a salir a jugar desde el primer tiempo. Lo voy a dejar en la banca para que vea el partido desde aquí, junto a mí. Y tú vete a descansar a tu casa; hazle un buen plato de caldo de gallina para la tarde, que hoy el muchacho va a terminar cansado de pura tierra. Yo me encargo de él después del juego.

La mujer suspiró. Fue un suspiro largo, que parecía arrancar la tensión acumulada en su pecho desde que Memo había regresado a casa con los tenis de colores. Se acomodó el rebozo sobre los hombros y caminó de regreso hacia las gradas de madera de la orilla, buscando la compañía de las otras mujeres que observaban el inicio del partido con la paciencia de las costureras que saben que ningún nudo se deshace tirando con prisa.

Yo observaba la escena con la curiosidad de quien busca las costuras de la sociedad en los lugares más inesperados. En la escuela de Administraciój de la capital, los profesores nos hablaban de la prevención social de la violencia como una política pública de diseño institucional, con presupuestos asignados por el congreso, comisiones interinstitucionales y manuales de buenas prácticas elaborados por consultores extranjeros que cobraban honorarios en dólares. Pero allí, en el polvo de la Juárez, la verdadera prevención de la delincuencia se operaba con el silbato de metal de Don Anselmo, la hielera de unicel que servía de banca y el respeto moral de una madre de familia que prefería confiarle el destino de su hijo al despachador de los autobuses antes que acudir a la delegación de policía donde las denuncias se convertían en actas de extorsión institucional.

A las dos de la tarde, el partido contra "Los Mineros de la Loma" había terminado con una derrota de dos goles a uno para los Potros. Pero a nadie en la orilla de la cancha parecía importarle demasiado el marcador. El polvo se asentaba lentamente sobre la tierra seca del campo de fútbol, tiñendo de un gris cenizo las caras sudorosas de los jugadores que se sentaban en el pasto ralo a destapar las botellas de refresco frío y a quitarse las espinilleras de plástico con gestos cansados.

Memo seguía sentado en la hielera de unicel junto a Don Anselmo. No había jugado un solo minuto del partido. Había pasado los noventa minutos con los tenis nuevos de colores fijos en la tierra, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de coraje contenido que se le notaba en la fijeza de la mandíbula y en la respiración agitada que le levantaba la camiseta verde botella con el número nueve cosido a la espalda.

Los otros muchachos del equipo se fueron retirando poco a poco, despidiéndose de Anselmo con ademanes rápidos del sombrero o con palmadas en el hombro. Doña Elena también se marchó, siguiendo la vereda del río de la mano de su nieta menor, dejando a su hijo en la banca bajo la tutela silenciosa del viejo entrenador.

Anselmo esperó a que la plaza se quedara vacía, hasta que solo se escuchó el murmullo de las hojas del fresno de la entrada sacudidas por el viento frío de la tarde. Tomó su libreta de hojas amarillentas de la hielera de unicel, la cerró con un golpe seco de la liga de hule y miró al muchacho de reojo.

—Quítate esos tenis de colores, Memo —dijo Anselmo, su voz baja y tranquila no admitía réplicas—. Ve por la pala de cabo de encino que está detrás del cobertizo de la portería sur. Hay que emparejar el bache del área grande antes de que se haga noche y la tierra se ponga dura como piedra con la helada.

Memo apretó los puños, levantando la barbilla hacia el entrenador con una mirada desafiante.

—Yo no voy a andar paleando tierra gratis, don Anselmo —dijo el muchacho, con un tono de voz que buscaba la dureza de los traileros del paradero—. En el paradero me pagan doscientos pesos diarios nada más por avisar por el radio cuando pasa la patrulla de la federal. Eso es dinero de verdad; no las pendejadas de su equipo de barrio que no sirve ni para comprar un par de tenis buenos. Si no me va a dejar jugar, mejor me voy ahorita mismo. Allá me están esperando los muchachos para la corrida de las cuatro.

Anselmo no se levantó de la hielera. Siguió mirando al muchacho con esos ojos pequeños y brillantes, curtidos por cuarenta años de ver pasar los autobuses y las vidas de los hombres en el polvo de la terminal.

—Ese dinero no es de verdad, Memo —dijo el viejo, su voz adquirió una gravedad que hizo que el muchacho bajara la mirada por un instante—. Es dinero de papel corriente; se quema muy rápido y te deja las manos negras. Los muchachos que andan con los traileros en el paradero no tienen amigos; tienen patrones que los usan para vigilar el

diésel y que los dejan tirados en la barranca en cuanto la policía del estado decide que tiene que hacer una detención para salir en las noticias de la televisión. Yo conozco a tu hermano mayor, Memo; yo mismo fui a sacarlo del penal de Lardizabal hace cinco años cuando lo agarraron con las mangueras en la toma del cerro. Su patrón no fue a visitarlo ni un solo día; su madre tuvo que lavar ajeno tres años seguidos para poder pagarle los honorarios al licenciado de la cabecera que nos ayudó con el trámite de la fianza. Tu madre ya no tiene fuerzas para lavar más ropa, muchacho. Su espalda ya no aguanta el peso de la tina de cemento y sus manos ya están muy frías para andar tallando camisas de mezclilla en el agua de la acequia.

El muchacho guardó silencio. Su respiración seguía siendo agitada, pero la fijeza de su mandíbula comenzó a perder la dureza de la confrontación, suavizándose bajo el peso de una verdad que él conocía perfectamente por las lágrimas silenciosas de su madre en la cocina de su casa de adobe.

—Ve por la pala, Memo —repitió Anselmo, con un tono que ya no era una orden militar, sino una invitación de cuidado cotidiano—. Vamos a arreglar la cancha que es de todos nosotros. Tu abuelo fue uno de los ejidatarios que levantó esta barda de piedra volcánica para que ustedes pudieran correr sin peligro de caerse a la barranca. Esta tierra tiene tu apellido grabado en las piedras del fondo; no la dejes tirada por ir a cuidar el negocio de los traileros que no saben de dónde vienes ni qué dolor trae tu madre en las sienes.

Memo se levantó despacio de la hielera de unicel. Se quitó los tenis de colores nuevos con movimientos torpes, dejándolos apoyados contra el tronco del pirul, y se puso los tenis gastados de fútbol que su Joel le había remendado con cinta de aislar negra en las puntas. Caminó hacia el cobertizo de la portería sur, arrastrando los pies sobre la tierra suelta, y regresó cargando la pesada pala de cabo de encino.

Trabajaron durante una hora en la penumbra de la tarde que caía sobre la colonia Juárez. El viento del norte soplaba con más fuerza, levantando remolinos de hojas secas y polvo de cal que les cubría las frentes de una fina película gris. Anselmo señalaba las piedras que debían sacar del área grande, y Memo metía la pala con una furia contenida que poco a poco se fue transformando en el cansancio limpio de la tierra batida.

No hubo discursos sobre el desarrollo humano ni lecciones de civismo abstracto sobre el valor del trabajo honesto. Hubo el golpe rítmico de la pala contra el tepetate, el crujido de la grava al acomodarse

en el bache de la portería y la complicidad silenciosa de dos hombres que sabían que el orden del mundo se restablece doblando el lomo sobre la tierra que nos sostiene a todos.

Cuando terminaron de emparejar el área, la noche se había apoderado por completo de la cancha, transformándola en un escenario de sombras alargadas que recortaban la silueta de los volcanes de Puebla contra el cielo estrellado.

Memo dejó la pala apoyada contra la portería norte, se limpió el sudor de la frente con la manga de la camiseta verde y se acercó a Don Anselmo, que seguía sentado en la hielera de unicel observando la obra terminada.

—Ya quedó, don Anselmo —dijo el muchacho, su voz ya no tenía la arrogancia del paradero de la carretera; sonaba cansada, limpia y con esa timidez natural del muchacho de barrio que regresa a su cauce ordinario—. ¿El jueves sí puedo venir al entrenamiento de la tarde? Joel me dijo que me va a prestar sus tacos de cuero para el partido de la semana que viene contra los Mineros de Tepeaca.

Anselmo se levantó despacio de la hielera, tomó su libreta de hojas amarillentas y le puso su mano enorme y callosa en el hombro al muchacho, con un peso que no oprimía pero que transmitía una calma que no admitía dudas.

—El jueves te quiero aquí a las cuatro en punto, Memo —respondió el viejo entrenador—. Si llegas cinco minutos tarde, te pongo a barrer el pasillo de los baños antes de tocar el balón. Y llévate tus tenis de colores a la casa; regálaselos a tu sobrino el de Clara o guárdalos en el ropero para los domingos de fiesta. Al fútbol se juega con los zapatos de la tierra, muchachos, y con la palabra dada de que no vas a dejar solo a tu equipo cuando el rival nos apriete de verdad en el segundo tiempo. Anda, vete a cenar, que tu madre te preparó un buen plato de caldo de gallina y no queremos que se enfríe en la mesa del zaguán.

El muchacho tomó sus tenis de colores nuevos bajo el brazo, se despidió con un movimiento rápido de la cabeza y corrió por la vereda del río hacia las luces de la calle de los Olmos, perdiéndose en la penumbra de la noche con el andar ligero del joven que ha recuperado la seguridad de su territorio.

Yo miraba a Anselmo, que empezaba a empujar el pesado portón de lámina roja de la entrada de la unidad deportiva.

—¿Vio eso, muchacho? —me dijo Anselmo, deteniéndose por un momento para tomar el aire fresco de la noche en la frente—. Los licenciados de la capital se gastan fortunas en programas de prevención

de las drogas que nadie entiende en el campo. Hacen pláticas en los salones de los hoteles con aire acondicionado y regalan folletos que las mujeres usan para encender el carbón de las estufas de gas. Pero la verdadera prevención de la delincuencia se hace aquí, en el polvo de la cancha, con el silbato en los dientes y sabiendo cuándo un muchacho trae los ojos perdidos en el paradero. A la gente no le importa el discurso del gobierno sobre la seguridad pública; le importa saber que hay un lugar donde sus hijos pueden venir a cansarse con el balón sin peligro de que los huachicoleros se los lleven de halcones por doscientos pesos diarios. El poder de las patrullas dura lo que dura el turno de los policías; el nuestro es permanente porque está hecho de las lágrimas que le ahorramos a las madres del barrio cuando logramos que un muchacho vuelva a ponerse los tenis gastados de la faena.

La noche terminó de caer sobre los valles de Puebla. Yo caminaba de regreso a mi casa junto al sastre don Pancho, sintiendo el aire helado de la Malinche en las mejillas y pensando en la paradoja de esa autoridad moral que no venía en los textos del derecho público formal de la universidad de la capital.

Aquella tarde comprendí que la verdadera gobernabilidad de una comunidad no es el resultado del diseño institucional de los planes municipales de desarrollo ni de las patrullas que los gobernantes mandan rotular con colores llamativos antes de las elecciones. El verdadero orden social de nuestro país era una estructura de contención silenciosa, construida con la paciencia de los entrenadores de barrio que pasaban la vida en el polvo de las canchas de tierra, cuidando de las nuevas generaciones con la única fijeza de su silbato de metal y del conocimiento profundo de las familias del rumbo.

Ese era el verdadero muro contra la delincuencia: un muro de piedra volcánica levantado por los abuelos ejidatarios del setenta y dos, sostenido por la solidaridad de las madres que llevaban las botellas de refresco de vidrio a las gradas de madera y por la palabra dada de un viejo entrenador que sabía que el destino de un muchacho se define en la cancha de barrio mucho antes de que el primer político empiece a dar discursos sobre la paz y el orden público en la plaza principal de la cabecera municipal.

CAPÍTULO 6
"La memoria del barrio"

La tierra de los panteones viejos es una materia dócil en la superficie pero implacable en el fondo. Los primeros cincuenta centímetros ceden con facilidad ante el empuje de la pala: es una tierra negra, suelta, mezclada con raíces secas de pasto y pedazos de carbón de las viejas quemas de maleza que los panteoneros realizan antes de que llegue el Día de Muertos. Pero más abajo, donde la luz del sol de la tarde ya no alcanza a entibiar el pozo, la pala se topa con esa costra de arcilla volcánica endurecida por el peso de los siglos que exige que el golpe de la barreta sea seco, rítmico y certero para poder arrancar apenas un puñado de polvo gris en cada turno.

El panteón de San Andrés estaba situado en la ladera del cerro de las Tres Cruces, un sitio donde el viento de octubre soplaba con una fijeza que doblaba las copas de los cipreses y traía el olor a cempasúchil y cera derretida desde los altares domésticos del barrio de abajo. No era un cementerio jardín con lápidas de granito homogéneas dispuestas en filas perfectas como un archivo de oficina pública. Era un laberinto de cantera desportillada, cruces de fierro colado que la herrumbre había vuelto de un color marrón oscuro y tumbas de azulejo azul y blanco que el paso del tiempo y los temblores de tierra habían ido inclinando hacia los lados, dándoles el aspecto de barcos encallados en un oleaje de tierra y maleza.

Habíamos subido al panteón para enterrar a Don Cecilio.

Don Cecilio había muerto a los ochenta y seis años, un martes por la mañana, mientras dormía en su cama de latón bajo la mirada de sus santos y el susurro del radio de pilas que siempre mantenía sintonizado en la estación de música ranchera de la cabecera. No había sido un hombre de discursos ni su nombre aparecía en las actas de la junta auxiliar con la frecuencia de los jefes políticos o los regidores de la cabecera. Sin embargo, su muerte había vaciado las calles del barrio de arriba. Los talleres de calzado habían apagado sus motores, las amas de casa habían dejado las escobas en los zaguanes y los hombres de la construcción habían bajado de los andamios antes de tiempo para ponerse el pantalón de mezclilla limpio y la camisa de cuello que solo salía del ropero para las bodas y los velorios de respeto.

El entierro de un fundador de barrio no es un trámite administrativo que se resuelva con la firma de un acta de defunción y la llegada de una carroza de lujo de la funeraria municipal. En San Andrés, la fosa la cavábamos nosotros: los vecinos, los muchachos de la cuadra, los

hombres que habíamos compartido con el viejo la vereda y el pozo de agua a lo largo de la vida. Es un trabajo de respeto, un pacto no escrito que exige que los hombres de la comunidad se turnen en el fondo del pozo, pasándose la pala y la barreta con una complicidad silenciosa que no necesita de instrucciones oficiales para saber qué profundidad debe tener la morada definitiva de un vecino.

Yo me había turnado la pala con Pascual, el constructor, hacía una hora. Todavía sentía el temblor del impacto de la barreta en las palmas de las manos y el sudor frío de la tarde secándose en la espalda bajo mi chamarra de lana. A la orilla de la fosa, apoyados en las lápidas vecinas o sentados sobre los andadores de cemento agrietado, los mayores del pueblo observaban el avance de los trabajos con la paciencia de los jueces de una corte antigua que no tiene prisa por dictar sentencia porque sabe que el tiempo siempre termina por darles la razón.

Ahí estaba Aurelio, con su sombrero de palma de ala corta sostenido contra el muslo y su chaleco de lana gris que parecía haber absorbido el polvo del panteón de manera definitiva. Junto a él se encontraba Don Tomás, el ferretero, que limpiaba sus anteojos de armazón de metal con un pañuelo de algodón rojo, y un par de viejos ejidatarios cuyos nombres yo solo conocía por los saludos de paso en el camino del pozo.

La quietud de la tarde se rompió no por el sonido de un cohete o el lamento de una viuda, sino por el crujir de unos zapatos de suela de hule sintético sobre la grava suelta del andador principal. Era un sonido ajeno, un andar apresurado y rítmico que no respetaba las pausas que impone la vecindad de los sepulcros.

Al dar la vuelta por la sección de las tumbas de cantera deslavada, apareció un hombre joven, de unos treinta años, que vestía una camisa de cuello rígido de color azul celeste, pantalones de gabardina gris impecables y zapatos de campo que todavía conservaban el brillo del almacén de la capital. Cargaba bajo el brazo una carpeta de plástico azul rey y un plano de gran formato, impreso en papel heliográfico de un azul brillante, enrollado con una liga de hule roja. Venía flanqueado por dos auxiliares que cargaban un teodolito de aluminio montado en un trípode de madera y una cinta métrica de fibra de vidrio de cincuenta metros.

Era el ingeniero Robles, enviado de la Dirección de Catastro y Tenencia de la Tierra de la cabecera municipal.

El joven se detuvo a unos metros de la fosa abierta de Don Cecilio. Miró su plano de papel azul, luego miró la hilera de cruces de hierro colado que se alzaba en la ladera norte del cerro —la parte donde las tumbas de tierra rústica apenas estaban marcadas con pedazos de cantera

volcánica o varillas oxidadas dobladas en forma de cruz— y luego clavó su vista en don Aurelio, reconociéndolo de inmediato como el punto de anclaje de los hombres que sostenían las palas.

—Buenas tardes, señores —dijo el ingeniero Robles, modulando la voz con esa cortesía burocrática que busca suavizar la violencia del papeleo oficial—. Disculpen la interrupción en un momento tan delicado, pero tenemos una orden de verificación técnica que no podemos posponer. El plan de desarrollo urbano del municipio para la ampliación del derecho de vía de la carretera estatal de San Andrés contempla un trazo técnico que cruza exactamente por esta franja de la ladera norte. De acuerdo con el catastro general de la cabecera, esta sección del cerro figura como terreno baldío, propiedad del Estado, al no existir registros de escrituración, perpetuidades pagadas o títulos de propiedad inscritos en el registro público de la propiedad desde el sismo del noventa y nueve.

Un silencio frío, denso como la neblina que empezaba a bajar de las faldas de la Malinche, se apoderó de los hombres reunidos alrededor del pozo. Pascual dejó la pala apoyada contra la pila de arcilla gris; los muchachos de la Juárez que se turnaban la barreta en el fondo de la fosa se quedaron quietos, con los brazos suspendidos en el aire y la mirada fija en las botas relucientes del ingeniero; y don Tomás, el ferretero, arrugó su pañuelo de algodón rojo dentro del bolsillo de su camisola de mezclilla.

Robles extendió su plano heliográfico sobre la lápida de cemento agrietado de una tumba vecina, sujetando las esquinas con dos piedras de río para que el viento de octubre no se lo levantara. El plano era un laberinto de líneas rojas trazadas con tiralíneas electrónico, coordenadas UTM impresas en negro y sellos digitales de la secretaría de desarrollo urbano del estado que brillaban con una fijeza metálica bajo la luz del atardecer.

—Miren el plano —dijo el burócrata, señalando con el dedo índice una línea roja que cruzaba la ladera norte, cortando por la mitad una docena de montículos de tierra donde las flores de cempasúchil de los años pasados se habían convertido en un polvo grisáceo—. Técnicamente, para el catastro del Estado, esta zona no es un cementerio legal. Es un asentamiento irregular sobre suelo de reserva de la federación. El plano catastral oficial del municipio termina en la barda de piedra de la entrada; todo lo que está de este lado de la loma es baldío federal. Para la construcción del libramiento vial de carga pesada, necesitamos liberar esta franja de diez metros de ancho. El ayuntamiento

está dispuesto a ofrecer un espacio de reubicación común en el panteón nuevo de la cabecera para los restos que logren ser identificados mediante actas de defunción oficiales y pagos de derechos de fosa. Pero para los que no tengan registro, la ley prevé la fosa común de la cabecera para poder liberar el trazo de la obra pública.

Las palabras del joven ingeniero cayeron sobre las tumbas de tierra con la frialdad de una sentencia de desalojo civil. Su lenguaje era el lenguaje del Estado moderno: limpio, geométrico, fundamentado en artículos de leyes de tenencia de la tierra, en coordenadas satelitales que no admitían los errores de las veredas y en la certidumbre de que lo que no estaba registrado en el sistema informático de la capital simplemente no existía en el orden de la civilización formal.

Don Aurelio se levantó despacio de la banca de fierro colado vecina. Apoyó ambas manos sobre la cabeza de su bastón de madera de membrillo, dio dos pasos pausados sobre la grava húmeda del andador y se detuvo justo al borde del plano heliográfico azul del ingeniero Robles. Miró las líneas de color rojo electrónico, luego miró las botas de hule del burócrata y finalmente fijó sus ojos pequeños y brillantes en el rostro del joven funcionario.

—Su plano está incompleto, ingeniero —dijo Aurelio, su voz baja y templada obligó a los dos auxiliares del teodolito a dar un paso atrás por precaución cívica—. Sus ingenieros de la capital dibujaron muy bonito sus rayas rojas desde el escritorio con aire acondicionado de la oficina de desarrollo urbano, pero se les olvidó poner en el papel la tinta de la memoria de este pueblo. En esta ladera norte no hay baldío federal ni tierra de nadie. Aquí están las escrituras de San Andrés, escritas no con papel sellado de la capital, sino con el sudor y los huesos de los hombres que levantaron este barrio cuando la loma todavía era pura nopalera y espina de cardo.

El ingeniero Robles sonrió ligeramente, con un ademán de impaciencia profesional que buscaba cerrar el debate político con un argumento de derecho procesal administrativo.

—Con todo respeto, señor Aurelio —dijo el burócrata, dando un golpecito con el dedo sobre el papel azul de su carpeta de plástico—, las leyes de tenencia de la tierra no se rigen por la memoria ni por los recuerdos de los vecinos. En un juicio agrario o en una controversia de límites territoriales, lo único que los jueces de la capital aceptan son las actas notariales inscritas, los recibos de pago de perpetuidad emitidos por la tesorería municipal y los títulos oficiales de propiedad con sello del registro público. Si ustedes no tienen esos papeles, el Estado tiene la

facultad de declarar el predio de utilidad pública para la construcción del libramiento vial de carga pesada. La ley es muy clara en eso.

—La ley de sus escritorios es muy clara, ingeniero —intervino don Melitón, el panteonero viejo del pueblo, que se adelantó desde la sombra de un ciprés cargando una barreta de hierro de dos pulgadas de grosor—. Pero la ley de la tierra es otra cosa. Yo llevo cuarenta años cavando fosas en este cerro, desde que mi padre me entregó la barreta y la regla de madera para medir los tiros. Yo no sé de coordenadas de satélite ni de coordenadas UTM, pero conozco cada palmo de este tepetate mejor que los ingenieros de su plano azul. Y le digo que si usted intenta meter una máquina excavadora en esta ladera norte para pasar su libramiento de carga, va a tener que excavar sobre el pecho de los hombres que hicieron posible que el municipio que usted representa hoy tenga carreteras y tenga escuelas públicas de concreto.

Melitón clavó la barreta de hierro en la tierra de la fosa de Don Cecilio con un golpe seco que resonó en todo el panteón, un estruendo metálico y mineral que hizo que el viento de la tarde pareciera detenerse por un instante entre las copas de los cipreses de San Andrés.

La tarde se transformó por completo, adquiriendo esa luz violeta y densa que baja antes de que la helada de octubre se asiente sobre los campos de cultivo. El viento soplaba con más fuerza, levantando remolinos de polvo gris y hojas secas de los fresnos de la entrada que golpeaban contra el plano heliográfico del ingeniero Robles, arrugando las esquinas de papel azul que las piedras de río apenas lograban mantener fijas sobre la lápida de cemento.

El grupo de las madres de familia del barrio de arriba, alertadas por el movimiento de los auxiliares del teodolito y la tardanza de los hombres en el velorio, había comenzado a congregarse en los andadores de la ladera norte. Venían en silencio, de dos en dos, con sus rebozos negros cruzados sobre los hombros y las velas encendidas en vasos de vidrio que proyectaban un brillo tembloroso sobre los rostros curtidos de los ejidatarios y sobre las botas relucientes del funcionario catastral.

Don Melitón se adelantó hasta el límite del plano heliográfico del ingeniero Robles. No traía carpetas de plástico ni oficios oficiales con sello de agua; traía su mano enorme, deformada por el reuma del frío de las fosas y las cicatrices del manejo de la barreta, con la que señaló la primera cruz de hierro colado de la ladera norte, una tumba sencilla de tierra rústica donde el cempasúchil de la temporada pasada se había convertido en una costra gris.

—Mire aquí, ingeniero —dijo Melitón, su voz de grava y ceniza obligó al funcionario de catastro a bajar la mirada hacia la tierra seca—. Esta fosa que su plano declara "terreno baldío del Estado" es la tumba de doña Jacinta. Doña Jacinta murió en el setenta y cuatro, de una calentura de pulmón que le pegó duro en la temporada de las heladas. En su plano no aparece su nombre, pero en la memoria de San Andrés ella es la mujer que vendió sus únicos aretes de oro y sus cuatro gallinas ponedoras para comprar los primeros bultos de cal viva con los que los abuelos del barrio pintaron las paredes de la escuela primaria. No hay acta notarial de su tumba porque la parroquia se quemó en el sismo del noventa y nueve y los libros del registro civil municipal se perdieron en la inundación del ochenta y seis. Pero si usted le pregunta a cualquiera de las mujeres de rebozo negro que están paradas ahí arriba quién fue Jacinta, le van a decir hasta de qué color eran las flores que traía en su delantal de trabajo cuando salía a barrer la banqueta del callejón de los Olmos. Su tumba, ingeniero, es el título de propiedad del pabellón de cuarto grado de nuestra escuela de barrio.

Robles miró la tumba de tierra rústica, tragó saliva con dificultad y ajustó el cuello rígido de su camisa azul celeste, que empezaba a quedarle estrecho bajo el rigor de la mirada colectiva de las mujeres del panteón.

—Eso es una historia familiar, señor Melitón —dijo el burócrata, intentando recuperar la firmeza de su autoridad formal—. Pero el catastro del Estado necesita evidencias técnicas de propiedad agraria o civil...

—La evidencia técnica está debajo de sus pies, ingeniero —interrumpió Aurelio, dando un paso adelante y apoyando la punta de su bastón de membrillo sobre la línea de color rojo electrónico que representaba el trazo del libramiento vial de carga pesada—. Dos metros a la izquierda de la tumba de Jacinta yace Tomás "el cojo". Tomás perdió la pierna derecha en el setenta y dos, deteniendo con su propio cuerpo y una viga de pino el deslave de la barranca del río para que el agua del temporal no se llevara los cimientos del puente que conectaba el barrio de arriba con la zona de cultivo de la sierra. En el papel de su oficina, Tomás figura como un difunto desconocido en terreno ejidal abandonado; pero en la geografía real de este pueblo, Tomás es el cimiento del puente sobre el cual sus camionetas de la cabecera transitan todos los días para llevar el maíz a la central de abastos de la capital. Si usted mete su excavadora en esta ladera para ensanchar la carretera, va a tener que desenterrar los huesos de Tomás, y ese día, ingeniero, no va a haber puente ni va a haber carretera estatal que aguante la presión de la

barranca del río si la memoria de Tomás deja de sostener la tierra húmeda del cerro.

Los auxiliares del teodolito se miraron entre sí, cruzando miradas de incomodidad técnica, y bajaron lentamente el trípode de madera sobre la grava del andador, como si el peso del aparato de medición electrónica se hubiera vuelto intolerable en medio de ese cementerio de testimonios vivos.

Aurelio caminó lentamente a lo largo de la ladera norte, señalando con la punta de su bastón de membrillo cada uno de los montículos de tierra rústica que el trazo del libramiento de carga pesada pretendía rezonificar como baldío federal.

—Mire bien esta franja de diez metros de ancho que su plano quiere liberar, ingeniero —prosiguió el viejo campesino—. Aquí está don Cecilio, a quien acabamos de bajar al pozo hoy por la tarde con las reatas de ixtle de los ejidatarios. Cecilio fue el que organizó la primera faena para abrir el camino de la Loma en el setenta y dos, doblando el lomo con el zapapico desde las cinco de la mañana cuando el gobierno de la capital nos negaba el permiso porque la traza no correspondía al plano catastral de la cabecera. Dos tumbas más allá yace doña Clara, la partera que recibió en este mundo a la mitad de los albañiles que hoy trabajan en las obras de concreto hidráulico de su ayuntamiento. Y junto a ella está el sepulcro de Fernando, el viejo ejidatario que abrió las puertas de su huerta de capulines para recibir a los niños de la primaria el día que se inundó el pasillo escolar y el protocolo oficial de la directora se quedó mudo de miedo en la planta alta.

La voz de Aurelio no tenía la estridencia de los discursos de campaña ni buscaba convencer al burócrata mediante la repetición de consignas ideológicas. Sus palabras caían sobre el plano heliográfico con la fijeza de la piedra, con la consistencia física de una verdad mineral que no se podía borrar con el borrador electrónico de los diseñadores de la modernidad estatal.

—Nuestros muertos, ingeniero Robles —concluyó Aurelio, quitándose el sombrero de palma para sentir el viento helado del atardecer en la frente—, son las escrituras de San Andrés. Cada fosa de esta ladera norte es un título de propiedad que este pueblo pagó con el sudor de la faena, con la cooperación en botes vacios de diez pesos y con la vida de los hombres que defendieron este cerro de las heladas y las inundaciones de la realidad común. Su catastro de la capital dice que esta tierra es baldía porque no hay actas de papel sellado en sus archivadores grises del registro público; pero nuestra memoria dice que esta tierra es

sagrada porque está hecha del polvo de los hombres que construyeron el municipio de abajo mucho antes de que el primer secretario de gobernación tuviera una oficina con placa de latón en la cabecera municipal. Si usted quiere pasar su carretera de carga por aquí, va a tener que traer firmas de los muertos de esta ladera, porque nosotros los vivos no tenemos la autoridad para entregarle lo que no nos pertenece a nosotros, sino a la memoria de quienes nos dejaron el camino abierto en el setenta y dos.

Un murmullo de aprobación recorrió las filas de mujeres de rebozo negro y hombres de camisa de cuello, un murmullo sordo, rítmico y grave que rebotó contra los muros de cantera desportillada del templo y se perdió en el silbido del viento entre los cipreses del panteón de San Andrés.

Las mujeres dieron un paso adelante, levantando sus vasos de vidrio con las velas encendidas hacia el plano heliográfico de la lápida, proyectando una luz naranja y viva que borró por completo el brillo de los sellos digitales y las coordenadas satelitales del ingeniero Robles. La luz de las velas mostraba los rostros de la multitud congregada alrededor del pozo de Don Cecilio: caras cansadas, de cejas apretadas y miradas tranquilas pero inamovibles, que miraban al funcionario municipal no con odio ni con violencia física, sino con la fijeza del árbol que resiste el viento de la montaña porque sus raíces están amarradas a las piedras del fondo del barranco.

El ingeniero Robles miró la multitud de velas encendidas, miró el rostro de don Aurelio y luego clavó sus ojos en el plano de papel azul que el viento de octubre seguía sacudiendo con un latigazo seco sobre la tumba agrietada. Su postura burocrática y altiva comenzó a desmoronarse bajo el peso de esa topografía moral que no venía en sus manuales de catastro ni en sus cursos de derecho procesal administrativo en la universidad.

Se dio cuenta, con la lucidez del burócrata que descubre los límites de su propio sistema de papel, de que para pasar la excavadora por esa ladera norte tendría que desatar una guerra civil de la memoria, una confrontación de soberanías donde las coordenadas del satélite civil se estrellarían siempre contra la legitimidad de un pueblo que prefería la fosa del panteón común al desalojo burocrático de su historia comunitaria.

Robles se inclinó despacio sobre la lápida de cemento, retiró las dos piedras de río de las esquinas y comenzó a enrollar su plano heliográfico de papel azul con movimientos lentos, casi ceremoniales, como si

guardara una bandera derrotada en vísperas de una retirada definitiva. Colocó la liga de hule roja alrededor del cilindro de papel, tomó su carpeta de plástico azul rey y miró a don Aurelio con una mezcla de respeto y desconcierto burocrático.

—Entiendo sus razones, señor Aurelio —dijo el ingeniero Robles, su voz ya no tenía la inflexión engolada de las oficinas del ayuntamiento; sonaba baja, respetuosa y con esa timidez del burócrata que ha pisado un terrón de tierra húmeda por primera vez en su vida profesional—. Voy a pasar el reporte a la Dirección de Catastro General señalando que la ladera norte de San Andrés presenta una situación de posesión pacífica histórica, de naturaleza ejidal consuetudinaria, que desaconseja el trazo técnico del libramiento de carga pesada por razones de impacto social y viabilidad comunitaria. Sugeriremos que el trazo de la carretera se desvíe trescientos metros hacia el oriente, bordeando la barranca del río por la zona de baldíos ejidales desocupados donde no hay tumbas ni hay memoria que defender en la ladera del cerro de las Tres Cruces.

Don Aurelio se colocó de nuevo el sombrero de palma en la cabeza, asintió con un movimiento del bastón de membrillo y extendió la mano derecha hacia el joven funcionario con un saludo firme pero sin exagerar el entusiasmo de la victoria comunitaria.

—Es una decisión muy inteligente, ingeniero Robles —dijo Aurelio, con una sonrisa que le arrugó las comisuras de los ojos cansados—. El agua de la barranca del río corre libre si la dejas pasar por su cauce natural, pero el polvo de este panteón no se mueve si los hombres de San Andrés decidimos que los muertos deben seguir vigilando la siembra desde la ladera del cerro. Que tenga buen viaje de regreso a la cabecera y dígale al presidente municipal que el domingo lo esperamos en el salón ejidal para firmar el convenio de garantías para el canal de riego; el cemento que nos prometió para la primaria ya está descargado en el patio del zaguán de doña Celia y nosotros sabemos cómo cumplir nuestra palabra si el ayuntamiento cumple la suya con el orden del barrio.

El ingeniero Robles se despidió con un movimiento rápido de la cabeza, ordenó a sus auxiliares levantar el teodolito de aluminio y se retiró por el andador principal con paso apresurado, perdiéndose en la penumbra de la noche que ya se había apoderado por completo de las veredas del cerro de las Tres Cruces.

El regreso del entierro de Don Cecilio se realizó en silencio, bajo la luz parpadeante de las estrellas de octubre que parecían descansar sobre las cumbres de los volcanes de Puebla. La procesión de rebozos negros y camisas de cuadros bajaba la vereda del cerro con la lentitud de un río

de sombras que regresaba a su cauce natural en las calles de la colonia Juárez.

Yo caminaba junto a Aurelio, sintiendo el frío de la noche en las mejillas y pensando en la lección de derecho constitucional y soberanía territorial que acababa de presenciar sobre la tierra endurecida del panteón viejo de San Andrés.

Aquella noche comprendí que la memoria de una comunidad no es un adorno de nostalgia pasiva ni una colección de recuerdos agradables para contar en las tardes de fiesta patronal. La memoria real de un pueblo es su recurso de poder más resistente y duradero, su verdadera constitución de la base, capaz de levantarse como un escudo moral frente a la frialdad de los planos catastrales y las decisiones unilaterales de las oficinas de la capital.

En el tejido profundo del barrio, la soberanía del país se defendía con las leyes de la memoria. Una memoria que sabía en qué fosa descansaba la mujer que había comprado la cal para la escuela, qué tumba guardaba los huesos del hombre que había sostenido el puente de la barranca con su propio cuerpo y quién había dado su palabra en la asamblea del salón ejidal para que los niños del barrio no tuvieran frío durante la helada de octubre. Ese era el verdadero poder del país de abajo: un poder silencioso, hecho de la madera de la paciencia, el adobe del respeto mutuo y la certidumbre de que no hay plano de catastro ni ley de desarrollo urbano que pueda borrar la geografía humana que los vivos y los muertos de un pueblo han ido construyendo día con día con sus propias manos de cara al viento de la montaña.

CAPÍTULO 7
"Los desacuerdos"

La lámina galvanizada es un acumulador de la furia del sol. Durante el día, los techos del salón ejidal de San Andrés absorben el calor del mediodía hasta ponerse al rojo vivo, y cuando llega el atardecer, en lugar de refrescar con el viento que baja del cerro, el metal comienza a irradiar una temperatura densa y pesada, un sofoco que baja como una cobija húmeda sobre las cabezas de los que están adentro. Es un calor que huele a fierro viejo, a polvo acumulado en las vigas de madera y al sudor de setenta u ochenta personas que se aprietan en un espacio diseñado para la mitad.

El salón ejidal no tenía la elegancia del teatro municipal de la cabecera ni la sobriedad del palacio de justicia de la capital. Era una estructura rectangular de muros de block gris sin revocar, con ventanas altas protegidas por mallas de alambre mosquitero que el tiempo y las pedradas de los niños habían ido rasgando en varios puntos. En el piso, de cemento pulido y manchado por los restos de cera de las veladoras de las asambleas anteriores, se distribuían las sillas de plástico de color naranja y blanco, de esas que el comité local rentaba por fin de semana y que crujían con un chasquido agudo cada vez que alguien cambiaba el peso del cuerpo de un costado al otro.

Yo me había sentado en la última fila, cerca de la puerta de entrada, buscando un poco de aire fresco. Afuera, el cielo de octubre se teñía de un color rojo oscuro, casi de herrumbre, mientras los grillos en la zanja de la calle Progreso empezaban a afinar sus violines nocturnos con una fijeza metálica que competía con el murmullo de las voces que llenaban el salón.

—Aquí no hay amigos cuando se trata del pan de los hijos —me susurró al oído Don Tomás, el ferretero, que se había sentado a mi lado cargando una carpeta de cartón amarillo donde guardaba unos planos antiguos del catastro—. Los licenciados creen que el pueblo es una cooperativa donde todos nos queremos mucho y nos repartimos las cosas con una sonrisa de calendario de papelería. Pero la tierra es dura, muchacho. Cuando los recursos son pocos y las necesidades son muchas, la vecindad se agrieta muy rápido. Lo importante no es que no nos peleemos; lo importante es cómo nos volvemos a saludar mañana en la mañana cuando nos crucemos en el mostrador de la tienda.

La asamblea de esa tarde no había sido convocada por el ayuntamiento ni contaba con la presencia de los inspectores de

gobernación de la cabecera. Era una asamblea de los propios vecinos del barrio de arriba, convocada de manera urgente mediante cartulinas fluorescentes pegadas con cinta de aislar en el portón de la ferretería y en la ventana de "La Purísima".

El motivo de la discordia era un predio de trescientos metros cuadrados situado en el cruce de la calle Progreso y el callejón de los Olmos, justo detrás de la escuela primaria. El terreno, que alguna vez había pertenecido a la vía del tren y que había quedado en el olvido tras la desaparición del ferrocarril, había sido utilizado durante años como un depósito informal de arena, piedras de río y desecho de construcción por los albañiles locales. Era un llano de tierra suelta, cubierto de maleza y ortiga, donde los perros callejeros buscaban sombra por las tardes y los niños del barrio jugaban a las escondidas entre las pilas de block viejo.

Pero el crecimiento del barrio y la llegada de nuevos comercios habían cambiado el valor del espacio.

Por un lado, el grupo de los comerciantes de la plaza, encabezado por Javier, un hombre de treinta y cinco años que era dueño de tres camionetas de carga y de una bodega de semillas en el mercado local, quería pavimentar el predio para convertirlo en una zona de estacionamiento y descarga para los camiones que surtían de mercancía al barrio de arriba.

—La cosa está muy clara, señores —dijo Javier, de pie en el centro del salón, con las manos apoyadas en el respaldo de una silla de plástico naranja—. El barrio necesita comercio si queremos que haya dinero. Ahorita, los camiones de la Bimbo, de la Coca y las camionetas de redilas que bajan con la verdura de la sierra tienen que estacionarse en doble fila en la calle de los Olmos, estorbando el paso de las combis y provocando que el tráfico se atore desde las ocho de la mañana. Si arreglamos ese llano, le metemos una capa de grava hidráulica y lo dejamos como zona de descarga, los camiones van a entrar directos, la calle se va a limpiar y los negocios van a vender el doble. Nosotros mismos, los comerciantes, nos comprometemos a pagar la grava y a poner el cemento para la entrada. Al pueblo no le va a costar un solo peso y el beneficio va a ser para todos.

Su propuesta tenía el peso de la lógica económica más pragmática. Los comerciantes asentían con la cabeza desde las filas del centro del salón: hombres de camisas de cuadros y chamarras que sabían lo que costaba maniobrar un camión de tres toneladas en las calles estrechas y empedradas de San Andrés. En su mente, el desarrollo del pueblo no era un concepto lírico; era la fluidez de la mercancía, la facilidad para

descargar los sacos de cemento y la llegada de clientes con dinero en el bolsillo para gastar en las tiendas de abarrotes y las ferreterías.

Pero en la primera fila, justo enfrente de la mesa de madera de pino que servía de presídium para el comité vecinal, se encontraba el grupo de las madres de familia de la escuela primaria, liderado por Doña Marta.

Doña Marta era una mujer de cincuenta años, de manos fuertes de lavar ajeno y cabello oscuro trenzado con listones negros que trabajaba como conserje de la escuela primaria desde hacía dos décadas. Llevaba puesto su delantal de trabajo con bolsillos anchos, y su rostro, marcado por las líneas de la fatiga cotidiana, mostraba una determinación que no admitía concesiones de mercado.

Se levantó de su silla con un movimiento rápido que hizo que el plástico del asiento chillara contra el cemento del piso. No usaba micrófono ni lo necesitaba; su voz, acostumbrada a imponerse sobre el grito de quinientos niños en el recreo, llenó cada rincón del salón ejidal de un solo golpe.

—Es muy bonito hablar de comercio y de camiones cuando uno tiene camionetas propias para moverse, Javier —dijo Doña Marta, clavando sus ojos oscuros en el comerciante—. Pero los niños de la primaria no tienen camiones. Lo único que tienen son sus propias patas para correr en el recreo. Ahorita, el patio de la escuela les queda chico y cuando salen a la calle tienen que andar sorteando los baches y las piedras de la banqueta. Ese terreno de la vía es el único espacio libre que nos queda en todo el barrio para que los niños puedan jugar sin peligro de que los atropelle una combi o una de tus camionetas de redilas cargadas de bultos. Las madres de familia ya nos organizamos: queremos que ese llano se limpie, que se le pongan dos columpios de fierro, una resbaladilla y unas bancas de madera para que los viejos puedan sentarse por la tarde a ver jugar a sus nietos. No queremos grava hidráulica ni camiones tirando aceite frente a la escuela. Queremos un parque para los hijos de los trabajadores, que también tienen derecho a la sombra y a la hierba verde, aunque sus padres no tengan bodegas en el mercado.

Las mujeres que la rodeaban prorrumpieron en un aplauso cerrado, un coro de palmas y voces de apoyo que rebotó contra el techo de lámina galvanizada con la fuerza de un temporal de agua fría. Eran las madres del barrio de arriba: mujeres de vestidos sencillos y rebozos negros que sabían lo que costaba cuidar a un hijo asmático en una colonia donde el polvo se metía en los pulmones con cada ráfaga de viento, y que defendían la posibilidad de un área verde con la misma fijeza con la que defendían la comida de su mesa diaria.

La asamblea se dividió en dos mitades perfectas en ese mismo instante. No había un partido político oficial organizando las porras ni un candidato dirigiendo las consignas desde un micrófono de marca. Eran los propios vecinos, los hombres y mujeres que se saludaban todas las mañanas en la lechería y que compartían la misma fila para pagar el recibo de la luz, quienes se miraban ahora con una hostilidad que parecía borrar de golpe años de vecindad y favores mutuos.

La tensión comenzó a subir bajo las láminas de asbesto. Las palabras de Javier y de Doña Marta abrieron un abismo entre dos visiones contrapuestas del destino común del pueblo: la visión del desarrollo comercial y la fluidez del dinero frente a la visión del cuidado comunitario y la dignidad de los espacios infantiles. Ninguna de las dos posiciones era caprichosa; ambas respondían a necesidades legítimas de supervivencia de un grupo humano que debía resolver su destino con sus propios recursos, en los márgenes de una administración municipal que se limitaba a observar el conflicto desde la distancia de sus oficinas de la cabecera, esperando a que la tormenta pasara para no comprometer sus votos en las elecciones del próximo año.

A las siete de la tarde, la luz del crepúsculo se había desvanecido por completo del horizonte, dejando paso a una noche cerrada y fría que bajaba de las faldas de la Malinche y se colaba por las mallas rasgadas del salón ejidal. Las dos bombillas eléctricas de sesenta vatios que colgaban del techo se encendieron de golpe, proyectando una luz amarillenta y mortecina que dibujaba sombras chinescas sobre los muros de block gris y los rostros cansados de los asistentes.

El debate se había vuelto ríspido, circular, de esos que agotan la paciencia de los más templados. Los gritos se cruzaban de una fila a otra sin pasar por la mesa de la directiva, y el crujir de las sillas de plástico naranja se había vuelto constante, un coro de chasquidos que parecía marcar el ritmo de la crispación colectiva.

—¡Nosotros pagamos los impuestos en la tesorería municipal! —gritó un comerciante de las filas de atrás, agitando un recibo de papel arrugado—. ¡Tenemos derecho a que el ayuntamiento nos dé facilidades para trabajar! ¡Si el comercio se muere, el barrio se muere de hambre!

—¡Y nosotros pagamos el agua y la faena para la escuela! —respondió una mujer de rebozo negro desde la primera fila, dándose la vuelta para encarar al comerciante—. ¡La salud de nuestros hijos vale más que las ganancias de tus tiendas! ¡No queremos tus camiones estorbando en la puerta del colegio de los niños!

El presidente de la junta de vecinos, un hombre mayor de nombre Eleazar que trabajaba como barrendero municipal y cuya única credencial de autoridad era un sello de goma descolorido que guardaba en un bote de lámina de galletas, golpeaba la mesa de pino con un pedazo de regla de madera, intentando en vano restablecer el orden de la asamblea.

—Señores, por favor, guarden la compostura —decía Eleazar, con una voz debilitada por el polvo y la fatiga—. Si no nos ponemos de acuerdo, la solicitud del predio se va a quedar atorada en la oficina del síndico municipal y el gobierno del estado va a declarar el terreno como reserva ecológica o zona de utilidad pública para hacer oficinas de la policía. Nadie va a ganar nada si nos seguimos gritando.

Sus palabras cayeron en el vacío. La asamblea parecía estar a punto de romperse, de disolverse en un pleito de familias que dejaría marcas de resentimiento duraderas en la vida de la cuadra. Yo miraba de reojo a Aurelio, que se encontraba sentado a la mitad del salón, apoyando ambas manos sobre la cabeza de su bastón de madera de membrillo y con el sombrero de palma colocado sobre las rodillas. No había hablado en toda la tarde; se limitaba a observar el ir y venir de las recriminaciones con esa fijeza tranquila de quien conoce la fuerza del agua antes de que rompa la presa.

En un momento de silencio, provocado por el cansancio físico de los que gritaban, Aurelio se levantó despacio de su silla de plástico blanca. El movimiento de su cuerpo, lento pero firme, atrajo la atención de las primeras filas. Doña Marta se dio la vuelta, Javier interrumpió el argumento que sostenía a media voz con su cuñado, y el presidente de la mesa, Eleazar, dejó caer la regla de madera sobre la mesa con un suspiro de alivio.

Aurelio caminó hacia el centro del salón ejidal con ese paso pausado que parecía medir la distancia entre los dos bandos con la regla de su experiencia de sembrador. Se detuvo justo en la línea invisible que dividía a los comerciantes de las madres de familia, se colocó el sombrero de palma en la cabeza y miró a Doña Marta y luego a Javier con una fijeza tranquila que no admitía réplicas.

—Estamos haciendo la política del cangrejo, muchachos —dijo Aurelio, su voz baja y templada obligó a los de las últimas filas a inclinarse hacia adelante para no perder detalle—. Nos estamos jalando las patas unos a otros en el fondo de la cubeta mientras el pescador de arriba se ríe de vernos pelear por un pedazo de tierra que nosotros mismos limpiamos de ortiga hace veinte años. Javier tiene razón en una cosa: el

comercio nos da de comer a todos. Si las camionetas no entran a descargar, Doña Celia no tiene frijol en su tienda y Don Tomás no tiene clavos en su ferretería. Pero Marta también tiene razón, y la tiene de una manera más honda: los niños no pueden crecer en el polvo de los camiones. Un pueblo que no tiene un pedazo de sombra para que jueguen sus hijos es un pueblo que ya se murió por dentro, aunque tenga las cajas registradoras llenas de dinero.

El silencio que se apoderó del salón ejidal fue total, absoluto. Solo se escuchaba el murmullo lejano de los motores de las combis que pasaban por la calle de los Olmos y el roce del viento de la montaña contra las láminas del techo.

—La solución no está en las oficinas del síndico de la cabecera, muchachos —siguió Aurelio, apuntando con el bastón de membrillo hacia los planos de cartón que Don Tomás guardaba en su carpeta—. El síndico no sabe de qué tamaño es el llano de la vía porque nunca ha cargado una pala para limpiarlo de piedras. Si le mandamos dos solicitudes diferentes, una de los comerciantes y otra de las madres de familia, el licenciado va a archivar el expediente en la sección de pleitos comunitarios y el predio se va a quedar lleno de basura otros diez años. Lo que tenemos que hacer es partir la mazorca por la mitad entre nosotros, que para eso nos conocemos las caras.

Javier cruzó los brazos sobre el pecho, mirando al viejo campesino con una mezcla de respeto e impaciencia.

—¿Y cómo partimos la mazorca, don Aurelio? —preguntó el comerciante—. El terreno es chico; no cabe un estacionamiento para camiones y un parque de juegos al mismo tiempo.

—Cabe si dejamos de pensar en grande y empezamos a pensar con la medida de nuestra necesidad, Javier —respondió Aurelio, acercándose a la mesa de pino y tomando el pedazo de regla de madera que Eleazar usaba como mazo—. El predio tiene treinta metros de frente por diez de fondo. Si agarramos los diez metros del lado de la calle Progreso, que es por donde entran las combis, y los pavimentamos con la grava hidráulica que tú y los comerciantes se comprometieron a pagar, ahí caben perfectamente tres camionetas de descarga en batería. Los otros veinte metros del fondo, los que dan al muro de la escuela primaria, los dejamos para el parque de los niños. Levantamos una barda de piedra de metro y medio de alto para dividir las dos zonas, para que los muchachos puedan jugar al balón sin peligro de que la pelota ruede hacia donde están maniobrando las camionetas. Y en esa barda, las madres de familia

pueden pintar un mural bonito con los dibujos de los niños de cuarto grado, para que la escuela no mire a una pared de block gris descolorido.

Doña Marta miró al viejo Aurelio, luego miró a Javier y finalmente clavó sus ojos en el plano de cartón de Don Tomás que mostraba las dimensiones del llano de la vía. Su rostro fue perdiendo la dureza de la confrontación, suavizándose bajo la lógica de una propuesta que no buscaba la victoria de un bando sobre el otro, sino la coexistencia de las necesidades de ambos en un espacio compartido de supervivencia.

—¿Y quién va a levantar la barda de piedra, don Aurelio? —preguntó Doña Marta, con las manos apoyadas todavía en el delantal de trabajo—. Los comerciantes tienen dinero para el cemento, pero las madres de familia no podemos pagar la mano de obra del albañil.

—La barda la vamos a levantar entre todos, Marta —respondió Aurelio con una sonrisa que le arrugó las comisuras de los ojos—. El domingo temprano nos vemos en el llano con las palas y los azadones. Javier y los comerciantes traen el cemento y la grava; los albañiles del barrio que trabajan con Pascual ponen la mano de obra de obra y las madres de familia traen los tacos de frijol con longaniza y las ollas de agua de Jamaica para los que estemos doblando el lomo bajo el sol. En un solo día de faena dejamos el estacionamiento emparejado, la barda levantada y el terreno limpio de basura para que el comité de la escuela empiece a poner los columpios el lunes por la mañana. ¿Cómo la ven? ¿O prefieren que le mandemos las carpetas con firmas al síndico para ver si su chofer nos trae la respuesta el año que entra?

Un murmullo de aprobación comenzó a correr por las filas del salón ejidal, un sonido suave y rítmico que fue disolviendo la crispación que el calor de la tarde había acumulado bajo las láminas de asbesto. Javier miró a sus compañeros de la bodega de semillas, quienes asintieron con la cabeza con gestos de conformidad pragmática; Doña Marta cruzó una mirada rápida con las mujeres de la primera fila y luego levantó la mano derecha hacia el cielo del salón.

—Nosotros le entramos a la faena el domingo, don Aurelio —dijo Doña Marta—. Pero con una condición: las camionetas de Javier solo pueden descargar de las seis de la mañana a las once del día. A las once entran los niños al recreo y no quiero motores encendidos ni camiones echando humo de diésel junto a la barda del parque.

Javier sonrió, descruzando los brazos y extendiendo la mano derecha hacia Doña Marta por encima del respaldo de la silla de plástico naranja.

—Trato hecho, doña Marta —respondió el comerciante—. A las once de la mañana mis muchachos ya terminaron de descargar y las

camionetas se van a la bodega de la cabecera. El domingo nos vemos con las palas en el llano.

El apretón de manos entre el comerciante y la conserje de la primaria fue el punto final de la asamblea. No hubo necesidad de votaciones solemnes, de actas firmadas con la presencia de escrutadores oficiales ni de discursos de clausura sobre la concordia comunitaria. El acuerdo se había consolidado en la palabra dada, en el compromiso de la faena del domingo y en la mediación de un viejo campesino que sabía que el orden social no se mantiene mediante la victoria de una mayoría circunstancial sobre una minoría resentida, sino a través del equilibrio precario pero resistente de las necesidades mutuas.

Yo caminé de regreso a mi casa junto a Don Tomás, sintiendo el aire helado de la noche de Puebla en la frente y pensando en la lección de derecho procesal y mediación de conflictos que acababa de presenciar en el salón ejidal de San Andrés.

Aquella noche comprendí que la verdadera política comunitaria no consiste en la ausencia de desacuerdos o en la ilusión romántica de una armonía sin fisuras. El conflicto es consustancial a la vida de los hombres libres que comparten un territorio estrecho y recursos escasos. Lo que define la fuerza de una sociedad no es la ausencia de disputas, sino su capacidad para procesarlas cara a cara, en el espacio físico de su propia asamblea, bajo la luz mortecina de dos bombillas de sesenta vatios y con la única garantía de su propia palabra y del respeto acumulado de sus mayores.

Los licenciados de la capital daban discursos sobre la resolución pacífica de controversias y creaban costosos tribunales de arbitraje con mediadores profesionales que usaban trajes de marca y hablaban un lenguaje técnico incomprensible para la gente común. Pero ahí, en la periferia de los mapas del desarrollo oficial, el verdadero arbitraje de la nación se realizaba con las reglas no escritas del sentido común de Aurelio, en la disposición de los comerciantes a compartir el espacio y en la fuerza moral de una conserje de primaria que defendía el derecho de los niños al recreo con la fijeza del árbol que resiste el viento de la montaña. El domingo por la mañana, la realidad del llano de la vía volvería a transformarse no por el mandato de una ley del congreso o de un decreto municipal, sino por el peso de las palas y la solidaridad ruda de una comunidad que prefería resolver sus propios desacuerdos a dejar que la burocracia de fuera decidiera el destino de su pequeña república de tierra y cal.

CAPÍTULO 8
"Los operadores invisibles"

El papel revolución tiene un tacto ligeramente áspero, que absorbe la tinta azul de la pluma de punto fino con una fijeza que no admite enmiendas ni borraduras. En los recibos del Comité de Agua Potable de San Andrés, cortados a mano con el filo de una regla de latón para ahorrar el costo de la imprenta, las firmas de los vecinos y el sello de goma descolorido del comité eran las únicas escrituras que daban fe de la existencia de un pacto social que no aparecía en los manuales de derecho administrativo de la capital. El papel olía a humedad de archivo, a cajón de madera de pino y a ese polvo delgado de cal viva que siempre flotaba en la pequeña oficina del comité, una habitación de techo de lámina de asbesto arrinconada junto al atrio del templo parroquial.

En la oficina no había computadoras con pantallas brillantes ni terminales electrónicas para cobro con tarjeta. Había una mesa de fierro tubular pintada de gris industrial, tres sillas de plástico naranja que crujían con un chasquido seco cada vez que alguien cambiaba el peso del cuerpo, y una caja de galletas de lámina de la marca "Gama", con la tapa decorada con flores descoloridas por el sol, donde Don Pancho, el tesorero del comité, guardaba los billetes arrugados de veinte y cincuenta pesos y las monedas de cobre que los vecinos entregaban mes con mes para el pago de la luz de la bomba.

La oficina del Comité Autónomo de Agua Potable de San Andrés era el verdadero centro de gravedad de la moral del barrio de arriba. Aquel local no figuraba en las guías turísticas del estado ni su existencia era celebrada por los teóricos de la administración pública moderna. De hecho, para muchos funcionarios de la cabecera municipal, la existencia de los comités de agua independientes era una anomalía que debía ser extirpada del mapa de la administración estatal. En los foros de desarrollo metropolitano y modernización urbana, los directores de los organismos operadores municipales solían referirse a estas juntas como estructuras informales, ineficientes y carentes de capacidad técnica, un obstáculo medieval que impedía la recaudación de las tarifas comerciales.

Pero el burócrata que diseñaba los planos de suministro desde la capital del estado ignoraba la física profunda de la supervivencia cotidiana. Ignoraba que cuando el recibo bimestral de la luz de la Comisión Federal de Electricidad llegaba de doce o quince mil pesos por el bombeo continuo del pozo de la Loma, y en la caja de galletas de lámina de Don Pancho solo había ocho mil pesos, no existía una

secretaría de estado o una partida presupuestal que acudiera a salvar al pueblo de la sequía. El comité de agua no se sostenía sobre decretos; se sostenía sobre la suela de los zapatos de los cobradores que salían a caminar calle por calle, casa por casa, tocando los zaguanes de madera a las seis de la tarde para ver quién podía adelantar un mes de cuota o quién tenía cincuenta pesos prestados para que la CFE no bajara la cuchilla de alta tensión que alimentaba el motor del pozo.

Si la Comisión Federal de Electricidad bajaba la cuchilla, el pueblo se quedaba seco en tres horas. Las tuberías de tres pulgadas que corrían por el subsuelo de la calle Progreso y del callejón del Muerto perdían presión, el agua de la cisterna general de la Loma comenzaba a estancarse y los grifos de las casas de adobe empezaban a arrojar apenas un goteo fino, mineral y rústico que el viento de la tarde se encargaba de secar en las piletas antes de que las mujeres pudieran terminar de lavar los platos de la comida. El agua, no era un servicio que se pagara con la frialdad de un recibo bancario; era un pacto de honor que medía el tamaño del compromiso de cada vecino con su propia calle.

Detrás del mostrador de encino negro de la oficina del comité atendía Don Pancho.

Don Pancho era un hombre delgado, casi enjuto, con una joroba ligera en la espalda que parecía haberse amoldado al ángulo de la mesa de fierro tubular tras pasar tres décadas vigilando las libretas de cobro y los empaques de la bomba general. Llevaba siempre una camisola de mezclilla azul con dos lápices metidos en el bolsillo del pecho, junto a un manojo de llaves colgado al cinturón de cuero que sonaba con un tintineo rítmico cada vez que se levantaba a despachar a un vecino.

Su autoridad en el barrio de arriba no provenía de una designación oficial firmada por el presidente municipal. Provenía de la certeza absoluta de que era incapaz de robarse un solo peso de la caja de galletas de lámina de la marca "Gama".

En San Andrés, la administración del agua era el examen de honor más riguroso al que podía someterse un ciudadano. En un pueblo donde los recursos eran escasos y la vida se construía con el sudor de la faena, el hombre que aceptaba el cargo de tesorero del comité sabía que su biografía entera quedaba expuesta al juicio cotidiano de la banqueta. No había de otra. Si un tubo de la red general se rompía por la presión de la helada de noviembre y las llaves de la calle Progreso tardaban tres días en dar agua, la gente no iba a buscar al director de obras públicas de la cabecera a su casa de la capital; iban a tocarle el portón a Don Pancho a

las once de la noche, con las cubetas vacías en la mano, para exigirle explicaciones sobre el estado físico de la red general.

Y si en las cuentas de la libreta del comité faltaban cincuenta pesos que no tuvieran un recibo de papel revolución que justificara la compra de un cople o un bote de cloro, el tesorero quedaba marcado para siempre con la peor infamia que un hombre podía cargar sobre los hombros en la colonia: la del que se robó lo del agua de los niños. Ese estigma no se borraba con los años ni se quitaba con discursos de disculpa; se transmitía de boca en boca por las esquinas del callejón del Muerto, condenando al sospechoso y a su familia al desprecio silencioso de una comunidad que no perdonaba la falta de honradez en el manejo de la única materia que aseguraba la vida de los hijos del barrio.

—El dinero del agua no tiene dueño, muchacho —me dijo Don Pancho una mañana, mientras mojaba su dedo índice en una almohadilla de tinta morada para estampar el sello de goma del comité en un recibo—. No es mío, no es del presidente del comité y tampoco es del ayuntamiento. Es de la tierra. Si tú te metes a la bolsa un solo peso de esa caja de galletas, ese peso te va a pesar en la garganta como si fuera un bocado de arena. La gente te puede perdonar que te equivoques con las marcas del fútbol o que te tomes un mezcal de más el día de la fiesta patronal; pero si te quedas con un centavo de lo del agua, la banqueta de este pueblo se vuelve tan estrecha que no te va a quedar vereda por donde caminar sin tener que agachar la cabeza.

Aquella mañana de noviembre, sin embargo, la ventanilla de la oficina no tenía la tranquilidad de las jornadas ordinarias de cobro. La noche anterior, a las ocho, el motor eléctrico de la bomba general de la Loma había saltado con un chasquido agudo del interruptor de bronce del tablero de control, dejando tras de sí un olor denso a cobre quemado y ozono que subió por los callejones de la loma como un augurio de desgracia general.

El pozo se había quedado sordo.

La bomba de treinta caballos de fuerza, instalada por los ejidatarios en el noventa y dos, se había quemado por completo tras una variación de voltaje en la línea de alta tensión que la Comisión Federal de Electricidad se limitaba a registrar como una eventualidad ordinaria del temporal de viento que bajaba de la Malinche.

La crisis era total y el tiempo no jugaba a nuestro favor. Para mediodía, las mujeres de la calle de los Olmos ya se congregaban cerca de la sombra del pirul de la entrada de la oficina, cargando sus botes de plástico amarillos y azules con una expresión de angustia que se les

notaba en las cejas apretadas y en la fijeza de las miradas. Sin el motor eléctrico de la Loma en marcha, no había agua para lavar el nixtamal, las escuelas de la colonia tenían que suspender las clases antes de tiempo por la falta de higiene en los sanitarios, y los talleres de calzado debían parar sus motores porque las calderas de vapor de agua no podían trabajar en seco sin riesgo de explosión.

El costo de un motor de repuesto de treinta caballos en los almacenes era de cincuenta y cinco mil pesos, una cantidad que parecía una fortuna inalcanzable para un comité autónomo cuyas reservas en la caja de galletas de lámina apenas sumaban tres mil cuatrocientos pesos tras el pago de la luz de la semana anterior.

—El ayuntamiento no nos va a prestar ni un solo peso, Pancho —dijo Margarito, el ejidatario, que se había sentado en una de las sillas de plástico naranja con el sombrero de palma entre las manos curtidas por el azadón—. Ya hablé con el secretario de la cabecera municipal, pero nos dice que somos un comité informal, que no tenemos registro y que la ley de coordinación fiscal les prohíbe destinar recursos públicos a organizaciones autónomas que no dependan del sistema operador municipal. Quieren que les entreguemos la administración del pozo, con la firma de un acta de entrega-recepción, para que sus ingenieros de la capital puedan traer la bomba de repuesto de sus propios almacenes. Pero todos sabemos lo que pasa cuando el municipio se queda con el agua: la desvían para los nuevos fraccionamientos residenciales privados de la carretera federal y a nosotros nos dejan las llaves secas tres semanas de cada mes, cobrándonos además tarifas que no tenemos cómo pagar en este barrio de trabajadores de la construcción.

Don Pancho no levantó la vista de su libreta de rayas. Tomó su lápiz rojo de la oreja, trazó una línea curva en el margen de la página para verificar la consistencia de sus apuntes de cobro, y miró al ejidatario con una fijeza tranquila que disolvió la urgencia del papel de las oficinas del ayuntamiento municipal.

—La bomba nueva la vamos a comprar nosotros, Margarito —dijo el tesorero de la junta de aguas con una voz de pergamino viejo que no admitía dudas procesales—. El lunes por la mañana quiero ver a los cobradores del comité en cada esquina del barrio de arriba. No vamos a ir a pedirle favores al secretario del ayuntamiento ni vamos a dejar que las oficinas de la capital se queden con la soberanía de nuestra tierra. Vamos a organizar la cooperación general de la base, de a doscientos pesos por familia, que para eso somos un pueblo de trabajo. Si la gente ve que las cuentas están claras en el pizarrón de la tienda de doña Celia,

que no se pierde un solo centavo de la caja de galletas de lámina y que el dinero se usa para la bomba del pozo de todos, el dinero va a aparecer en tres días, billete por billete, moneda por moneda, porque la comunidad sabe que si el agua nos falta el lunes, la vida real de San Andrés se para de un solo golpe.

La tarde avanzaba en la oficina del Comité de Agua Potable con esa lentitud densa y pesada que las crisis comunitarias imponen sobre el transcurso de las horas. A las cinco, el sol golpeaba de lleno en las láminas de asbesto del techo, proyectando un sofoco húmedo y caliente sobre el cemento de la oficina que olía a cal viva, cloro puro de barril y papel revolución viejo.

La pequeña habitación del comíte se había convertido en el cuartel general de una asamblea de urgencia que no necesitaba de la presencia de los de gobernación de la cabecera municipal para dar fe de la legalidad de sus acuerdos.

Ahí estábamos reunidos, sentados alrededor de la mesa de fierro gris industrial: don Pancho, con su camisola de mezclilla azul y el manojo de llaves colgado al cinturón; don Tomás, el ferretero, que limpiaba sus anteojos de armazón de metal con un pañuelo de algodón rojo; la maestra Alicia, de cuarto grado, que representaba a las madres de familia de la primaria; don Anselmo, el entrenador de "Los Potros", cargando su silbato de metal de la Juárez; y doña Celia, la tendera de "La Purísima", que se había sumado a la junta trayendo consigo su cuaderno de rayas rojas del fiado de la semana.

El debate se desarrollaba con la naturalidad ruda de quienes se conocen las caras desde hace décadas y saben de qué tamaño es la fuerza real de cada vecino cuando la cosa se pone difícil.

—La escuela primaria no aguantará sin agua el lunes, Pancho —dijo la maestra Alicia, apoyando los codos en la mesa de fierro—. Ya tenemos los baños cerrados por la falta de presión en la red general de la calle Progreso y las madres de familia están asustadas de que los niños se enfermen de la garganta por el olor. Si el pozo de la Loma sigue sordo para el lunes temprano, el inspector de zona va a ordenar la suspensión de clases por contingencia sanitaria, y los muchachos de sexto grado van a andar otra vez de vagos en las esquinas de los paraderos de la carretera federal.

—Ese es el peligro real, don Pancho —añadió don Tomás, acomodándose los lentes de montura de carey—. El paradero está lleno de traileros que ofrecen doscientos pesos diarios a los muchachos nada más por quedarse en las esquinas de halcones. Es dinero rápido, de ese

que marea a los jóvenes y les llena la cabeza de ideas raras. Si la escuela cierra por falta de agua, los muchachos se nos van a ir a la calle y en quince días los vamos a tener metidos en problemas de los que ningún abogado de la cabecera nos va a poder sacar.

Anselmo asintió en silencio, golpeando suavemente su libreta con el lápiz de carpintero rojo.

—La cancha está limpia ahorita, Tomás —dijo el entrenador de los Potros—. Pero si no hay agua para que los muchachos se bañen después del juego, el torneo se nos va a caer. Las madres no van a dejar que los jóvenes vengan a correr en el polvo si no tenemos cómo asegurarles la higiene básica en las regaderas de la unidad deportiva. El pozo de la Loma tiene que funcionar el domingo, Pancho, aunque tengamos que meter las manos entre todos para arrancar la tierra del fondo del pozo.

La propuesta de Don Pancho fue recibida con un asentimiento de cabezas pausado, serio y rítmico de hombres y mujeres que sabían que el recurso de la cooperación era la única moneda de cambio que la comunidad tenía para defender su soberanía. No hubo actas de asamblea protocolizadas por notario público ni firmas de convenios estatales; la legalidad del acuerdo se había consolidado en la palabra dada de Don Pancho, en la confianza de Don Tomás que firmaría el pagaré con la garantía de su ferretería personal "El Yunque" y en la disposición de los vecinos a doblar el lomo bajo el viento helado para que el agua de la tierra pudiera seguir corriendo limpia.

La mañana del domingo comenzó con una luz pálida, del color de la ceniza de volcán, que apenas alcanzaba a entibar las banquetas empedradas del callejón de la Amargura. Don Pancho, Margarito y yo iniciamos el recorrido de cobro por las secciones más necesitadas de la Loma, cargando las libretas de raya y el sello de goma morada del comité dentro de un morral de ixtle grueso.

Tocar la primera puerta era como iniciar una inspección minuciosa de la geografía del esfuerzo diario. Don Pancho llamaba al zaguán de madera con tres golpes secos de la llave inglesa que llevaba al cinturón, un sonido metálico y familiar que los perros del patio saludaban con ladridos ahogados.

Al abrirse el portón de madera, aparecía una mujer de manos enrojecidas por el agua de la tina de lavar o un albañil con la cara salpicada de mezcla de cal y arena que apenas regresaba de su turno de noche de las obras.

—Buenos días, doña Clara —decía Don Pancho, quitándose el sombrero de palma por respeto campesino—. Venimos por lo de la

cooperación de urgencia para el motor del pozo. Ya ve que la bomba se nos quemó antier por la variación de la luz de la federal y Tomás necesita juntar los diecisiete mil quinientos pesos del enganche antes del sábado para que el distribuidor nos traiga la pieza de Puebla. Nos toca de a cincuenta pesos por zaguán, doña Clara. Si no cooperamos todos, la CFE no nos va a perdonar el contrato y el lunes la escuela de los niños va a tener que cerrar las puertas por falta de higiene en las letrinas.

La mujer miraba la libreta de rayas con una expresión de desvelo antiguo que se le notaba en las líneas de la boca. Se metía la mano al bolsillo de su delantal de cuadros y sacaba un monedero de plástico gastado, de esos que traen las imágenes de los santos de bulto descoloridas por el roce constante de los dedos. Contaba despacio las monedas sobre la madera del portón: monedas de dos pesos, de cinco, que apenas alcanzaban a sumar la cantidad solicitada para el fondo común.

—Ahí están los cincuenta pesos, don Pancho —decía la mujer, entregándole las monedas con una fijeza tranquila que no admitía quejas domésticas—. Es lo que tenía guardado para el recado de la comida del lunes, pero el agua es más importante que el pan. Sin agua no podemos lavar el maíz y el nixtamal se nos va a agriar en el cazo antes de que termine el día. Anóteme en la libreta, por favor; que no vaya a decir la gente del callejón que nosotros no cooperamos con la parte que nos toca del pozo de todos.

Don Pancho tomaba las monedas con sus dedos toscos y nudosos, las colocables con un sonido rítmico dentro del morral de ixtle, y abría la libreta para anotar el nombre de doña Clara con su caligrafía de trazos firmes y tinta azul de punto fino. Estampaba el sello de goma morada en el recibo de papel revolución, cortando la hoja con el filo de su regla de latón para entregárselo a la mujer como si fuera un título de propiedad de la soberanía del barrio.

—Aquí está su recibo, doña Clara —respondía el tesorero, su voz baja de confesionario le devolvía la tranquilidad al zaguán—. Anotada queda en la página de los cumplidos. No se preocupe; el dinero está a salvo en la caja de galletas de lámina y el domingo en la tarde ponemos el pizarrón con las cuentas completas frente a la tienda de Celia para que todos vean de qué tamaño fue la fuerza de cada zaguán.

El recorrido continuó durante cinco horas seguidas. Tumbamos portones en la calle de la Unión, en el callejón del Muerto y en las laderas áridas del cerro de las Tres Cruces, donde la tierra se metía en los ojos con cada ráfaga de viento helado y donde las casas de adobe apenas se

sostenían sobre los cimientos de piedra volcánica. Las interacciones se repetían con la regularidad de una liturgia civil: la llamada de tres golpes con la llave de metal, la explicación de la bomba quemada, la libreta Scribe abierta sobre la madera del portón y el conteo lento de las monedas que los vecinos entregaban de sus monederos con un respeto que no se compraba con dinero ni se imponía con patrullas de policía municipal.

Pero la realidad del barrio de arriba era áspera y las cuentas de la libreta comenzaron a mostrar las grietas de una pobreza comunitaria que ninguna asamblea del salón ejidal podía cubrir del todo. En muchas casas de las laderas del cerro, los zaguanes permanecieron mudos a las llamadas de la llave de metal; los albañiles que trabajaban de peones en la cabecera municipal llevaban tres semanas sin recibir el pago de las constructoras que realizaban las obras de concreto de la carretera federal, y las familias simplemente no tenían los cincuenta pesos de la cooperación de urgencia para el motor de repuesto.

—No tengo los cincuenta pesos completos hoy, don Pancho —nos dijo una mujer joven que cargaba en brazos a un niño de pecho, asomando los ojos llorosos por la rendija de un zaguán de lámina oxidada de la calle de la Unión—. Mi esposo lleva quince días sin que le paguen el colado de una losa y apenas me quedaron diez pesos para comprar una bolsa de sopa de letras para la cena de los niños. Si quiere le doy los diez pesos de adelanto hoy y el sábado que le den su raya al muchacho nos ponemos al corriente con el resto de la cuota del pozo. Pero no me vaya a borrar de la libreta, don Pancho; que la gente de la cuadra no piense que nos queremos robar lo del agua de los niños de la primaria.

Don Pancho miró a la mujer con una fijeza tranquila, tomó la moneda de diez pesos de sus dedos temblorosos y la depositó en el morral de ixtle con un movimiento suave de su mano enorme.

—No se preocupe, Sandra —dijo el tesorero, su voz bajó de tono adquiriendo una gravedad que no admitía lamentos—. Anotada queda con diez pesos en la página de los adelantos. Su esposo es hombre de faena y de trabajo cumplido; dile que el sábado temprano lo espero en la cisterna de paso de la Loma con su pala para la limpieza del lodo. Con su mano de obra gratis nos damos por bien pagados por el resto de la cuota del mes. Aquí nadie se roba el agua de nadie si las manos están dispuestas a meter la pala por el equipo de todos.

Sandra asintió con la cabeza, respirando aliviada tras el acuerdo de honor de Don Pancho, y cerró el zaguán de lámina con un golpe seco

que sonó en el callejón vacío de la Unión como el cierre de un santuario de la discreción comunitaria.

Pero al terminar el recorrido del domingo por la noche, reunidos de nuevo alrededor de la mesa de fierro gris de la oficina del comité, el recuento de las monedas y los billetes arrugados sobre el tablón de encino negro reveló una desolación que las palabras del tesorero no lograban enmascarar del todo.

Don Pancho volcó el contenido del morral de ixtle sobre la mesa, agrupando los billetes de veinte y cincuenta pesos en pilas delgadas atadas con ligas de hule y contando las monedas con una fijeza lenta de su pluma de punto fino. El tintineo del metal contra el fierro sonó en el silencio de la oficina como el goteo agónico de una tubería vacía en la temporada de calor húmedo de marzo.

—Apenas juntamos doce mil cuatrocientos pesos en efectivo, muchachos —dijo Don Pancho, soltando su lápiz de carpintero de la oreja con un movimiento lento—. Contando la aportación del adelanto de Javier de las bodegas de semillas y las canastas de despensa que doña Celia donó para la rifa de las madres de familia de la primaria, nos faltan todavía cinco mil cien pesos para completar el enganche de diecisiete mil quinientos pesos que Tomás necesita entregarle al distribuidor de Puebla el sábado por la tarde. Y si no entregamos el enganche a tiempo, la bomba nueva no va a llegar a San Andrés, el pozo de la Loma va a seguir sordo y el lunes por la mañana el inspector de zona va a firmar el acta de suspensión de clases por contingencia sanitaria en la escuela de los niños.

El silencio que se apoderó de la oficina del comité fue total, absoluto. Solo se escuchaba el murmullo lejano de las combis de Ramiro que pasaban por la calle de los Olmos con sus motores cansados y el silbido del viento frío de octubre que sacudía las láminas de asbesto del techo con un chasquido metálico y fino que parecía reírse de la precariedad de nuestras finanzas de barrio.

La autogestión comunitaria, esa maquinaria invisible de solidaridad de banqueta que durante décadas había sostenido el funcionamiento real de las calles de San Andrés, estaba chocando contra las costuras de sus propios límites económicos. La pobreza del barrio de arriba era más honda que el pozo de la Loma, y las monedas de dos pesos y los billetes arrugados de cincuenta que las madres habían sacado de sus monederos no eran suficientes para remendar el motor de bronce de treinta caballos de fuerza que se había quemado en la helada de octubre.

—Necesitamos un milagro, Pancho —dijo Margarito, mirando la pila delgada de billetes sobre la mesa de fierro con una expresión de

desconcierto que se le notaba en las cejas apretadas—. Si no juntamos los cinco mil pesos que faltan antes del sábado, la CFE nos corta, la escuela va a cerrar las puertas y la gente de la Loma va a empezar a enojarse de a de veras en las esquinas de los callejones.

Don Pancho tomó una taza de peltre azul con café de olla caliente, le dio un trago lento mirando el pizarrón de las cuentas vacío y asintió con un movimiento del bastón de madera de membrillo.

—El milagro no va a llegar de la capital de Puebla en las nubes, Margarito —dijo el tesorero de la junta de aguas con una sonrisa que le arrugó las comisuras de los ojos—. Pero mañana por la mañana llega al pueblo de San Andrés el equipo de avanzada del candidato a la presidencia municipal, el licenciado Valenzuela, a organizar el mitin del domingo temprano en la plaza principal. Sus coordinadores andan buscando a los líderes del barrio de arriba para pedirles que les ayuden a movilizar a la gente y a llenar el atrio de la iglesia para la foto. Y nosotros, Margarito, tenemos lo único que el candidato necesita para ganar su elección: tenemos el respeto moral de las familias, tenemos las combis de Ramiro para el transporte y tenemos las manos de los muchachos de "Los Potros" para armar el escenario en el llano de la vía. Vamos a negociar la bomba nueva con la costura escondida del subsuelo; si el candidato quiere su evento multitudinario el domingo por la tarde con las lonas amarillas y los aplausos del pueblo de San Andrés, va a tener que traer el motor eléctrico de treinta caballos de fuerza de Puebla este mismo viernes por la tarde en el patio de doña Celia. Nosotros ponemos la multitud de la plaza; pero el candidato va a tener que poner el agua limpia para la escuela de los niños antes de que empiece a dar su primer discurso de campaña en el atril de los micrófonos de la cabecera municipal.

La noche terminó de caer sobre los valles de Puebla, tiñendo las faldas del volcán de un violeta denso y frío que anunciaba la llegada de la helada nocturna de octubre en el altiplano de San Andrés. Yo caminaba de regreso a mi casa bajo la luz parpadeante de las estrellas, sintiendo el olor a cal viva, cloro purificado y café de olla pegado a la piel de mi mano, sabiendo que la lección más importante sobre el verdadero origen del poder de nuestra patria la acababa de presenciar en la oficina de asbesto del comité de agua, al amparo de la paciencia de un viejo tesorero que sabía que la soberanía de una comunidad se defiende con las cuentas claras en la libreta y con la dignidad de la palabra dada cara a cara en las calles empedradas del barrio común.

CAPÍTULO 9
“Cuando llega el candidato”

La avanzada de una campaña electoral tiene una prisa que no mide las distancias con la regla del cansancio, sino con las manecillas del reloj de pulsera. Son muchachos jóvenes, de veinticinco o treinta años, que llegan al pueblo de San Andrés tres días antes que la comitiva oficial, metidos en camionetas de doble cabina que ostentan los logotipos del partido en calcomanías de plástico reluciente. Visten chalecos de color institucional con demasiados bolsillos, cargan carpetas de fibra de vidrio con broches metálicos y caminan por las calles empedradas con un paso rápido, nervioso, mirando de soslayo las fachadas de adobe y las varillas de autoconstrucción como quien recorre un mapa que debe ser rellenado con nombres y firmas antes del atardecer.

Traen consigo un olor a papel recién impreso, a copias de listas nominales y a ese aroma a loción barata y sudor de oficina que se les queda pegado a la ropa tras pasar la semana entera recorriendo los municipios del distrito. Para el equipo de avanzada, la junta auxiliar no es un organismo vivo con memoria y heridas acumuladas; es una sección electoral, un polígono de votación que debe ser movilizado mediante el reparto de cuotas de asistencia, playeras de algodón y la promesa de un apoyo futuro que se registrará en las carpetas de los coordinadores locales.

Yo los observaba desde la banqueta de la calle de los Olmos, apoyando la espalda contra la pilastra de cemento de la entrada de "La Purísima". Era un jueves de mayo húmedo, de esos días en que la neblina del cerro de las Tres Cruces baja temprano a cubrir las azoteas y obliga a las mujeres a encender los braseros de carbón en el interior de los zaguanes.

El coordinador de la avanzada, un muchacho de nombre Alan que usaba un gafete de acrílico colgado al cuello y un radiocomunicador de onda corta sujeto al cinturón de piel, caminaba con el ceño fruncido, consultando una y otra vez una lista de nombres escrita con tipografía electrónica en su libreta de pasta dura. Se detuvo frente al mostrador de doña Celia, miró el cuaderno de rayas rojas del fiado que descansaba sobre la madera y sonrió con esa cortesía ensayada de los relacionistas públicos de la capital.

—Buenas tardes, jefa —dijo Alan, dándole una palmada rápida al mostrador—. Buscamos a don Aurelio, el señor que vive en el callejón de la Amargura, y a los miembros del comité vecinal. Nos dijeron allá en

la cabecera que ustedes son los encargados de la organización de las faenas y que la gente del barrio de arriba siempre los escucha cuando hay que armar un evento. El licenciado Valenzuela, nuestro candidato a la presidencia municipal, tiene programada su visita de cierre de campaña para el domingo a las doce del día en la plaza principal. Necesitamos coordinar la logística con ustedes: queremos saber quién nos puede ayudar con la instalación de la lona de la plaza, quién maneja el transporte de los vecinos de las secciones de arriba y quién tiene la palabra suficiente para que el atrio del templo esté lleno desde las once de la mañana. Traemos playeras, gorras ynbotes de cal para pintar las bardas, pero necesitamos que la gente esté presente para la foto.

Doña Celia lo miró de arriba abajo con esa fijeza tranquila de quien ha visto pasar a cuatro comitivas de avanzada por el mismo mostrador y sabe exactamente de qué tamaño es la prisa de las oficinas de la capital. No dejó de limpiar la báscula de bronce con su trapo húmedo; movió la mano en círculos concéntricos, restándole importancia a los logotipos de plástico del chaleco de Alan.

—El domingo es día de plaza y de faena en la escuela, joven —respondió doña Celia, sin levantar la vista del trapo—. La gente de este barrio no tiene tiempo para andar parada bajo el sol escuchando discursos de la cabecera si el lunes los niños no van a tener clases por la falta de agua en las letrinas. El pozo de la Loma se nos quemó antier por la variación de la luz y el comité de agua no tiene los diecisiete mil quinientos pesos del enganche para traer el motor de repuesto de Puebla. Si su candidato quiere ver la plaza llena el domingo, va a tener que hablar de cosas más serias que las playeras de algodón y las gorras de cartón que se deshacen con la primera gota de sudor.

El joven coordinador frunció el ceño, buscando con la mirada a su asistente de la carpeta de fibra de vidrio.

—Nosotros no manejamos presupuestos para obras públicas ahorita, jefa —dijo Alan, bajando el tono de la voz para proyectar una imagen de seriedad administrativa—. Las reglas electorales son muy estrictas con el gasto de campaña y la fiscalización del instituto no nos permite comprar materiales de construcción o motores eléctricos durante el periodo de veda. Pero el licenciado Valenzuela es un hombre de palabra; si el domingo le damos un recibimiento histórico, con tres mil personas llenando el atrio y las combis estacionadas en la calle de los Olmos, él se compromete a que la modernización de la bomba de la Loma sea la primera obra de su gobierno, firmando el compromiso ante notario público de la cabecera en el mismo templete de madera.

Doña Celia soltó una risa corta, de esas que se adivinan por el movimiento de los hombros bajo el delantal de cuadros.

—Los notarios de la cabecera firman lo que sea con plumas de oro, joven, pero sus firmas no sirven para jalar el agua del subsuelo cuando la bomba trabaja en seco —dijo la tendera—. Vayan a ver a don Pancho a la oficina del comíte de agua. Él tiene la libreta de las cuentas de la Loma y es el que sabe de qué tamaño es la necesidad de este barrio. Si los líderes de San Andrés nos ponemos de acuerdo, el evento del domingo va a ser el más grande que se haya visto en la historia de la junta auxiliar; pero si el viernes por la tarde la bomba de repuesto no está descargada en el patio de este zaguán, el candidato va a tener que dar su discurso frente al viento de la montaña y los fresnos vacíos del atrio de la iglesia.

Alan miró a su asistente, guardó su radiocomunicador en el cinturón y asintió con una mueca de resignación pragmática. Se dio cuenta de que en San Andrés, la avanzada de la campaña no iba a poder organizar el mitin mediante el reparto de gorras; tendría que sentarse a negociar con el consejo invisible que gobernaba la loma desde el mostrador de las tiendas y la caseta de la bomba de agua.

La reunión de negociación no se celebró en las oficinas del partido político de la cabecera ni contó con la presencia de los delegados oficiales de la secretaría de gobernación. Se llevó a cabo el viernes a las cuatro de la tarde en la trastienda de "La Purísima", una habitación estrecha de muros de adobe donde doña Celia guardaba los costales de azúcar, las cajas de jabón de barra y las veladoras de vaso de vidrio que los vecinos compraban para los altares del panteón.

Ahí estábamos reunidos, sentados en huacales de madera de aguacate alrededor de una mesa improvisada con tablones de pino: don Aurelio, con su bastón de membrillo apoyado entre las rodillas; don Pancho, el tesorero de la junta de aguas, cargando su libreta Scribe de rayas; don Tomás, el ferretero de "El Yunque"; la maestra Alicia, de cuarto grado; don Anselmo, el entrenador de los Potros; y Alan, el coordinador de avanzada, que sudaba bajo su chaleco de color institucional a pesar del frío que empezaba a filtrarse por las rendijas de la ventana de madera.

El ambiente olía a piloncillo, chile guajillo seco e hilaza de algodón, un aroma de trastienda de pueblo que contrastaba con la pulcritud de los folletos de campaña que Alan había colocado sobre la mesa para intentar suavizar la seriedad del encuentro.

—La propuesta de nuestro candidato es muy generosa, señores —dijo Alan, abriendo su carpeta de fibra de vidrio para mostrar una hoja con el croquis de la plaza principal—. Queremos instalar un templete

monumental de ocho metros de frente, con sonido aéreo de alta potencia, pantallas gigantes de video que traeremos de la capital y una cascada de globos tricolores para el cierre del discurso. Traemos también un mariachi de prestigio de la cabecera para amenizar la espera de los vecinos y quinientos paquetes de despensa para las jefas de familia del barrio de arriba. Solo necesitamos que ustedes nos garanticen que la plaza va a estar llena desde las once de la mañana, que la gente de las secciones de la sierra baje en las combis de Ramiro y que los muchachos del equipo de fútbol de Anselmo nos ayuden a coordinar las vallas de seguridad alrededor de la comitiva oficial. Es un evento de primer nivel que le va a dar mucha visibilidad al municipio.

Don Aurelio miró el croquis de la plaza con esos ojos pequeños y brillantes que parecían medir el tamaño de la vanidad del candidato con la regla de su experiencia de sembrador. Apoyó ambas manos sobre la cabeza de su bastón de membrillo y miró al joven coordinador con una fijeza tranquila.

—Sus pantallas de video son muy bonitas, joven, pero no dan agua —dijo Aurelio, su voz baja y templada obligó a los asistentes de la avanzada a inclinarse hacia adelante para no perder detalle—. Las despensas de su candidato se van a terminar el martes y las playeras de algodón se van a encoger en la primera lavada; pero la sequía del pozo de la Loma se va a quedar aquí con nosotros todo el año si no resolvemos el problema de la bomba antes del lunes. San Andrés es un pueblo de respeto y de trabajo cumplido; nosotros no andamos pidiendo caridad ni queremos que el gobierno nos regale las cosas que nosotros mismos podemos construir con la faena y la cooperación de cincuenta pesos por zaguán.

Don Pancho abrió su libreta Scribe de rayas, colocó sus lentes de montura de metal sobre la nariz y señaló con el lápiz de carpintero rojo la cifra de las cuentas del comité de agua.

—Nos faltan cinco mil cien pesos para completar el enganche de diecisiete mil quinientos pesos del motor de repuesto de treinta caballos de fuerza, joven —dijo el tesorero de la junta de aguas—. Tomás ya tiene el pagaré firmado con la garantía de su ferretería personal "El Yunque", pero el distribuidor de Puebla no nos va a entregar la bomba el sábado si no le pagamos la mitad del enganche en efectivo. Si su candidato de veras quiere comprometerse con el progreso de este barrio de arriba, que deje de gastar en las pantallas de video de la capital y en las cascadas de globos tricolores que el viento de octubre se va a llevar hacia la barranca en cinco minutos. Que compre el motor de repuesto de treinta caballos

y que nos lo entregue aquí, en el patio de este zaguán, mañana viernes antes de las seis de la tarde.

Alan miró a su asistente con una mueca de desesperación procesal, revisando las leyes de fiscalización del instituto electoral en su libreta de pasta dura.

—Es que la compra de un motor de treinta caballos de fuerza por parte de la campaña es técnicamente imposible, don Pancho —protestó el coordinador—. Las facturas de materiales industriales no entran en el catálogo de gastos de propaganda y el partido puede ganarse una sanción de la auditoría federal por desvío de recursos de campaña si metemos ese concepto en el reporte financiero.

—La compra no la va a hacer el partido, joven —intervino don Tomás, el ferretero, limpiándose los lentes con su pañuelo de algodón rojo—. La compra la va a hacer el distribuidor de Puebla a nombre de mi ferretería "El Yunque" con una factura de asbesto rústica de las que nosotros usamos para las reparaciones comunes de la tienda. Su candidato solo tiene que entregarle el dinero en efectivo al distribuidor mañana temprano antes de las doce del día; nosotros nos encargamos del pagaré de la diferencia a sesenta días y de realizar el tequio de la conexión el sábado por la noche con los muchachos del barrio. Si la bomba nueva está descargada en el patio de doña Celia el viernes antes de las seis de la tarde, yo le garantizo que el domingo por la tarde la plaza de San Andrés va a estar llena de tres mil hombres y mujeres de respeto que van a ir a escuchar el discurso del licenciado Valenzuela con la tranquilidad de que el agua ya está corriendo por las llaves de sus casas.

La propuesta de Tomás fue recibida con un silencio absoluto en la trastienda de "La Purísima". Alan miró el croquis de la plaza, miró la libreta de las cuentas de Don Pancho y luego fijó sus ojos en el rostro tranquilo de don Aurelio. Se dio cuenta de que no estaba negociando con un grupo de acarreadores de la capital; estaba negociando con la junta de gobierno real de un pueblo que prefería la fianza de su pozo de agua común al teatro de las pantallas gigantes de la campaña municipal.

—¿Y de veras me garantizan que la plaza va a estar llena, don Aurelio? —preguntó Alan, buscando la confirmación definitiva del viejo campesino—. Mi jefe de campaña en la capital me pide que el evento del domingo sea histórico, que se vea que hay apoyo masivo del barrio de arriba. Si el candidato entrega la bomba mañana, ¿ustedes responden por la movilización de las secciones?

Aurelio sonrió despacio, acariciando la madera de membrillo de su bastón con un movimiento suave de sus dedos toscos.

—Si la palabra se firma con el motor de repuesto en el patio de Celia mañana antes de las seis de la tarde, joven —dijo Aurelio—, el domingo a las once de la mañana la plaza de San Andrés va a ser un mar de sombreros de palma y rebozos negros que ningún candidato de la cabecera municipal ha logrado reunir en la historia de este distrito. Ramiro va a traer a los vecinos de las secciones más lejanas en sus camionetas de redilas gratis; la maestra Alicia va a movilizar a los padres de familia de la primaria en el recreo; los muchachos de "Los Potros" de Anselmo van a armar el escenario de madera en el llano de la vía; y las mujeres del barrio de arriba van a estar presentes con sus delantales puestos para que se vea que este pueblo de trabajo sabe respetar las formas cuando el gobierno respeta la dignidad de nuestra necesidad. Pero con la bomba en el patio, joven. Porque las promesas del discurso se las lleva el viento que baja de la Malinche y las milpas de San Andrés no se siembran con promesas de campaña.

El joven coordinador de avanzada cerró su carpeta de fibra de vidrio con un golpe seco de la mano, respirando aliviado tras el acuerdo de la trastienda. Su radiocomunicador de onda corta emitió un pitido metálico en su cinturón de cuero, anunciando la llegada de un mensaje de la central de campaña de la capital.

—Trato hecho, don Aurelio —dijo Alan, levantándose del huacal de madera y extendiendo la mano derecha hacia el viejo campesino—. Mañana a las cinco de la tarde el chofer de la campaña descarga la bomba de treinta caballos en el patio de doña Celia. Yo mismo voy a supervisar el traslado desde Puebla. El domingo a las once de la mañana los espero a todos en la plaza con las palas limpias y los sombreros puestos; que se vea que San Andrés sabe cumplir su palabra cuando la política sabe escuchar las razones de la tierra.

El apretón de manos entre el joven burócrata de la capital y el viejo sembrador de la loma fue el punto final de la negociación de la trastienda. No hubo actas firmadas ante notario público ni comunicados de prensa para celebrar la concordia del partido político; la legalidad del pacto se había consolidado en la palabra dada de Aurelio, en la honradez inquebrantable de Don Pancho que vigilaría las cuentas de la caja de galletas de lámina y en la disposición de los vecinos a doblar el lomo bajo el sol para que el agua de la tierra siguiera siendo libre.

Yo caminaba de regreso a mi casa junto a don Tomás, sintiendo el aire helado de la noche en la frente y pensando en la lección de ciencia política y negociación de territorio que acababa de presenciar en la trastienda de "La Purísima".

Aquella tarde comprendí que la verdadera fuerza de una comunidad no reside en su capacidad para resistir pasivamente las decisiones que bajan de las oficinas de los gobernantes de la capital. La fuerza real de la base es su capacidad para **imponer sus propias condiciones de supervivencia** sobre el teatro de la representación formal. El candidato venía de la capital con sus discursos de progreso, sus pantallas gigantes de video y sus coordinadores de chalecos llamativos para convencer a la gente de que él era el que tenía la llave de la justicia en la bolsa del saco de lino; pero no iba a poder tomarse una sola fotografía de triunfo en la plaza principal de San Andrés si el consejo invisible del barrio de arriba no decidía antes abrir las compuertas de la confianza colectiva para llenar el atrio de la iglesia el domingo por la tarde.

El poder de las pantallas de video era de papel, de ese que se archiva en las carpetas de plástico de la auditoría de campaña y que nadie vuelve a leer en tres años; pero el poder de la base era permanente, estaba hecho de la madera de la paciencia, del trabajo solidario y de la palabra dada que nos teníamos entre todos nosotros de cara al viento de la montaña que sacudía las copas de los fresnos de la plaza de San Andrés.

CAPÍTULO 10
"La lección de la plaza"

El domingo de la cita, San Andrés amaneció con un cielo de color plomo que amenazaba con deshacerse en una llovizna fina, de esas que calan hasta el hueso y nublan los lentes de los incautos. Sin embargo, para las diez de la mañana, la plaza principal ya no era un espacio público; era una máquina biológica, una coreografía de voluntades que habían sido ensambladas durante años de faenas y que hoy, por un instante, se ponían en marcha para un objetivo que el candidato, subido en su templete de madera, jamás alcanzaría a comprender.

Desde mi posición en la esquina del quiosco, observaba la dinámica de la organización. No eran acarreados. Los acarreados tienen la mirada perdida, el cuerpo lánguido de quien espera una torta y un refresco para volver a su casa. Aquí, la gente caminaba con paso firme. Vi a don Pancho, el tesorero, supervisando que las filas de las secciones se colocaran al sol, pero no por orden del partido, sino porque él les había indicado que ahí era donde el sonido se escuchaba mejor. Vi a doña Celia, impecable en su rebozo, moviéndose entre las mujeres como una generala en medio de una batalla silenciosa, asegurándose de que nadie se quedara sin agua ni sin un lugar en la sombra de los fresnos cuando empezara el calor del mediodía.

El templete del candidato lucía ridículo, una isla de terciopelo y madera barnizada en medio de un mar de rostros de tierra, de surcos marcados por el arado y de manos callosas que conocían el peso exacto de un costal de maíz. Los muchachos de la avanzada, esos mismos que el jueves sudaban de nervios por la falta de gorras, ahora corrían de un lado a otro con radios, gritando órdenes que nadie escuchaba, eufóricos porque la plaza estaba llena. Pensaban que el gentío era suyo. Pensaban que su candidato era el imán que había atraído a tres mil personas desde las cumbres más altas hasta el centro de la junta auxiliar.

Yo, sin embargo, veía otra cosa.

Cuando el licenciado Valenzuela subió al templete, su discurso comenzó con las muletillas habituales de la política: el futuro, la esperanza, el cambio que viene de la capital. Su voz, amplificada por las bocinas de alta potencia, rebotaba contra las fachadas de adobe y se perdía en el eco de los cerros. Pero mientras él hablaba de promesas de papel, yo observaba cómo don Aurelio, desde un rincón cerca de la escalinata del atrio, apenas movía un dedo de su bastón para indicar una dirección.

En ese momento, una parte del grupo que estaba en el ala derecha de la plaza comenzó a dispersarse con una coordinación pasmosa. No se iban; se estaban posicionando. Las camionetas de redilas de Ramiro, que habían traído a los vecinos de la sierra, ya no estaban en la calle de los Olmos. Se habían movido, discretamente, hacia los caminos de salida del pueblo. Los muchachos de "Los Potros", bajo la dirección de Anselmo, no estaban prestando atención al discurso; estaban listos para desmontar el templete en cuanto terminara el último aplauso.

Era una coreografía de la autosuficiencia. El pueblo estaba utilizando la infraestructura del mitin para realizar una asamblea propia. Mientras el candidato decía "juntos vamos a construir el camino al progreso", la gente de San Andrés, bajo el liderazgo de Alicia, estaba repartiendo entre los padres de familia las listas de las faenas para el próximo mes, aprovechando que todos estaban ahí.

Fue entonces cuando sentí que el peso de mi educación académica se evaporaba. En la facultad nos enseñaron la teoría de la movilización social, la estructura de las organizaciones de base, los modelos de liderazgo carismático frente al burocrático. Nos dieron nombres, siglas, conceptos abstractos que intentaban encapsular la vida humana en fórmulas de comportamiento colectivo. Pero ahí, en la plaza de San Andrés, todo aquello era humo.

Lo que yo veía no era un modelo teórico. Era algo mucho más antiguo, algo que sobrevivía a pesar de la política y no gracias a ella. Cada quien tenía una tarea. La señora Lupe cuidaba que ningún niño se perdiera entre la multitud; el joven Beto anotaba en un cuaderno las peticiones que se llevarían al municipio, no para entregárselas al candidato, sino para discutirlas en la próxima reunión del comité; don Tomás vigilaba que el equipo de sonido fuera desmontado con cuidado, porque ese equipo, aunque fuera de la campaña, ahora pertenecía, en espíritu y uso, a la comunidad que lo había ocupado durante estas horas.

La epifanía fue brutal, limpia, casi física. Entendí que el candidato no era más que un accidente, un catalizador momentáneo que la comunidad había decidido utilizar para sus propios fines. Habían negociado el motor de treinta caballos no para comprar su lealtad, sino para pagar un alquiler. El pueblo había alquilado al candidato por un domingo. Al final del evento, cuando el licenciado Valenzuela bajó del templete rodeado de cámaras y reporteros que creían haber registrado un acto de adhesión política, la gente de San Andrés en su mente ya estaba en otra parte.

Observé a doña Celia cerrando la puerta de su tienda, con una sonrisa de satisfacción que no tenía nada que ver con el discurso político.

Observé a don Aurelio caminar hacia su casa, apoyándose en su bastón de membrillo, como quien termina una jornada de campo después de una buena cosecha. La plaza, de repente, empezó a vaciarse. No fue una estampida; fue un retiro organizado, metódico. En menos de veinte minutos, el "mitin histórico" se había disuelto.

El candidato se fue en su camioneta, convencido de que había conquistado un bastión. Los de la avanzada se marcharon celebrando sus números, sus fotos, su "éxito" logístico.

Y ahí nos quedamos nosotros.

Me acerqué a Aurelio antes de que se perdiera en el callejón de la Amargura. El viejo se detuvo, me miró con esos ojos que eran capaces de ver a través de las fachadas de cemento hasta la raíz misma de la historia del barrio.

—¿Se acabó, don Aurelio? —pregunté, sintiendo que mi voz sonaba hueca.

—Todo lo que empieza tiene su fin, muchacho —me respondió con una sencillez que me estremeció—. Pero el agua del pozo, esa, si Dios quiere, mañana mismo empieza a subir con fuerza. Y los niños de la escuela ya van a tener cómo limpiar su rastro. Lo demás... lo demás son solo palabras que se quedan en la plaza.

Caminé de regreso hacia la salida del pueblo mientras el sol terminaba de ocultarse detrás del cerro de las Tres Cruces. La plaza, hace un momento llena de ruido, de gritos y de promesas de campaña, estaba ahora en silencio. Quedaban algunos papeles tirados, algunos restos de confeti de los globos que habían explotado, pero ya no había rastro de la gente.

Me detuve en el puente de piedra. Miré hacia atrás, al pueblo, a las luces que empezaban a encenderse en las casas de adobe. Por primera vez en mi vida, no intenté buscar un concepto sociológico para explicar lo que había visto. No hablé de "clientelismo", ni de "cooptación", ni de "resistencia". Simplemente miré.

Comprendí que la política, la de la facultad, la de los libros, la de los discursos de los candidatos, es apenas una piel superficial que a veces cubre la vida real de la gente, pero que nunca llega a tocar los huesos. La gente en San Andrés no vivía *a través* de la política; la utilizaba como una herramienta de supervivencia, como quien usa una vara para medir la profundidad de un río antes de cruzarlo.

Había entendido todo lo que nunca hubiera comprendido en un aula cerrada. La soberanía de este pueblo no era una declaración escrita en una ley o en una Constitución; era una práctica diaria, una red invisible

de lealtades, de faenas, de deudas de honor y de palabras cumplidas. El candidato se llevaba la foto, el partido se llevaba el dato estadístico, la prensa se llevaba la nota del día.

Pero el pozo de agua se quedaba con nosotros.

La libertad, pensé mientras encendía un cigarrillo y observaba la neblina que volvía a bajar por el cerro, es una cosa mucho más pequeña y mucho más grande de lo que nos enseñaron. Es, sencillamente, tener la capacidad de organizar tu propia vida a pesar de los que creen que te están gobernando. Y esa gente, Aurelio, Celia, Tomás, Alicia, lo sabía desde que el mundo era mundo, desde que el primer maíz fue sembrado en esta tierra.

El viento de la Malinche sopló de nuevo, frío y constante. El libro de la historia de estas personas, mi historia al lado de ellos, se cerraba ahí, en la quietud de una tarde que ya era noche. Yo regresaba a la capital, el lunes empezaba mi último semestre universitario, y en mi maleta no llevaba encuestas, ni estadísticas, ni conclusiones académicas. Llevaba algo mucho más pesado: la certeza de que, frente a la complejidad de las instituciones que pretendía estudiar, existía una fuerza silenciosa y volcánica, un sustrato humano que no se rinde ante los ciclos electorales. Aquel panteón y sus sombras me habían enseñado que la política es, en esencia, el arte de cuidar el pozo común. Y mientras el coche se perdía entre la niebla del camino, supe que algún día volvería, no para observar, sino para probar si yo también era capaz de honrar, con mi propia vida, aquel sagrado pacto de arena y respeto que había visto nacer bajo la tierra de San Andrés.

EPÍLOGO:

La luz de los reflectores, una vez que el discurso ha terminado, ya no me ilumina; me ciega. Es una ceguera técnica, un vacío lumínico que precede a la realidad después de haber pasado horas, días, meses, inmerso en la ficción de la campaña. Al bajar del estrado, los peldaños suenan huecos bajo mis zapatos de cuero, un sonido que contrasta con el rugido de la gente que aún celebra mi presencia, aunque yo ya esté pensando en la puerta de salida.

Mis colaboradores, un ejército de sombras con trajes bien cortados y ojos cargados de cafeína, me rodean con esa urgencia mecánica propia de los que saben que, a partir de este segundo, la agenda es el único dios que debemos obedecer.

—Señor, el vehículo espera en la esquina norte. La prensa lo aguarda en el salón de eventos. Tenemos una ventana de cuarenta minutos antes de la reunión con los delegados distritales —me dice el jefe de campaña, su voz es un susurro tenso que busca romper mi ensimismamiento.

Lo miro. Es un hombre joven, inteligente, con esa chispa de ambición que yo mismo tuve hace veinte años. Pero hoy, mi ambición está en otra parte. Hoy, mi ambición ha retrocedido hacia el origen.

—Regresen al punto de salida —les digo, deteniéndome en seco. El grupo se fractura, la inercia de la comitiva se detiene como un tren de carga al que le cortan la energía—. Ustedes vayan al salón. Yo me quedo aquí. No quiero que me sigan. Solo quiero caminar solo mientras la plaza se vacía. Quiero ver cómo se deshace el orden cuando creen que el candidato ya no está vigilando.

Las protestas mueren antes de nacer. Saben que cuando hablo con ese tono, no es una orden de campaña, es una orden vital. Me quedo atrás, en la penumbra de un callejón que huele a polvo, a lluvia estancada y a esa melancolía propia de las plazas que fueron centro del mundo hace apenas una hora y ahora son solo cemento y envoltorios de frituras.

El silencio, tras el estrépito de la orquesta y los discursos, es una entidad física. Me apoyo contra una pared de ladrillo visto, una estructura que me resulta familiar, como si la hubiera tocado antes. Es en ese momento, cuando la adrenalina empieza a drenarse de mis venas, que el juego de espejos se activa.

Primero, veo a la señora de la tienda. No es Doña Rosa, la mujer que me fiaba las libretas y el pan cuando apenas era un universitario que soñaba con leyes y justicia, pero tiene sus manos. Sus manos son el mapa de una vida dedicada al intercambio, al registro preciso de lo que falta y

lo que sobra. Ella está recogiendo los cartones de su puesto móvil, con la misma parsimonia, con el mismo gesto de quien mide el mundo en gramajes y paciencia. Me observa mientras cierra la lona de su local. No sabe quién soy, o quizá me ve solo como otro político que ya se va. Pero el arquetipo está ahí. Es la guardiana de la provisión. Aprendí de Doña Rosa que la política es, fundamentalmente, la administración de la necesidad básica. Si no puedes entender el costo de una hogaza de pan, no puedes entender el costo de la paz social.

Unos metros más allá, el arquetipo de la ferretería se materializa en un hombre joven. Tiene un peto de mezclilla, una mancha de grasa en la frente y carga con un esfuerzo que parece innecesario, pero que es puramente ceremonial: está demostrando que las cosas no se mueven solas. Es el eco de Don Beto, el constructor que me enseñó que una ciudad se construye piedra sobre piedra, y que si el cimiento es corrupto, el techo, por más alto que parezca, terminará colapsando. Observo cómo cierra la cortina metálica. El ruido del metal contra el concreto es un chasquido seco. Él no mira hacia el estrado; él mira hacia su puerta, hacia su inventario, hacia su responsabilidad. Es el guardián de la estructura.

La plaza se sigue vaciando. La gente camina deprisa, con el cansancio de quien ha regalado su tarde a una promesa. Y de pronto, la veo a ella. La mujer del comité de agua potable. Está discutiendo con un grupo de jóvenes sobre cómo dejar el área limpia antes de retirarse. Su tono de voz, ese timbre que exige cuentas claras y que no admite la ambigüedad, es un látigo. Me estremezco. Finalmente, en la esquina de la cancha de fútbol, donde aún queda el rastro del cal que marcó la línea de banda, aparece él. El entrenador. No es el hombre canoso que recuerdo, aquel que nos hacía correr bajo el sol inclemente hasta que vomitábamos la bilis, aquel que nos enseñó que el juego se gana en los últimos cinco minutos, cuando los pulmones queman y el miedo te obliga a pedir el cambio. Este entrenador es joven, viste un pants deportivo demasiado grande para su talla, y tiene un silbato colgado al cuello. Está recogiendo los balones y apagando las luces de los reflectores del campo. Lo miro con una intensidad que, si él se diera cuenta, le causaría miedo. Él no es el de antes, pero es el mismo. Es el arquetipo de la disciplina.

Me quedo ahí, oculto en la sombra, observando cómo se desmantela el escenario. Durante años, creí que la política se definía desde arriba, desde la tarima, como si el poder fuera una luz que yo proyectaba sobre ellos. Hoy, al verlos recoger sus cosas, entiendo que la dirección es exactamente la contraria.

La señora de la tienda cierra su cortina con una precisión que no busca aplausos, sino orden; el ferretero apaga la luz de su local no para que el barrio lo vea, sino para terminar su día. La mujer del comité del agua y el entrenador de la cancha siguen ahí, moviéndose con una naturalidad que a mí me falta. Ellos no necesitan de mi discurso para que la calle tenga nombre, para que el agua llegue, para que los niños tengan un lugar donde jugar. Ellos son la estructura que sostiene el barrio; yo solo soy una voz temporal que transita por aquí.

No es que mi trabajo carezca de valor, pero he entendido su alcance real. Mi labor es solo una nota al margen en la historia que ellos escriben cada día con sus manos. Ellos son los que gestionan la convivencia, los que resuelven lo que realmente importa cuando los reflectores se apagan y los discursos se olvidan. La política real no es lo que sucede sobre la madera del estrado, sino lo que ellos discuten frente a sus puertas mientras el sol se pone.

Mi jefe de campaña me llama desde la esquina, con la prisa de quien vive en el tiempo de las encuestas y no en el tiempo de la gente. Me espera con el celular en la mano, listo para retomar la inercia de la agenda. Lo miro, luego miro a los líderes que caminan de regreso a sus casas, sin prisa, con el peso de la responsabilidad real sobre sus hombros. Yo sonrío, esta vez sin el artificio de la campaña.

Mañana subiré de nuevo al estrado. Hablaré, saludaré, intentaré que mis palabras resuenen. Pero ya no lo haré con la soberbia de quien cree que está cambiando el mundo desde la plataforma. Mañana hablaré con la humildad de quien ha visto a los verdaderos arquitectos de este lugar. Subiré ahí sabiendo que ellos me escuchan, sí, pero que su juicio y su realidad son mucho más sólidos que cualquier decreto que yo pueda prometer.

La noche cae sobre San Andrés. El viento dispersa los folletos, pero el suelo permanece firme bajo los pasos de los vecinos. He cerrado el círculo.. Lo importante, lo que realmente permanece, es lo que ocurre antes del discurso.

NOTAS DEL AUTOR:

Hay historias que comienzan con una elección. Otras empiezan cuando un candidato sube a un escenario, cuando una multitud aplaude o cuando un micrófono se enciende. Durante mucho tiempo también pensé que ahí comenzaban las cosas importantes. Era una idea cómoda. Después de todo, eso es lo que casi todos alcanzamos a ver.

Con el tiempo descubrí que estaba mirando demasiado tarde.

Cuando un discurso comienza, una comunidad ya ha recorrido un camino largo. Ha discutido, ha recordado, ha desconfiado, ha celebrado, ha perdonado y también ha condenado. Mucho antes de que alguien levante la voz frente a una plaza llena, miles de voces anónimas ya hablaron en mercados, talleres, cocinas, escuelas, canchas, templos, tiendas de abarrotes y banquetas donde nunca habrá una cámara esperando el momento perfecto.

Este libro nace precisamente ahí.

No en el escenario.

No en el discurso.

Sino en el lugar donde casi nunca miramos.

Quien busque en estas páginas un tratado sobre política probablemente se sentirá desconcertado. Tampoco encontrará una investigación periodística, unas memorias personales ni el relato fiel de un municipio en particular. Lo que sigue es una novela. Los pueblos, los personajes y los acontecimientos pertenecen a la ficción. Ningún nombre pretende señalar a una persona específica y ninguna escena ocurrió exactamente como aquí se cuenta.

Sin embargo, sería un error pensar que por ser ficción está lejos de la realidad.

Las historias son inventadas.

Las personas que podrían habitarlas existen todos los días.

Existen en comunidades pequeñas y grandes. En colonias, barrios, rancherías y cabeceras municipales. Existen donde alguien abre una tienda antes de que amanezca, donde una maestra conoce a varias generaciones de la misma familia, donde un entrenador de fútbol infantil escucha más preocupaciones que goles, donde el dueño de una ferretería termina convirtiéndose en consejero sin haberlo buscado, donde una mujer organiza durante años la fiesta patronal hasta conocer cada familia por su nombre, donde un taxista escucha el pulso de una ciudad mientras conduce de un extremo al otro.

Ellos rara vez aparecen en los periódicos.

Tampoco suelen ocupar los primeros lugares en los actos públicos.

La mayoría jamás pronunciará un discurso.

Y, sin embargo, muchas veces conocen mejor a una comunidad que cualquiera de quienes hablan desde un templete.

Durante años hemos aprendido a mirar el poder desde arriba. Nos enseñaron a identificarlo con los cargos, los edificios públicos, las oficinas, las campañas, los presupuestos, los partidos o las instituciones. Todo eso forma parte del poder. Sería absurdo negarlo. Pero esa mirada también tiene un límite: deja fuera una enorme cantidad de relaciones humanas que no caben en un organigrama y que, aun así, terminan influyendo todos los días en la vida colectiva.

Existe otro poder.

Uno que no siempre aparece en los documentos oficiales.

Uno que no necesita un nombramiento para existir.

Uno que no depende de una elección para ser escuchado.

No es un poder absoluto ni permanente. Tampoco es necesariamente justo.

Es, simplemente, la capacidad que algunas personas desarrollan para influir en la manera en que una comunidad comprende su propia realidad.

Ese poder puede nacer de la confianza.

De la experiencia.

De la cercanía.

De la memoria compartida.

O, en ocasiones, del miedo.

Porque conviene decirlo desde el principio: este libro no pretende idealizar a los liderazgos comunitarios.

Sería un error tan grande como ignorarlos.

No todos los liderazgos unen.

No todos buscan el bien común.

No todos actúan con honestidad.

Hay quienes utilizan la confianza para servir y quienes la utilizan para manipular. Hay personas capaces de resolver conflictos y otras que viven de alimentarlos. Algunos dedican años a construir puentes entre vecinos; otros levantan muros invisibles que dividen generaciones enteras. La influencia, por sí misma, no tiene una carga moral. Depende de la persona que la ejerce y del propósito con el que decide hacerlo.

Quizá por eso resulte tan difícil comprenderla.

Estamos acostumbrados a creer que la autoridad y el liderazgo son la misma cosa. No lo son.

La autoridad puede entregarse mediante un documento.

El liderazgo jamás.

La autoridad puede comenzar el mismo día en que alguien toma posesión de un cargo.

El liderazgo suele necesitar años.

La autoridad puede perderse con una firma.

El liderazgo, cuando es auténtico, permanece incluso después de que desaparecen los nombramientos.

Pero también ocurre lo contrario.

Hay personas que nunca ocuparán un cargo público y, sin embargo, serán consultadas antes de tomar una decisión importante. Habrá quien prefiera escuchar la opinión del tendero antes que la del funcionario, la del médico del pueblo antes que la del candidato, la de la maestra jubilada antes que la del dirigente del partido. No porque esas personas sean infalibles, sino porque la confianza rara vez se construye mediante discursos.

Se construye compartiendo la vida.

Eso es lo que intenta explorar esta novela.

No busca explicar cómo funciona un gobierno.

Busca seguir el recorrido de una conversación.

Una conversación que comienza siendo apenas un comentario entre vecinos y que, con el paso del tiempo, termina convertida en una preocupación compartida. Una preocupación que encuentra personas capaces de escucharla, interpretarla, transmitirla y darle un sentido colectivo. Una conversación que viaja de casa en casa, de negocio en negocio, de familia en familia, hasta alcanzar lugares donde ya recibe otros nombres: agenda pública, gestión, propuesta, campaña o discurso.

Ese viaje pocas veces llama la atención.

Tal vez porque ocurre despacio.

Porque no tiene reflectores.

Porque nadie anuncia el momento exacto en que empieza.

Sin embargo, casi todo lo que después ocupa un escenario comenzó alguna vez de esa manera.

No hace falta vivir en un pueblo para reconocerlo.

Las comunidades no son una cuestión de tamaño.

Son una forma de relacionarse.

Existen donde las personas se conocen lo suficiente para construir recuerdos en común, donde las noticias circulan antes que los comunicados oficiales, donde un saludo puede abrir una conversación

de una hora y donde un silencio, a veces, dice mucho más que una declaración pública.

En esas comunidades el poder visible rara vez aparece solo.

Siempre llega acompañado por una historia previa.

Por conversaciones.

Por encuentros.

Por desacuerdos.

Por personas que llevan años escuchando cuando nadie parecía prestar atención.

Las páginas que siguen no pretenden ofrecer respuestas definitivas.

Mucho menos señalar culpables o repartir reconocimientos.

Su intención es más sencilla y, al mismo tiempo, más ambiciosa.

Invitar al lector a mirar hacia un lugar distinto.

A bajar la vista del escenario por un momento.

A observar las filas de sillas antes de que comience el evento.

A escuchar lo que la gente dice mientras espera.

A descubrir que, quizá, el verdadero centro de la historia nunca estuvo donde todos miraban.

Porque los discursos terminan.

Las campañas terminan.

Los gobiernos terminan.

Incluso los nombres que hoy parecen imprescindibles terminarán ocupando apenas unas líneas en la memoria de un pueblo.

Las comunidades, en cambio, siguen conversando.

Y mientras exista alguien dispuesto a escuchar esas conversaciones, siempre habrá una historia ocurriendo mucho antes de que alguien tome el micrófono.

Esta es una de ellas.